

TATIANA ȚÎBULEAC



*El verano en que mi madre
tuvo los ojos verdes*

Traducción de Marian Ochoa de Eribe



Lectulandia

Aleksy aún recuerda el último verano que pasó con su madre. Han transcurrido muchos años desde entonces, pero, cuando su psiquiatra le recomienda revivir esa época como posible remedio al bloqueo artístico que está sufriendo como pintor, Aleksy no tarda en sumergirse en su memoria y vuelve a verse sacudido por las emociones que lo asediaron cuando llegaron a aquel pueblecito vacacional francés: el rencor, la tristeza, la rabia. ¿Cómo superar la desaparición de su hermana? ¿Cómo perdonar a la madre que lo rechazó? ¿Cómo enfrentarse a la enfermedad que la está consumiendo?

Este es el relato de un verano de reconciliación, de tres meses en los que madre e hijo por fin bajan las armas, espoleados por la llegada de lo inevitable y por la necesidad de hacer las paces entre sí y consigo mismos.

Plena de emoción y crudeza, Tatiana Țîbuleac muestra una intensísima fuerza narrativa en este brutal testimonio que conjuga el resentimiento, la impotencia y la fragilidad de las relaciones maternofiliales. Una poderosa novela que entrelaza la vida y la muerte en una apelación al amor y al perdón. Uno de los grandes descubrimientos de la literatura europea actual.

Tatiana Țîbuleac

El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes

ePub r1.0

Titivillus 28-01-2020

Título original: *Vara în care mama a avut ochii verzi*
Tatiana Țibuleac, 2016
Traducción: Marian Ochoa de Eribe

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Una de las sensaciones de la reciente literatura europea. Una novela brutal y afilada sobre la muerte, la redención, la maternidad y la reconciliación.

«Es cruel, abrupta, inflexible. Tatiana Țîbuleac no tiene piedad. Zarandea a sus personajes, los engaña, los manipula, nos manipula, a nosotros, los lectores de carne y hueso».

—Actualitté

1

Aquella mañana en que la odiaba más que nunca, mi madre cumplió treinta y nueve años. Era bajita y gorda, tonta y fea. Era la madre más inútil que haya existido jamás. Yo la miraba desde la ventana mientras ella esperaba junto a la puerta de la escuela como una pordiosera. La habría matado con medio pensamiento. Junto a mí, silenciosos y asustados, desfilaban los padres. Un triste hatajo de perlas falsas y corbatas baratas, viniendo a recoger a sus hijos defectuosos, escondidos de los ojos de la gente. Al menos ellos se habían tomado la molestia de subir. A mi madre yo le importaba un pimiento, al igual que el hecho de que hubiera conseguido terminar unos estudios.

Dejé que sufriera casi una hora; observé que al principio se mostraba irritada, caminaba arriba y abajo a lo largo de la valla, luego se quedó inmóvil, a punto de echarse a llorar, como alguien con quien se hubiera cometido una injusticia.

Tampoco entonces bajé. Pegué la cara al cristal y permanecí así, contemplándola, hasta que salieron todos los chicos: incluso Mars, con su silla de ruedas, incluso los huérfanos, a los que tras la puerta esperaban las drogas y los hospicios.

Jim, mi mejor amigo, me saludó con la mano y gritó que no me suicidara en verano. Estaba con sus padres, que lo habrían vendido por sus órganos en un abrir y cerrar de ojos si no les hubieran importado los comentarios de la gente. La madre de Jim, guapa y nacarada, lanzó una larga carcajada con la barbilla levantada y el pelo arreglado en tres capas. Rieron también nuestra tutora psicótica y el profe de Matemáticas, y la directora... La única persona normal de la escuela. De hecho, nos echamos a reír todos, porque había sido un chiste muy bueno. No era necesario fingir cuando estábamos solo nosotros.

Además, el último día de clase los profesores se habrían reído de cualquier cosa con tal de vernos marchar. Si no para siempre, sí al menos para el verano; entretanto, la mitad de ellos intentaría encontrar otro trabajo. Algunos lo conseguían y se les perdía la pista. Otros, sin embargo, menos afortunados, se veían obligados a regresar cada otoño con los mismos

alumnos diabólicos a los que detestaban y temían. Despegué la cara de la ventana como una pegatina desgastada. Era, por fin, libre, pero mi futuro tenía algo de la solemnidad de un cementerio engalanado.

Empecé a descender lentamente las escaleras. En el segundo piso, junto al despacho de la psiquiatra, me detuve y garrapateé con las llaves, en la pared, «Put». Si me hubiera visto alguien, le habría dicho que era mi agradecimiento por todos aquellos años de terapia. Pero los pasillos estaban desiertos, como después de un terremoto. En nuestra escuela no aguantaban ni las infecciones.

En la planta baja, como una mierda de perro, estaba Kalo —mi segundo mejor amigo—, que fumaba un cigarrillo a la espera de una tía lejana que tenía que llevárselo a su casa una semana. La madre de Kalo se había ido a España para dar masajes a un oligarca ruso —esta era su versión, por supuesto—. Salvo Kalo, todos sabían a qué se dedicaba su madre, pero se lo callaban porque era un chaval majo. Y lo era. Retrasado, pero majo.

Le pregunté si sabía qué iba a hacer después de estar con su tía y antes de que nos fuéramos a Ámsterdam, pero me dijo que no iba a hacer nada. Como todos nosotros, por otra parte. Las nonadas no iban a hacer nada. Durante los años que pasé en esa escuela, no escuché a ningún compañero presumir de unas vacaciones, como si, además de estar locos, fuéramos también unos leprosos. Ya teníamos suficiente con que nos dejaran pasar los veranos sin correa ni bozal. ¿Para qué íbamos a gastar en unas vacaciones? Sentí asco de Kalo, de Jim, de mí mismo. Éramos unos despojos humanos —pólipos y quistes, y encima extirpados—, pero teníamos las pretensiones de unos riñones y un corazón. Siempre me ha gustado la anatomía. Me viene, seguramente, de mi madre, que tendría que haber sido profesora de Biología, pero se quedó en vendedora de rosquillas. De mi padre no tengo nada.

Me quedé con él y fumamos juntos un cigarrillo porque vi que estaba triste y que esquivaba mi mirada; luego me acordé de su hermana mayor, casada en Irlanda con un granjero. Le pregunté por qué no pasaba con ella una semana en lugar de con la vieja. Kalo me respondió como a un idiota: la pasaría, claro que la pasaría, le había enviado ya una limusina, porque su hermana se moría de ganas de cuidar de ese «desquiciado» durante todo el verano. Cuando me despedí, le solté un capirotazo y le dije que nos veríamos dentro de dos semanas en la estación y que no se gastara todo el dinero. Kalo respondió simplemente que allí estaría.

En cuanto me vio, mi madre empezó a gritar que me diera prisa, que no había pagado el aparcamiento. Encendí otro cigarrillo y subí al coche

fumando. «Has vuelto a fumar hierba, has vuelto a fumar hierba», la oí hablando sola. Abrí la ventanilla y lancé un escupitajo hacia la puerta. La escuela empezó a menguar a nuestras espaldas junto con los siete años que había perdido allí a lo tonto, como en un juego de azar. No había cambiado nada. Mika seguía muerta, y yo todavía quería pegar a la gente.

2

Además de sus otros defectos, mi madre estaba siempre deslumbrantemente blanca, como si antes de acostarse se quitara la piel y la dejara toda la noche en una bañera llena de nata. Su piel no tenía arrugas ni lunares. No tenía olor, ni vello ni otras señales corrientes. A veces me preguntaba si no sería un trozo de masa resucitada.

Bajo los sobacos de mi madre nacían dos pechos como dos balones de *rugby*, orientados en direcciones distintas y, en la cabeza, un cabello de muñeca que llevaba siempre trenzado en forma de cola de sirena. Su cola de sirena me volvía loco; sin embargo, era el tema de conversación favorito de los chicos de la escuela.

«Sirena en celo», le decían todos y se meaban de risa cuando venía a buscarme para llevarme a casa. Mi padre la llamaba «vaca imbécil». La nueva mujer de mi padre, «kielbasa^[1]». Y solo yo estaba obligado a llamarla «mamá».

Hasta el día de hoy, cuando soy casi tan viejo como ella aquel verano, no he conocido nunca a una mujer peor vestida. Ni siquiera aquellos dos años en que, justo después del accidente, viví junto a una fábrica procesadora de pescado en el norte de Francia. Imaginad a más de cien mujeres feas que se visten cada día para matar cangrejos, gambas, langostinos y otras porquerías. Mi madre se vestía aún peor. Era aún más fea. Tenía unos pantalones, unas blusas y una ropa interior más horribles que toda la fábrica, las empleadas y los crustáceos de mierda juntos.

De haber podido, la habría cambiado en dos segundos por cualquier otra madre del mundo. Incluso por una borracha, incluso por una que me zurrara todos los días. Las borracheras y las palizas las habría soportado yo solo, mientras que su fealdad y su cola de sirena estaban a la vista de cualquiera. Las veían mis compañeros, las veían los profesores y la gente del barrio. Lo peor, sin embargo, era que las veía Jude.

Algunas tardes, cuando volvía a casa después de clase —yo sin decir ni pío en todo el camino y ella diciendo tonterías sin parar—, no la podía

soportar. Me daban ganas de meterla en la lavadora y poner en marcha el programa de escaldar sábanas. Encerrarla en el congelador y sacarla hecha migas. Irradiarla. En aquellos momentos, cuando tenía en la cabeza las caras de mis compañeros deformadas por la risa y a Jude lánguida, degustando sus chistes guarros, quería que mi madre estuviera muerta.

Sabía que todos se reían de mí. Que los chicos escupían cuando yo pasaba a su lado, que Jude me despreciaba. Que era un don nadie y que tendría mucho más sentido que me ahogara o que me ahorcara de una puta vez, o que me pegara un tiro, o cualquier otra cosa. Porque cualquier otra cosa sería mejor que lo que yo era: el producto asqueroso de una piel blanca.

3

En la contribución de mi padre no quería siquiera pensar. La idea de mi padre me hacía vomitar. Mi padre había huido de mi madre, la abandonó por una polaca con un *piercing* en la lengua. Se había divorciado porque, si la hubiera matado —eso es lo que habría preferido él y lo más rápido—, habría acabado en la cárcel. Mi padre también me habría matado a mí si no hubiera estado seguro de que me moriría enseguida.

El divorcio fue rápido y salió ganando él. Pero mi madre, como la tonta que era, pensaba que había ganado ella. Durante una semana telefoneó a su única amiga vendedora y le contó cómo había reventado a aquel imbécil y cómo lo había desgraciado porque yo me quedaba con ella. Solo la abuela lo comprendió, pero no le dijo ni pío a mi madre. «Déjala —me dijo—, que así tiene algún motivo de alegría».

No quiero ni pensar en la alegría de mi padre al escuchar la sentencia del juez. Creo que se cagó de felicidad. Librarte al mismo tiempo de dos seres por cuya muerte habrías pagado era demasiada suerte incluso para el conductor de un tráiler.

Ese aspecto tenía mi madre aquella mañana en que cumplió treinta y nueve años.

Yo la habría tirado a la chatarra y habría empezado por el pelo. Solo una cosa desentonaba en toda esta historia: los ojos. Mi madre tenía unos ojos verdes tan bonitos que parecía un despropósito malgastarlos en un rostro fermentado como el suyo.

4

Los ojos de mi madre eran un despropósito.

5

Llegué por fin a casa y me dirigí inmediatamente a mi habitación. Me pareció extraño que mi madre hubiera permanecido callada todo el camino, pero pensé que sería debido a la abuela, que había ingresado esa noche en el hospital. Para recordar que había nacido, mi madre había hecho ese día una tarta de nata y había comprado diez botellas de cerveza. Le dije, no sin un cierto regocijo, que no le había comprado ningún regalo. Me respondió que no le importaba. Envidiaba su capacidad para ignorar las cosas evidentes. Yo la odiaba, mi padre la odiaba, su única amiga vendedora la odiaba. Mika estaba muerta. Sin embargo, ya ves, había hecho una tarta y había comprado cerveza. Si al menos hubiera estado la abuela en casa, pero no estaba, y eso quería decir que nadie, pero absolutamente nadie en todo el universo, daba un duro por ella, por su cumpleaños o por su vida, dicho sea de paso.

Me puse a contar el dinero para ir a Ámsterdam —lo hacía todos los días, como si al contarlo aumentara—. Estaba todo, aunque era mucho menos de lo que habría querido. A la abuela no le podía robar más porque había cambiado la cerradura, probablemente también el escondite, y me había dejado claro que no financiaba sexo ni drogas. Mientras pensaba en otras posibilidades —todas condenables—, mi madre llamó a la puerta y me dijo que estaba lista la comida. Le dije que se largara, que no tenía hambre, pero ella respondió a gritos que tenía manzanas asadas.

Esa era la principal característica de mi madre: sabía cómo camelar a la gente. Además, su cara necia tenía siempre una expresión de asombro infantil que desarmaba a todo el mundo y que le había servido para vender durante muchos años toneladas de comida barata a precios astronómicos. Fui, por supuesto. Las manzanas asadas eran mi debilidad.

La mesa del banquete hacía pensar en un basurero en el que alguien hubiera colgado una guirnalda. Sobre un mantel de hule con estampado de amapolas —mi abuela acababa de recibir mercancía en la tienda— mi madre había dispuesto toda clase de asquerosidades: paté de hígado de pescado, pepinillos encurtidos, salchichón seco con trozos de tocino, alas de gallina

cocidas con mayonesa, arenques en vinagre, en una palabra, todos sus platos favoritos. Se veía que había pasado por Kalinka —la tienda de productos rusos donde trabajaba su amiga Kasza— y que se había obsequiado con una botella de vodka.

En el centro reinaban el plato de manzanas asadas y un tarro de tres litros de compota de melocotón, para mí. Las manzanas estaban ricas, me comí cuatro. La compota la había hecho mi abuela, así que ella no tenía ningún mérito. El resto no lo toqué.

Me quedé en la mesa mucho más de lo que tenía pensado. Me resultaba extraño, sin embargo, que no hubiera recibido ningún regalo. No porque se lo mereciera, sino porque ella se mostraba siempre atenta con todo el mundo y compraba flores bonitas y cosas caras, incluso para los parientes imbéciles de mi padre. Aquello daba la impresión de ser un velatorio.

Mi madre comentaba de nuevo tonterías sobre asuntos que no comprendía: los derechos de los inmigrantes, la reencarnación, las energías renovables. Me daban ganas de morderle la lengua o arrancársela y meterla en la picadora. La única forma de conservar la calma era mirar por la ventana, algo que llevaba media hora haciendo. A alguien se le había caído junto a nuestra casa una bolsa de nata y ahora todo estaba salpicado de puntos blancos. Yo lo encontraba bonito, era como si hubiera nevado. O como si unos muñecos de nieve se hubieran vuelto locos y se hubieran peleado ante la puerta hasta derretirse. En cualquier caso, era un cambio agradable. Generalmente, cuando salía por las mañanas solo encontraba en el umbral colillas y gargajos de tuberculoso. La abuela decía que la gente escupía con más frecuencia delante de nuestra casa porque éramos los más ricos de Haringey. En cierto modo tenía razón —no nos apreciaban en el barrio—, aunque también mi abuela era tonta. Consideraba rico a todo aquel que comiera salchichón. Además, estaba ciega, así que no veía las cosas con claridad.

En un determinado momento, mi madre empezó a comportarse de forma extraña: no terminaba las frases, se quedaba callada y empezó a retirar la comida de la mesa aunque no había devorado hasta el último cartílago. Algo había cambiado en ella, pero no conseguía entender el qué. Pensé que tal vez había comprendido por fin lo penosa que era toda esa fiesta forzada con nosotros dos intentando parecer una familia feliz.

Le dije un «Felicidades» seco —eso ya era demasiado— y me incorporé dispuesto a marcharme. Pero mi madre no me había oído. Sacó de la nevera la tarta, que parecía una gallinaza, solo que más grande, y me pidió que soplara

la vela con ella. «Venga, Aleksy, vamos, que tal vez sea la última vez», rio. Al menos había tenido el sentido común de encender una sola vela, aunque, por supuesto, había comprado cuarenta. Por si acaso no se encendía una. Luego a mi madre se le cambió de repente el gesto y me dijo que teníamos que hablar de algo importante.

Había transcurrido casi una hora —en la que habló solo ella— y yo seguía sin saber a qué atenerme. Estaba claro que se había vuelto loca. Yo me preguntaba si podría beneficiarme en cierto modo de la situación. Le dije que me lo pensaría por la noche y me fui a mi habitación. Me la encontré por la mañana durmiendo con la cabeza apoyada en la mesa de la cocina, con las manos en la tarta y rodeada por seis botellas vacías.

Estaba de acuerdo.

6

Tras nueve horas de viaje en las que nos detuvimos nueve veces para que mi madre vomitara en la autopista, y entre las malas hierbas, y en los aseos públicos, y sobre la ventanilla de un microbús lleno de viejos con muletas camino de la playa, y una vez más para tirar el vómito guardado en una botella de plástico que sujetaba entre las rodillas, llegamos. «¡Al Paraíso!», chilló ella dando palmas, mientras yo calculaba cuánto me costaría volver a París en autobús, y desde allí a Londres en tren y encontrarme con Jim y Kalo el viernes en la estación. Llevaba encima libras y algunos euros, pero estaba dispuesto a robar, a prostituirme o a cometer cualquier infracción justificada con tal de escapar de allí.

Mi madre fue la primera en apearse del vehículo, vomitó por enésima vez y se agachó para atarse los cordones de las zapatillas. Sin prisa, con su gigantesco culo en pompa, como un albaricoque requetemaduro, pegado a la nariz del chófer. No me lo podía creer. Esta criatura por la que suspiraban todos los directores de películas absurdas del mundo era mi madre. Y ni siquiera representaba un papel.

El chófer estaba encantado. Parecía haber deseado toda su vida estudiar a plena luz del día las bragas de una mujer sin ser arrestado y ahora se le presentaba la ocasión. Menudo guarro. Menuda guarra. Yo quería pegar a alguien.

«Cuenta hasta cien y las ganas de pegar desaparecen», me había dicho la psiquiatra decenas de veces, pero ella no tenía ni idea, porque una vez me hice polvo la mano después de la consulta al intentar sacar un refresco de la máquina. El refresco no salía, había llegado el autobús, yo tenía prisa. Conté hasta tres y empecé a dar golpes hasta que teñí de rojo toda la parada. No me detuvieron esa vez porque el policía conocía a la directora de la escuela y además se presentaba como candidato a no sé qué cargo municipal.

La voz de mi madre me irritaba menos cuando cerraba los ojos. Empecé a contar en silencio. Estábamos en algún lugar del norte de Francia, no sabía exactamente dónde, pero me sentía como si acabáramos de atravesar el

universo entero. Hasta ese momento nuestro viaje confirmaba todo lo que yo sabía sobre Francia. A través de la ventanilla había visto solo vacas blancas, destartalados Peugeot y tractores cargados de estiércol. Naturalmente, estaba también la música de aquel chófer pervertido. Pero mi madre parecía encantada. Cuando no vomitaba, no paraba de decir «¡fantástico, fantástico!».

Me tumbé en la hierba. Estábamos en medio de un campo de algo y a lo lejos, como a medio kilómetro, se veía una especie de construcción humana —seguramente nuestro destino—. Tenía que acarrear todo el equipaje hasta allí y esa idea, así como toda la idea del viaje, me desbordaba. Mi madre estaba hablando de dinero con el chófer y vi que intentaba coquetear con él. Si no vomité entonces fue tan solo porque me habían atacado unas hormigas del tamaño de una pulgada y no podía librarme de ellas. Esos bichos asquerosos habían empezado a trepar por mi cuerpo y a colarse por debajo de mi ropa. Siempre me han dado asco los insectos, así que me puse a gritar como un poseso y a quitarme la ropa que llevaba puesta. El chófer rebosaba de felicidad. Ahora otro par de calzoncillos gratis.

«Graciaaasss», oí la voz empalagosa de mi madre, capaz de asustar incluso a un turón en celo. Luego vi cómo le ofrecía al pervertido tres billetes —el precio del viaje desde París hasta este agujero— y, finalmente, nos quedamos solos.

Mi madre empezó a reírse de mí, algo que me aterró todavía más, porque cuando se reía era aún más fea. Sus dientes pequeños y blancos se habían trasladado a su papada gelatinosa. Sus bonitos ojos habían desaparecido entre los pliegues de su rostro rollizo, que se movían deprisa como las piezas de un puzle. En esos momentos mi madre parecía un monstruo feliz y yo esperaba que de la boca se le cayera una oreja y que por la nariz asomara la lengua.

Rezaba para que aquel día acabara cuanto antes. Para que se abriera la tierra y desapareciera mi madre engullida en sus profundidades. O yo. O al menos caminar a través de ella, nacer al revés y, cuando yo no existiera ya, correr todo lo que me permitieran las piernas.

No recuerdo cómo entré en la casa ni de qué hablé con mi madre, o si hablé en general. Por la mañana me desperté en una cama enorme, como un arca, con palomas incrustadas en los laterales. Lo primero que recuerdo con claridad de ese verano —como un título— es la chica de la pierna corta. Tenía una falda negra con cráneos violetas e intentaba pegar un cartel en los postigos de mi ventana. Se llamaba Varga y era una huérfana de la República Checa que al cabo de unos años perdería un ojo y tendría un hijo con el librero del pueblo. Pero yo descubriría todo esto mucho más adelante, cuando nos encontramos de nuevo y nos reímos de todo, aunque no demasiado.

Varga a punto estuvo de desmayarse del susto cuando me vio abrir la ventana en una casa que ella creía abandonada. Me maldijo y echó a correr renqueante con la falda ondeando al viento, dejando atrás el cartel húmedo, empapado de cola pestilente. En aquel papel que anunciaba un espectáculo para niños había dibujadas dos marionetas feas y el título de la obra: *El turón y el hombre malo*. Juro que no me lo invento. Era un espectáculo para niños que tenía lugar todos los domingos en la plaza del ayuntamiento. No lo vi jamás, es suficiente con saber que existió.

Aquella mañana —con el cartel pegajoso en las manos y el recuerdo flamante de Varga— sentí por primera vez en la vida una especie de desaliento general, una enorme falta de sentido y un vacío que empezó a crecer, a hincharse y a adquirir formas tan aterradoras que supe que jamás sería capaz de llenarlo con algo o con alguien.

Fui en busca de mi madre.

Antes de salir de la habitación, vi mi ropa amontonada en una silla. Eso quería decir que, desde que me habían atacado las hormigas la noche anterior y hasta que había huido la chica lisiada, yo había estado en calzoncillos. Para mi sorpresa, esa idea, así como la de que alguien desconocido me hubiera visto de esa guisa, no me importó. De la noche a la mañana me había convertido en mi madre.

Me la encontré haciendo palomitas y riéndose sola. Era como si se hubiera roto un televisor y una película hubiera caído de la pantalla y siguiera transcurriendo en nuestra cocina. Las palomitas blancas revoloteaban por todas partes y rodeaban a mi madre como unas flores de cerezo en medio de la tormenta. Ella las contemplaba y les hablaba como a unos niños pequeños, pasando de vez en cuando los dedos, como una espátula viva, por los granos que quedaban en la placa. Mi madre se había puesto un vestido. Un vestido azul, triangular, algo que resultaba todavía más extraño que su juego enloquecido con el maíz. Nunca había visto a mi madre con un vestido.

Le grité que parara, que parara de inmediato, y ella se volvió asustada hacia mi voz. Me preguntó si me dolía la cabeza y si teníamos que ir al médico. Yo le pregunté lo mismo. Mi madre se echó a reír y me ofreció un escurridor lleno de palomitas. Luego me dijo en una sola frase que había vuelto a desmayarme, pero había visto que no era grave, que siempre había querido hacer palomitas ella sola y que había encontrado en el frigorífico una botella de cerveza.

Si hubiera salido de casa en ese momento, habría llegado a King's Cross al día siguiente por la mañana y, unas pocas horas después, a Ámsterdam, con Jim y Kalo. Mi vida habría sido distinta o al menos ese verano habría sido distinto —aunque, en principio, da lo mismo—. Sin embargo, no me moví. Me senté a la mesa con mi madre, comí palomitas y bebí cerveza para desayunar.

8

Mi enfermedad tenía un nombre de dieciséis letras. La enfermedad de Jim tenía solo diez, y Kalo ni siquiera tenía una enfermedad sino tan solo una especie de afección postraumática. Cuando era pequeño, Kalo había visto por la ventana cómo un ladrón estrangulaba a un vecino y desde entonces veía muertos por todas partes. En mi caso los psiquiatras siguen deliberando. Es cierto que ahora que soy famoso la gente no me rehúye, sino que, por el contrario, parecen esperar mis golpes para tener algo que contar.

Hace unos veinte años que no veo a Jim y a Kalo. ¿Qué habrá sido de ellos? Jim, si es que no ha muerto de sobredosis y si su padre le ha dejado todo el dinero, tal vez esté vivo. Cuando tienen mucho dinero, a los enfermos psíquicos se les llama excéntricos, y Jim era además simpático. No me sorprendería encontrármelo metido en política. Sin embargo, no creo que Kalo esté vivo. Me pregunto si acabaría por descubrir finalmente en qué consistían los masajes de su madre.

Algunos especialistas —siempre he pensado que este nombre les cuadra mejor a los fontaneros que a los médicos— consideran que me volví violento después de la muerte de Mika y por culpa de Mika. Otros están convencidos de que es por mi madre, que después del entierro se encerró en su habitación y no habló con nadie en siete meses. No le reprocho a mi madre que reaccionara así tras la muerte de su hija. Al fin y al cabo, era su hija, su dolor y, en cualquier caso, no existirá jamás nada tan maravilloso como Mika. Me habría gustado, sin embargo, que mi madre se hubiera acordado también de mí siquiera una vez —su otro hijo, expulsado a este mundo por el mismo útero inconsciente—. Me habría gustado que mi madre hubiera venido a verme —no habría sido necesario que me acariciara o que me preguntara cómo me sentía— y que me hubiera dicho que me alejara de su vista durante siete meses y luego ya vería. Así habría tenido que actuar un adulto con un niño que todavía se hacía pis en la cama y que se pregunta incluso hoy en día si habría podido salvar a su hermana de la muerte. Si me hubiera hablado de esa manera, yo la habría comprendido y habría dejado que se mutilara la caja

torácica a gusto. Habría inventado para ella un millar de excusas, las habría escrito con mi mano de niño y las habría escondido discretamente en su boca para cuando llegara el momento de darme una explicación. Pero mi madre no vino, no habló, no me llamó. Mi madre eligió otro camino.

Todas las mañanas, cuando se levantaba, se sentaba en una silla en medio de la habitación, con los guantes de Mika en el regazo, y se quedaba así hasta la noche, cuando mi abuela la acostaba. Comer, comía de la falda, como una loca, aceptaba solo el pan y la leche que la abuela le introducía en la boca con sus dedos hinchados.

Durante todos aquellos meses la mujer que me había parido no me miró una sola vez, como si yo fuera un hueco vacío. Como si yo hubiera matado a su Mika. Recuerdo cómo me acercaba a ella llorando e intentaba abrazarme a sus rodillas o a su cintura —más arriba no llegaba jamás—, y ella me apartaba con un puntapié como a un perro piojoso.

Mi padre —que bebía ya antes de la muerte de Mika— ahora no se desecaba jamás. Traía a casa cajas de vodka de Kalinka y bebía a solas en la cocina hasta que caía dormido al suelo. Una mañana lo encontré tumbado en el alféizar, cubierto con la cortina de nailon que había arrastrado consigo al caer. Parecía un muerto de la iglesia polaca y yo me alegré muchísimo. Pero no pudo ser.

La única normal, aunque era la que más lloraba —por la nieta muerta y también por la hija que había perdido el juicio—, era mi abuela. La mañana en que regresamos todos del cementerio, ella cerró su casa y su tiendecita y se vino a vivir con nosotros para cuidar de mí. A mi padre lo habría matado con sus propias manos, pero temía al cura.

Al cabo de siete meses, mi madre salió por fin del agujero. Pasó junto a mí como junto a un charco y se dirigió directamente a la habitación de Mika. Guardó los guantes en el armario y le preguntó a la abuela si había comida. Aquella noche me golpeé veinticuatro veces la cabeza contra los azulejos del baño, dejé una huella redonda y roja, como si alguien hubiera reventado una chinche enorme.

Mi madre llamó a mi padre, que vino a casa borracho, luego me llevaron los dos al hospital, peleándose. La abuela nos despidió en el umbral, haciéndonos la señal de la cruz en la coronilla y frotándose los ojos, que habían empezado ya a quedarse ciegos. Fue la última vez en la que habría podido amar a mi madre, si es que me hubiera dejado.

9

La casa a la que había llegado era un antiguo granero. Los primeros propietarios abrieron en la pared dos ventanas y vivieron allí dos años. Luego se dieron prisa por venderla y se trasladaron al sur de Francia, donde fundaron un negocio de pompas fúnebres.

Vino después una familia con cuatro hijos que construyó en el centro una escalera de madera que terminaba de forma abrupta y completamente inexplicable en dos habitaciones. Había algo extraño en aquellas dos habitaciones y aquella escalera, algo que no he conseguido entender siquiera hoy, cuando la casa es más mía de lo que habría deseado. Era como si un buen día los escalones hubieran empezado a multiplicarse y hubieran formado dos células perfectamente cuadradas. Luego algo o alguien, una especie de antídoto, las interrumpió bruscamente y la construcción quedó colgando en el aire de forma misteriosa, desafiando toda lógica arquitectónica.

El tercer propietario de la casa —un pianista que aguantó solo medio año en el pueblo— no la reformó, añadió tan solo un retrete en forma de libélula y una enorme bañera de cobre. Más adelante descubrí que cuestan una fortuna y que los artesanos franceses utilizan el cobre para elaborar jarrones que venden a los turistas a cientos de euros. Aquel verano no sabía que defecaba en un objeto tan caro, sin embargo, me encantaba ver cómo mi orina adquiría en la bañera unos matices mágicos.

John —el último propietario del inmueble— no había contribuido con nada. John era y sigue siendo un cretino.

La casa era una locura, parecía que la había diseñado yo mismo. En las paredes, en lugar de adornos, alguien había colgado objetos de lo más variopinto que entre la gente normal se amontonaban en el patio o en la basura: un rastrillo, una guadaña, una pala para meter el pan en el horno, ocho sombreros de paja, un caldero con asas en forma de ganso, un colador con los agujeros taponados, una artesa agrietada, el motor de una prensa, la pala de un molino de agua y la hélice de un helicóptero.

Había también —en los rincones de la cocina— dos barriles vacíos con las duelas oxidadas y sin tapa. Alguien los había llenado en otra época con plantas frescas y, seguramente bonitas, que ahora se habían convertido en un ikebana y un nido de insectos. Hormigas, pulgones, mantis, chinches y demás bichos cuyos nombres desconozco todavía hoy se paseaban por todas partes como en un insectario.

En el primer peldaño de la escalera, como una especie de premonición, mi madre había encontrado un cubo rojo lleno de granos de maíz con los que se podían hacer palomitas. Intenté sonsacarle a John de quién era el cubo y quién lo había traído a la casa, pero no obtuve respuesta alguna. Era como si hubiera aparecido de la nada y nos hubiera esperado obediente todos los veranos, hasta que mi madre y yo llegamos para vivir allí el nuestro.

Aunque tenía pocas ventanas, y las que había eran bastante pequeñas, la casa estaba siempre bañada por una luz insólita que parecía independiente de la luz solar y que tenía una consistencia ajena a todos los tipos de luz que yo había visto hasta entonces. Aquella luz era amarilla, casi palpitante, y, si movía la mano deprisa, podía sentir cómo penetraba su calidez en mis dedos. Cuando se la mostré y la animé a que la apresara entre las manos, mi madre me dijo que estaba loco y me preguntó si había tomado las pastillas. Sin embargo, a mí me gustaba pensar que todo tenía una explicación, como que, por ejemplo, alguien había instalado sobre la casa una lupa enorme que nos deformaba a ambos, quién sabe con qué objetivo diabólico, pero fantástico.

Lo más curioso, sin embargo, era el aire de la casa. Húmedo y dulce, como un grano de uva pelado. Tenía la sensación de que no lo respiraba, sino que lo tragaba, y al cabo de dos días sentía que se había pegado a mí por completo y que había tapizado todos mis órganos internos.

Fuera lo que fuera o fuera quien fuera aquel lugar, me había atrapado y había empezado a conservarme como el vientre acogedor de una boa constrictor.

10

Me desperté por culpa del ruido con un deseo creciente de romperle la cara a quien lo estaba haciendo. Era mi madre, encaramada a una escalera de dos metros, con un tarro de pintura verde colgado del cuello. Dos de los tres postigos de la parte trasera de la casa estaban ya pintados, y ella se esforzaba por abrir el tercero. El postigo estaba bloqueado por culpa de un pestillo oxidado, de ahí también los resoplidos que me estaban sacando de quicio. No tenía sentido preguntar qué estaba haciendo. Pero si eso no era una señal de locura, no sé cuál lo habría sido.

Empecé a insultarla y a gritarle que se bajara de allí de una puta vez porque iba a caerse y a partirse el cuello o, peor aún, iba a romper la ventana y tendríamos que pagarla. Sacudí la escalera lo suficiente como para asustarla. La maldije sabiendo que temía las maldiciones más que las fracturas múltiples o los gastos. Mi madre no bajó. Se agarró a la pared como un chicle hasta que consiguió abrir aquel maldito postigo y terminar la pintura verde del tarro.

Cuando se acercó a mí, yo había llegado a contar hasta treinta y siete. Me había calmado y estaba en condiciones de mantener una conversación si es que hubiera tenido con quién. Me pidió un cigarrillo y dio tres caladas rápidas, como una niña de doce años. Me dijo que el verde había sido siempre su color favorito y que había encontrado la pintura en el cobertizo trasero. «Ve al cobertizo, Aleksy —me dijo como una tarada—. Hay muchas cosas chulas».

Le dije que era ella la que debería haber recibido tratamiento todos esos años, no yo, o que los cretinos de los médicos deberían haber mencionado siquiera en algún sitio que mi enfermedad era hereditaria. Mi madre se rio como una tonta, frotándose las manos verdes como si acabara de estrangular una hoja. Sus ojos estaban más coloridos que nunca, o tal vez lo parecían gracias a los postigos.

11

Los ojos de mi madre fea eran los restos de una madre ajena muy guapa.

12

Llevaba tres días en un pueblo y no había visto todavía un alma. Dormía o fumaba, o comía palomitas o bien odiaba a mi madre todo el día. Entretanto, Jim y Kalo se habían marchado a Ámsterdam, unas vacaciones con las que yo llevaba tres años soñando y para las que había ahorrado el dinero de todas las fiestas, además del que le había robado a mi abuela.

Cada uno tenía lo suficiente como para dos prostitutas buenas. Pero estaba claro que primero intentaríamos acostarnos gratis con las alemanas y las holandesas, que, de todas formas, follan cuando beben mucha cerveza. Juramos que no nos liaríamos con nuestras inglesas, que, aunque se dejaban convencer enseguida, eran más feas y además podían pegarnos.

En un determinado momento me asustó la idea de que no me llegara el dinero y de perderme la mayor aventura de mi vida. Pero Jim dijo que no me preocupara, que me lo prestaría él si fuera necesario porque había ordeñado a su padre el mes anterior. Este se había liado con nuestra psiquiatra y Jim los había sorprendido un buen día de la mano en una farmacia. Me quedé de piedra al oír la historia. No podía creer que un abogado pudiera ser tan cretino. ¡Tener un montón de dinero y liarte con nuestra psiquiatra, cuyos sobacos apestaban! Pensé entonces que tal vez Jim no fuera un débil mental así, sin motivo.

Cuando me enteré del asunto, estaba convencido de que también yo podría sacarle algo de dinero a la profesora. La abordé un día después de clase y le dije que iba a chivarme a la directora o —todavía peor para ella— a la madre de Jim. Le pedía poco porque nos conocíamos desde hacía mucho tiempo y yo no era avaricioso. La muy puta me dijo que eso era precisamente lo que quería, que se enterara la madre de Jim. Me llamó «retrasado de mierda» y me echó.

En fin, ir a Ámsterdam, follar con todas las mujeres posibles y fumar todo lo que cayera en mis manos —incluso aunque luego acabara sedado de por vida como Mars, incluso aunque cogiera el sida, incluso aunque me ahogara debajo de un puente y me encontraran lleno de gusanos un siglo después—,

ese era mi sueño desde que tenía catorce años. Jim y Kalo se apuntaron cuando se lo conté con todo lujo de detalles, como a unos críos. Aunque eran mis mejores amigos —de hecho, los únicos que he tenido nunca—, Jim y Kalo eran tontos y jamás se les ocurrían unas ideas tan buenas como las mías.

La víbora de mi madre, sin embargo, me arrebató el viaje.

En primer lugar, me dijo que se suicidaría si no la acompañaba. Luego me prometió un ordenador portátil para que pudiera ver porno en mi habitación. «Suicídate, puedo verlo también en el teléfono», fue mi respuesta sincera, pero mi madre guardaba un as en la manga. Me prometió con la boca pequeña que me ayudaría a falsificar mis papeles para que pudiera conducir.

Era uno de esos momentos en los que quieres creer, aunque de hecho no creas. Es como cuando sabes que no existe Moș Crăciun^[2], pero un buen día viene a verte un gordo barbudo que te trae un Maserati. ¿Qué haces? ¿Le dices a Crăciun que se meta el coche por el culo porque él no existe? ¿O lo aceptas y empiezas a creer como un memo?

Más o menos eso hizo mi madre el día en que me dijo que solo tenía que acompañarla a Francia y pasar el verano con ella, que luego podría hacer lo que me diera la gana. Dije «sí», pero no como un tonto. En primer lugar, la obligué a jurarlo ante el icono nuevo de la abuela, que le puse delante para que mirara a la santa a los ojos. A continuación, después de pensármelo mejor, la obligué a escribirlo todo a mano y firmar la hoja en dos sitios, con la fecha y el año, para asegurarme de que no me la jugaría diciendo, por ejemplo, que se refería a otro año. Y, más adelante, cuando ella lo hubo firmado y yo lo hube leído diez veces y comprobado que todo parecía estar bien, le dije muy serio que la mataría si no cumplía su palabra. Para mi sorpresa, mi madre aceptó sin reservas, lo cual también resultaba sospechoso, pero no me quedaba otra.

Jim y Kalo me dijeron que era imbécil. Que no podría conducir un coche por los siglos de los siglos. Que iba a perderme las mejores vacaciones de mi vida. Que iba a seguir siendo virgen. Que, al ser virgen, Jude no iba a mirarme jamás. Les dije que sabía lo que estaba haciendo y que esperaría sus mensajes con el número de mujeres con las que se habían acostado en Ámsterdam.

Fue la primera vez en mi vida en que elegí a mi madre antes que a otra persona.

13

Pienso muchas veces en cómo habría sido nuestra vida si Mika no hubiera muerto. Si no se hubiera perdido de forma accidental aquel frío invierno, como se pierden los caramelos en los bolsillos de los niños pobres. Mika era nuestro pegamento, nuestra araña querida que nos había atrapado a todos, como a unos insectos, en su telaraña mágica y nos retenía en ella. Mika fue el único motivo por el que nos sentimos una familia durante varios años y no nos destrozamos como los perros rabiosos que éramos.

Aquel invierno fui yo el que más la quiso porque había empezado, por fin, a hablar, y su primera palabra fue «Aleks». Me seguía como un bichito sujetándose a mi dedo meñique y escondiéndose detrás de mí cada vez que la asustaba un cuervo o se oía algún perro. «Mika-rika-pika», le decía yo muy serio, y ella se reía como un arcoíris al que le hicieran cosquillas en los talones, solo paraba cuando se le vaciaba el aire de sus débiles pulmoncitos. La dejaba rodar por la nieve a su gusto, luego repetía de nuevo «Rika-pika-mika», amenazándola, fiero, con el dedo índice. La risa se volvía coloreada y alegre, y yo habría podido escucharla durante horas y horas. Y la escuchaba.

Yo tenía entonces ocho años, y ella seis, pero era tan pequeña y tan atolondrada que mi madre le había atado los guantes con una goma y se los había metido por las mangas del abrigo. Mika lo perdía y estropeaba todo... Perdió incluso el primer diente que se le cayó. Pero nadie, nunca, se enfadaba con Mika, ni siquiera mi padre. Todos los azotes que le correspondían a ella se los guardaba mi padre en los puños y en los pies, luego me los soltaba a mí cuando opinaba que yo era un poco torpe o cuando pensaba que lloraba como una niña.

Ojalá mi madre hubiera atado a Mika con una goma.

Ojalá hubiera muerto mi padre en su lugar.

Si la muerte tuviera en cuenta la opinión de los demás, moriría mucha más gente adecuada.

Nuestra psiquiatra decía que hasta los cinco años los niños no recuerdan nada. Pero yo creo que eso es una bobada y que Mika murió con muchos

recuerdos, los recuerdos más bonitos y verdaderos que han existido nunca en nuestra desgraciada familia.

Estoy seguro de que si Dios hubiera tenido una hija la habría llamado Mika.

La echo tanto de menos que me dan ganas de sacarme los ojos.

Mika-rika-pika.

Mi madre me despertó temprano y me dijo que nos íbamos al mercado a comprar comida. Se había enterado gracias al chófer pervertido de que había un mercado allí mismo todos los domingos. Me pidió que me lavara y que me cambiara de ropa porque apestaba. Me di cuenta de que llevaba cuatro días sin ver el agua y que tenía la misma ropa con restos de hormigas.

Sin embargo, ella lucía otro vestido... blanco, que empezaba en el cuello y terminaba en todas partes. El vestido no tenía ni dibujos ni letras, algo asombroso, porque mi madre había vestido toda la vida feas camisetas con frases. La contemplaba mientras se movía de aquí para allá por la cocina, como un metrónomo descolocado. Era blanca y cilíndrica y me imaginaba que su vestido se transformaba en un tubo con un tapón y que yo podía mantenerla cautiva y soltarla de vez en cuando. Por la mañana o por la tarde, o durante el fin de semana, o por Navidad. O —lo mejor— solo al final, para dejarla morir.

Mamá-pasta de dientes.

Mamá-esófago.

Mamá-ascáride.

Mamá-cable.

Mamá-tiza.

Mamá-hueso.

Mamá-hilo.

Mamá-cometa.

Mamá-cirio.

Y me parecía transformada de nuevo, pero no conseguía entender qué era diferente. Recordé que había tenido esa misma sensación una semana antes, por su cumpleaños, y que tampoco entonces había encontrado una explicación. Hice un esfuerzo y la miré atentamente de la cabeza a los pies. Seguía siendo fea, por supuesto, pero el vestido la hacía más delgada, como si alguien le hubiera extraído durante la noche todo el aire del cuerpo. Su rostro parecía más chupado y los ojos más dilatados. Y no tenía ya ese andar

bamboleante de pingüino, sino que se movía con suavidad en línea recta, casi como una persona normal.

¿Se drogaba? ¿Estaba embarazada? ¿Había matado a alguien? Mi madre me ocultaba algo y eso me ponía nervioso. Mi principal temor era que me hubiera mentado con lo del coche.

Le dije que no se meneara tanto, que me dolía la cabeza. Ella empezó a arrastrarme al baño cantando como una loca «We all live in a yellow submarine». «Date prisa, Aleksy —me susurró con su lengua de víbora sabelotodo—. Si te das prisa, el tiempo pasa más despacio».

En aquel momento sentí —de forma dolorosa y fulminante— que gracias a ese blanco no la odiaba ya tanto. Que el vestido que llevaba esa mañana la había salvado, tal y como en el pasado los trapos blancos salvaban de la muerte a los desertores afortunados. Cuando salí del baño, húmedo y asustado, había perdido la guerra. Mi odio hacia mi madre, aunque no había desaparecido del todo, se había secado y lo cubría una costra, como la costra que cubre en tres días todas las heridas de las personas y en un solo día las de los perros.

15

En uno de los armarios de la cocina mi madre encontró una bolsa de mimbre con ruedas y una especie de saco con asas gigantescas, llenos ambos de excrementos de rata. A mí me tocó el saco de asas gigantescas. En aquellos dos detritus teníamos que traer la comida a casa, a condición de que encontráramos antes el mercado. Yo no tenía ni idea de dónde estaba y mi madre, por lo que yo conocía de ella, no habría sido capaz ni de encontrar su propio vestido metido por el culo.

Tres lados de la casa estaban rodeados por unas parcelas de tierra seca que recordaban unos eczemas no tratados a tiempo. Tomáramos la dirección que tomáramos, tendríamos que caminar al menos una hora —entre perversas hormigas y otros insectos—, si no más, porque no creo que el mercado se hallara justo detrás del horizonte. Si es que existía el mercado y el chófer no había desbarrado, como sospechaba yo. No se veía el camino por ningún sitio. ¿Cómo cojones había llegado hasta aquí?

Le dije que yo no iba. Que no me interesaba su comida, su mercado, aquel maldito pueblo y que me quedaría allí los tres meses exactos que me había pedido y que luego esperaba un coche o uno de los dos moriría. Me empujó a la calle y cerró la puerta con llave.

El camino se encontraba en la parte trasera de la casa, un sendero delgado como un hilo en el que solo cabía alguien mediano. Pasaba al principio por un campo de maíz, luego por uno de girasoles, luego entre unas flores amarillas y feas que olían a pis, y acababa en el corral de una mujer con muchos conejos. Había visto esa casa el día que llegamos.

Los conejos de la vieja eran pelirrojos y gordos como mi vecino Seun, solo que tenían las orejas más largas, en forma de hojas caídas. También eran más simpáticos que Seun. La mujer nos dedicó una sonrisa radiante en cuanto nos vio. Tenía unos dientes blancos, perfectos como las uñas de Jude, y tan numerosos que yo estaba seguro de que no acababan en la boca, sino que continuaban por la parte inferior de sus intestinos destartados. Pensé que resultaba rentable criar conejos si la vieja se había permitido ponerse unos

dientes que costaban tanto como una motocicleta. Sigo pensando lo mismo: es rentable criar conejos.

Yo tenía entonces un alambre barato en cada centímetro de la boca. Mis dientes no se ponían rectos, acumulaban en cambio restos de comida porque no los lavaba nunca durante diez minutos con movimientos circulares, como me había recomendado el dentista.

Justo tras el corral de conejos de la vieja empezaba el mercado, que recordaba la huella de un ovni sobre la hierba. Decenas de tenderetes plegables y endebles se alineaban en forma de espiral a lo largo de un kilómetro. Todo ese laberinto desagradable empezaba en el centro con dos mostradores en los que vendían un queso apestoso y terminaba con ocho mostradores en la periferia en los que vendían un queso apestoso.

Gente gorda y colorada —borracho más de uno y feos todos— se divertía como en una gran fiesta. Sonreían con la cabeza echada hacia atrás, saludándose y besándose por lo menos tres veces en las mejillas rebosantes de sebo. Hombres y mujeres. Mujeres y mujeres. Hombres y hombres. Viejos y niños. Palmaditas en el hombro y gruñidos festivos. Sentía ganas de golpear cada una de las caras que salían a mi encuentro.

Todos habían venido al mercado con unos enormes capazos de mimbre que acarreaban al hombro o con unos sacos sobre ruedas idénticos a los nuestros. Arrastraban estos últimos lenta y majestuosamente, como si fueran cochecitos de niños, y los llenaban extasiados con toda clase de porquerías. Sin embargo, la gente no compraba directamente, como en la tienda. En primer lugar, el cliente pedía una muestra, abría luego la boca como un pez sin aire y los vendedores actuaban con solemnidad, como si estuvieran repartiendo la comunión en la iglesia.

Las «muestras» circulaban como en una cinta transportadora. Se me revolvía el estómago: triángulos de queso enmohecido, migas de carne verdosa, segmentos de paté y vísceras de animales gelatinosos, hexágonos de melones y calabazas, rodajas de pepino y de calabacín, filetes de pescado crudo, salchichas con forma de excremento, pedazos de pan como llantas de coche. Me encontraba en un planeta de desechos.

Mi madre había desaparecido entre la muchedumbre y la veía brillar mientras recorría la espiral, blanca y menuda como la punta de un pañuelo pillado por una puerta. Llevaba una bolsa como el vientre de una embarazada, pero seguía comprando a lo loco. No podía llamarla, no podía cogerla de la mano, no podía retornar al momento del día en que no había salido todavía de

casa. Empecé a contar. En el veintisiete recordé las palabras de la psiquiatra: «Cuando sientas que es demasiado, márchate».

Me fui a casa, «a casa» era a la casa. Pasé contando junto a la mujer de los conejos, a través de las flores amarillas y apestosas, a través del campo de girasoles y del de maíz, arrastrado por un único deseo: escapar de allí a tiempo. Sin embargo, era demasiado tarde. Las piedras del camino se transformaban en abalorios, el maíz se pelaba solo y se transformaba en cirios, el aire olía ya a incienso.

Cuando murió Aneta —esa con la que huyó de Zalipie y a cuyo marido amó toda la vida— la abuela se pasó una noche entera llorando en la cocina. Mi madre y yo la dejamos en paz para que pudiera berrear a sus anchas por su mejor amiga y su rival más acerba. Al día siguiente, cuando terminó la misa, mi abuela salió a la luz zarandeando el bastón como una chota y se puso manos a la obra de inmediato. Llamó a Miłosz —el hijo de la difunta— y le envió desde la tienda harina, aceite, azúcar, guindas en conserva, grasa de pato, patatas, tomates encurtidos, compota, *ślodycze*^[3] y tres tarros de hojas de parra. Le dijo a Miłosz que en la mesa de Anetuška no podían faltar *gołabki*^[4] ni *golonka*^[5] —porque eran sus platos favoritos— y que estaría bien que no se emborracharan como cerdos, porque Aneta no soportaba a los borrachos. Luego le dejó caer a mi madre que no tenía nada que hacer allí con mi padre, a mí me pidió, en cambio, que le echara una mano en la iglesia. Mi madre, contenta por quedarse sola un día, me puso rápidamente la camisa blanca y abrochó hasta el último botón, como si temiera que me escapara por el cuello.

Mi abuela, para mi sorpresa, no se vistió de negro como por un difunto, sino que se puso el vestido violeta de seda y el collar de cuentas de cristal. A mí me mandó al final de la calle a comprar un ramo grande de crisantemos y, cuando volví, toda la casa olía a perfume de mimosas. La agarré del codo porque se había negado a coger el bastón y echamos a andar los dos hacia la parada del autobús. Por el camino me dijo que no me comiera los mocos y que llorara como Dios manda, que no la dejara en ridículo en la iglesia. La miré por detrás y observé que se había prendido el cabello en forma de concha. Caminaba erguida y no parecía ciega en absoluto. No la había visto nunca tan mujer.

La iglesia polaca estaba llena de mujeres con crisantemos y hombres en chándal. Era el turno del cura joven, que sabía el precio de todo mucho mejor que el viejo. Se sugirió a todos los invitados que compraran al menos un par de velas cada uno, que las encendieran, y solo entonces empezó la misa de

difuntos. La abuela se sentó en el primer banco —entre Miłosz y el marido de Aneta— y lloró todo el tiempo. Hacia la mitad de la ceremonia parecía que había venido al funeral con el marido de Aneta y que en el ataúd yacía una mujer sin marido. Miłosz le daba la mano como si fuera su madre, la nuera de Aneta hablaba con ella en susurros, y la iglesia empezó a oler intensamente a mimosas.

El funeral se alargaba y la gente no dejaba de elogiar a la difunta. Una sobrina, hija de su hermana, dijo que su tía había sido una mujer extremadamente devota, algo que sorprendió incluso a los miembros de la familia. La abuela guardó un discreto silencio, pero vi queladeaba la cabeza. Eso es lo que hacía cuando me preguntaba si había robado dinero de la caja y yo le decía que no.

Al cabo de una hora y pico, echaron de la iglesia a todos los chavales por hacer ruido. Una mujer con muletas nos repartió unos caramelos enviados por la abuela y nos dijo que, si salíamos a la carretera, nos partiría la cara. Empezamos a correr alrededor de la iglesia, rubios y gordos como gansos, gritando tonterías en polaco y masticando caramelos. La alegría que provocó la muerte de Aneta era infinita y había convertido aquel día de otoño en un ensayo de la Navidad.

No recuerdo cómo se llegó adonde se llegó. Y no porque hayan transcurrido ya varios años desde entonces. No puedo recordar tampoco qué pasó después esa tarde, cuando la abuela lloraba junto al policía y me gritaba que respondiera o que me mataba. Solo sé que estaba tumbado sobre unas hojas y que el cielo era del color de nuestro coche nuevo, cuando se acercó un chaval y me dijo que Mika y yo no éramos hermanos. Que Mika no era mi hermana...

... y unas imágenes fuera de contexto, su rostro redondo, como pasado por un rallador, una mujer gritando que me detuviera, la madre del chico inclinada sobre él, alisándole el pelo como si estuviera muerto, el olor a incienso que salía de la iglesia y las cuentas de cristal.

Se me había olvidado que la puerta estaba cerrada con llave y que la llave estaba en la bolsa de mi madre. Me quedé quieto delante de la casa como delante de un perro rabioso. No podía volver a buscarla porque sabía lo que soy capaz de hacer en esos momentos. Tenía que entrar a toda costa. Necesitaba una habitación en la que encerrarme con aquella mañana para poder superarla.

Me puse a buscar una entrada como un ladrón: en las esquinas de la casa, alrededor de la puerta, cualquier agujero en la pared... Habría bastado un error de los albañiles, un fallo de los carpinteros para que todo fuera distinto. ¡Una fisura! Me habría servido una simple fisura a través de la cual poder colarme o, al menos, meter en ella el dedo y darle la vuelta a la casa, como a la funda de un edredón. Lamentaba no haber nacido zapapico o rayo o termita.

Contaba en voz alta, desesperado, saltándome los números, intentando concentrarme tan solo en la acción en sí misma, tal y como me habían enseñado en el colegio. Pero los números no me obedecían y salían de mi boca a borbotones, de dos en dos, de tres en tres, de diez en diez, hasta que se terminaron y dejé de ofrecer resistencia. Como un espíritu maligno que hubiera vislumbrado entre las nubes el borde de la luna, me había resignado.

Las cuentas de cristal del collar de mi abuela aparecieron ante mí trenzándose en una cadena extraña, un ADN fantástico, como si justo entonces, delante de mis ojos, surgiera una criatura nueva. Sus globos brillantes tenían voces y hablaban todos a la vez emitiendo un sonido tan extraño y, al mismo tiempo, tan conocido que me parecía estar asistiendo a la escritura de un código primario con el que habría podido descifrar cualquier silencio de cualquier mundo.

«Párate, párate», las oía sin escucharlas y yo respondía en la misma lengua que había encontrado de repente en mi cerebro, como encuentran los bebés el pezón de su madre. Habría dado cualquier cosa por morir en ese momento, por descomponerme en millones de partículas y unirme a aquella

columna temblorosa e infinita, aunque eso hubiera significado despertar formando parte de un monstruo desconocido. Sin embargo, la voz de la abuela desapareció de repente, tal y como había aparecido antes, llevándose consigo el secreto más bello que se me ha mostrado jamás.

Regresé a mi herida, que se había abierto de nuevo y supuraba. Me acosté como un perro en el umbral frío y azulado; entretanto, el aire a mi alrededor había empezado a hervir y a sacudir todos los objetos como si fueran adornos de silicona. El montón de piedras junto al cobertizo formó una línea recta y larga y partió, ondulándose como una serpiente, hacia el horizonte, que castañeteaba como una boca abierta. La casa me contemplaba desde arriba como el rostro de un muerto, con unos postigos verdes en lugar de párpados.

Quería poder morir con sencillez, con comodidad, deprisa. Quería que la muerte se doblegara a mi voluntad, poder invocarla en cada segundo sin esfuerzo y sin costes. Ello habría sido posible si la muerte hubiera sido inventada por alguien con más discernimiento, alguien que no la hubiera protegido tanto, sino que la hubiera reducido a una simple función. Un tercer ojo, una tercera sien, un corazón a la derecha que desconectarán unilateralmente los cuerpos inútiles en caso de necesidad.

La imposibilidad de morir cuando tenía la necesidad absoluta de hacerlo fue la injusticia más grande que se ha cometido conmigo, y conmigo se han cometido muchas injusticias. Empezando por mi nacimiento de una mujer completamente desconocida.

En unos minutos el cielo se había llenado de nubarrones negros y deshilachados, como se llena una calle de coches y gente después de un accidente de tráfico. La lluvia —menuda y cálida como los golpes de una muchacha— caía sin sentido y me recordaba a Jude. Sus pestañas rojizas, como pequeñas pinzas de cobre, con las que me atrapó, clavándomelas debajo de la piel, cuando nos vimos por primera vez.

Una banda cálida como una serpiente naranja brotó de mi mano y siguió por mis venas, creciendo e hinchándose. El primer golpe me seccionó. El dolor me cortó como a una lombriz y me dividió en dos cuerpos. El segundo golpe me enrojeció los dedos mezclando los huesos con los cartílagos y haciendo que temblaran rítmicamente, como una guimbarda. El tercer golpe —el más consciente habitualmente, pero inesperado aquel día— me clavó en la carne una uña que se abrió al instante bajo la piel como una pepita seca.

El cielo empezó a plegarse por sí mismo, como una hoja de papel, formando millones de cuadrados vivos y perfectos. La lluvia no caía ya de arriba abajo, sino que empezó a deslizarse en sentido contrario en miles de hilos transparentes organizados en columnas brillantes y tintineantes. La casa bramaba abriendo y cerrando continuamente los postigos y la puerta, y yo la golpeaba sin parar y reía al contemplar cómo la construcción se desmontaba piedra a piedra, como en el fin del mundo. Llovían paredes, restos de madera y cristal, trozos de la escalera maligna, váteres en forma de libélula y palomitas rojas. El mundo entero se desmoronaba y solo mi mano seguía intacta, como un arma.

Cuando me encontró mi madre, todo había terminado. Se acostó a mi lado en el umbral, callada y húmeda como una fotografía en proceso de revelado, y empezó a limpiarme con su vestido blanco. Me pegué a ella como una herida a un esparadrapo. Nos quedamos así, yo llorando, ella acariciándome la cabeza con movimientos circulares, como hacía Mika de pequeña.

«Tonto, tonto», susurraba mi madre.

«Tú no sabes nada, tú no sabes nada», le respondía yo en nuestra lengua.

18

Los ojos de mi madre lloraban hacia dentro.

19

Había pasado una semana desde el «suceso», como lo bautizamos los dos cuando yo dejé de gritar. «Suceso» sonaba mejor que «crisis» o «episodio», porque suponía la implicación de varios factores en aquello que había hecho, en realidad, yo solo. Mi padre decía siempre que, si te metes en un lío, tienes que arrastrar contigo a toda la gente que puedas, porque así te librarás más fácilmente. Mi padre entendía de líos.

Estaba claro que no podía ir al médico porque eso significaría varias cosas. En primer lugar, un médico habría comprendido inmediatamente que llevaba casi dos semanas sin tomar las pastillas y que era más peligroso que una botella rota. En segundo lugar, habría observado que mi madre no ejercía ningún control sobre mí, aunque eso podía observarlo cualquiera, incluso sin formación médica. Y, en tercer lugar —que se desprende de los dos primeros supuestos—, un médico me habría aislado y habría pedido una nueva evaluación. Y una evaluación en un país extranjero habría sido mi final, pues la mitad de mis papeles eran falsos.

Permanecí en casa con mi madre, que empezó a atiborrarme con todas las pastillas que tenía en el bolso. Mi madre llevaba sus pastillas a todas partes, incluso cuando se dirigía a abrirle la puerta a alguien. Las ocho cajas de analgésicos —que ella había almacenado para todo el verano y que yo consumí en tres días— me aliviaron lo suficiente el dolor como para que deseara comer sin tregua. Era como un basurero siempre abierto.

Engullía sin parar, a veces incluso en plena noche, mientras examinaba el rostro asqueroso de la libélula-váter. Comía cualquier cosa —conservas a punto de caducar, pan seco, queso apestoso, fruta pasada, salsas grasientas, siropes y concentrados de frutas—, pero sobre todo las palomitas que hacía mi madre con los granos del cubo rojo. Devoraba cada día tres o cuatro coladores rebosantes de palomitas saladas o dulces, con mantequilla o sin ella, con canela o con confitura de cebolla. Estas últimas eran un orgasmo.

Mi madre venía todos los días a mi habitación y me traía noticias del pueblo. Había empezado a salir cada mañana e incluso había conocido a

algunas personas. Aunque fingía que no me interesaban sus estúpidas historias, las aguardaba. La oía subir en cuanto posaba el pie en el primer peldaño de la escalera, que crujía cómplice emitiendo un sonido más parecido al cristal roto que a la madera. Luego escuchaba el silencio de ocho segundos mientras mi madre recorría la parte sana de la escalera y, tras contar otros dos, veía cómo abría la puerta. La compañía de mi madre ni me aburría ni me irritaba, teníamos una relación casi normal, lo cual era ya una señal de alarma en sí misma.

Sin embargo, lo que más me gustó de aquella semana en la que no solo viví la recuperación clandestina de la mano, sino también la primera sensación de felicidad pura de mi vida, no fueron las palomitas ni las historias, sino los calmantes de mi madre. Eran unas pastillas blancas, opacas, con cinco lados iguales y un sabor dulce-lechoso como los caramelos que traía a veces mi padre de Polonia en la época en que todavía comíamos en la misma mesa. Si leías la etiqueta rosa, medio arrancada por mi madre en uno de sus ataques de nervios, tenían un nombre largo que terminaba en «... pam». Y eran divinas.

En todos los años que siguieron a ese verano y en los que visité a decenas de psiquiatras en decenas de ciudades —psiquiatras en consultas con timbres de oro y secretarias guapas o sin timbres y con secretarias viejas, también locas; psiquiatras caros y arrogantes, sin bata pero con un puro; psiquiatras pegajosos y farsantes con cámaras en sus váteres afables—, en todos esos años en que intenté escapar de una locura que al principio me atormentó y me cubrió de toda la podredumbre imaginable, aunque luego me hizo rico y envidiable, no encontré nunca unas pastillas mejores que aquellas del verano con mi madre.

Una mañana, mientras esperaba estirando el cuello de placer a que sacara dos comprimidos del botecito de plástico y me los ofreciera en el cuenco de la mano, los llamé «pentágonos». A mi madre le encantó la idea. Se rio largo rato, con ternura, como yo descubriría años después que se ríen las madres con los chistes estúpidos de sus hijos inútiles, pero amados.

20

La mano, aunque hinchada todavía y con el aspecto de un guante de críquet, empezaba a resultar funcional. Las heridas se habían cerrado y ya no apestaban. Los huesos parecían enteros, los cartílagos crujían y se movían bajo la piel flácida. Me saqué de debajo de la piel, con unas tijeras de cocina, la uña rota y salí a la calle.

Los pentágonos hacían su efecto: reía sin cesar, todo me resultaba fascinante y nuevo. Los objetos, los olores, las sensaciones —conocidos pero al mismo tiempo desconocidos y nunca utilizados de verdad— me asaltaban como un torbellino en los momentos más inesperados.

Sentía por primera vez asombro, compasión, alborozo..., unos estados de los que no me sentía capaz y que no me habían servido jamás. Era como si me hubieran brotado, por fin, los ojos —los verdaderos, los crueles y desnudos, con las retinas hacia fuera—, que veían más allá de la piel y los huesos, con más intensidad que los colores y las formas, más allá del cielo y más profundamente que la tierra. Me parecía extraño que mi puño no se apretara ya. Me parecía extraño no querer ver ya a mi madre muerta.

Me pasaba todo el tiempo observando cómo se apareaban los insectos, estudiando la casa, que estaba cada vez más viva, o sacando arañas de la tierra con un trozo de pan masticado pegado a un hilo. Recogí flores. Canté. Clasifiqué nubes y pedos.

Volvía a tumbarme en el umbral a propósito, para asustar a mi madre, que se presentaba al instante como un fantasma, estuviera donde estuviera. Me preguntaba preocupada si me sentía bien, y yo reía, reía y le decía que algún día seguro que me suicidaría, pero no ese día. Mi madre me miraba unos segundos para convencerse de que no deliraba, luego desaparecía de nuevo en la casa, como en el interior de un túnel que la engullía sin dejar huella.

La veía a lo largo del día unas veces en la puerta, otras en una ventana, otras en un campo rodeada de flores, como una aparición capaz de atravesar las paredes y los muros solo con el poder de la mente. Era siempre ágil y diáfana, enfundada en uno de esos vestidos de los que no se separaba,

contemplando un objeto durante varios minutos, como los actores de las películas mudas. Mi madre era alta. No quedaba nada de mi antigua madre, pero tampoco sabía quién era yo, quién había sido ni qué pasaba con nosotros. En mi fuero interno estaba seguro de que, de una manera u otra, el final estaba cerca, porque tanta felicidad solo se les concede a los niños o a los moribundos.

Entretanto.

Cogí una libélula y pasé todo el día junto a ella.

Conté los granos de maíz de una hilera de maíz.

Bebí agua de lluvia.

Ayudé a una mariposa a nacer.

Mi madre me dejó en paz, desaparecía y aparecía llevada tan solo por el miedo a una nueva crisis. Nos veíamos en la mesa, tres veces al día, cuando ella me alimentaba con unas cosas cuya existencia yo no sospechaba siquiera. Queso de burra. Caracoles. Sesos de buey. Médula. Lengua de cerdo y de ternera. Pastel de riñones e hígado de ave. Dulces con semillas de cáñamo y licores alucinantes.

Una noche, después de tomarnos dos botellas de vino, le pregunté qué estábamos haciendo allí: ¿nosotros dos, la casa, los vestidos, todo aquel verano ilegítimo? Mi madre me dijo que le quedaban cuatro pentágonos y me acarició la cara con tristeza.

Me encontraba en un festín del diablo y yo presidía la mesa.

21

De nuevo las rodillas. Pequeñas y lisas, envueltas en el trozo de piel más fino del cuerpo, como si fueran ellas el origen de todo su ser y escondieran su corazón u otro órgano vital que la mantenía viva. Sus rodillas brillantes y obedientes, junto a las cuales me había caído tantas veces y que había besado tantas mañanas que a veces temía que se fueran a romper en mi boca como una cáscara de huevo caliente y entonces ella se escurriría cruda, hasta la última gota, a través de las heridas abiertas por mis labios. Estiré la mano para tocarla, pero mi sueño se hizo miles de añicos multicolores, y desapareció como un gemido, vivo y forcejeante todavía. Moira.

Aquella mañana, catorce años atrás y domingo, no oí a mi madre subir. La escalera no crujió ocho segundos antes para avisarme del peligro y la puerta se abrió de golpe. Yo me estaba masturbando mientras pensaba en Jude y no conseguí hacer nada que pareciera algo distinto de lo que estaba haciendo.

La insulté y grité que solo los cretinos entran sin llamar y, para librarme de la vergüenza, empecé a hablarle de la reacción espontánea de los locos, que pueden hacer cosas terribles si se les provoca un sentimiento de culpa. Al parecer mis palabras le hicieron gracia y se limitó a abrir la ventana de par en par. Yo estaba en la cama con las manos culpables pegadas al cuerpo, como un sarcófago, y me espanté cuando vi que se dirigía hacia mi cama.

Llevaba varios días sin tomar calmantes y habría podido golpearla. En el pecho o en el hombro, o en los senos —donde sé que más duele—, porque ya había sucedido unas cuantas veces. Y, aunque entonces no emitió sonido alguno —para no enfurecerme aún más—, yo sabía que le había dolido. Incluso los psiquiatras dicen que las mujeres soportan peor los golpes de sus hijos que los de sus maridos o los de los desconocidos.

Mi madre seguía extrañamente callada y también yo dejé de hablar. A falta de sonidos, mi boca se iba llenando de miedo —amargo y poroso como una seta—, cuyas raíces violetas empezaron a crecer y a invadirme. Se repetía de nuevo todo, exactamente como ese día en la iglesia. Solo que fuera no había niños y caramelos, sino un maldito sembrado de girasoles que se precipitó torrencial hacia nosotros, reventando sucesivamente todas las flores como si fueran ojos de pescado.

Callábamos ambos casi gritando, y nuestro silencio era más pesado que cualquier ruido. Sabía que lo que sucediera más adelante ese día y ese verano sería para siempre.

Ven conmigo, dijo mi madre, y sus palabras quedaron suspendidas en el aire como unas gotas de aceite en un vaso de agua, flotando y empujándose por el espacio de la habitación, sus bordes temblorosos se descomponían y se multiplicaban, formando una y otra vez esa proposición simple, sin parar.

Conmigo ven con Venmigo con con convenmigo ven mi Ven conmigo ven

Las veo todavía ahora —cuando escribo estas líneas— planeando sobre mí como una jauría embrujada que se apretuja para hacerme sitio como a un viejo amigo, en esa habitación que han devorado casi por completo.

23

La seguí en silencio, caminando por sus huellas, hacia su secreto. Aquel día mi madre era blanca y larga como una sombra matinal y llevaba el cabello suelto. Veía, como cualquiera que sigue a ciegas a otra persona, solo sus pies y la espalda, que se movían llevando un ritmo extraño, como el de ese delfín que vi una vez en un delfinario adonde fui para escapar de la tentación de suicidarme. La colza olía a mirra y el aire, a nuevo y a rico, como huele el aire de la caja de los zapatos que has deseado todo el año. A veces mi madre volvía rápidamente la cabeza para comprobar si la seguía y entonces parecía una mujer con la cabeza en la espalda que avanzara al revés.

Detrás de la tercera colina salió el sol. Amarillo, redondo, inevitable, como la bombilla de un hospital orientada a los ojos. Nos detuvimos ambos en medio del sendero y lo miramos largo rato, como si fuera la primera vez, pensando rápidamente un deseo. Eso es lo que nos había enseñado la abuela a los tres: cuando vemos que sale la luna o el sol, hay que desear algo con toda tu alma porque se va a cumplir, se cumple sin falta. La abuela, ciega y sola como estaba, lo sabía todo sobre los deseos.

Cuando llegamos al sembrado de girasoles, yo albergaba un sueño inmenso e innecesario que sabía que no se cumpliría jamás en ningún caso, en ninguna vida. Pero lo pensé con ardor y fe, porque, si mi abuela tenía razón y el sol podía cumplir todos los deseos, sería una porquería pedirle un coche o una noche con Jude.

Mi madre se detuvo de repente y con ella me detuve también yo, y todo lo que estaba predestinado a sucedernos aquel día. Luego me cogió de la mano y me arrastró entre las flores grandes y tristes, que nos miraban con sus cabezas dentadas. Ya no era un hijo, tampoco ella una madre. Éramos un mortal asustado y una hechicera que arrastraba su presa a otro mundo. Dimos el último paso y el tiempo se cerró tras nosotros como una cremallera invisible.

24

Los ojos de mi madre eran el deseo de una ciega cumplido por el sol.

Cuando recuerdo los días felices de mi vida, me basta con los dedos de la mano sana. Cada recuerdo dura tan solo un segundo y aparece ante mis ojos en una sola imagen, como la que captan las retinas de los muertos. Kalo me dijo una vez que esta teoría es una bobada —la historia esa de que, antes de la muerte, el ojo retenga como una fotografía el último objeto visto—, pero se llevó por ello un puñetazo en la cabeza. A mí me parece fascinante morir con los ojos llenos. Me pregunto cuál fue el último objeto que vio mi abuela.

Mi fichero de cosas malas está siempre repleto porque durante muchos años mi vida fue una sucesión de odio y mierda. De ahí esas imágenes: el puño de mi padre con el anillo de oro, Mika transportada en una camilla con los guantes sujetos con una goma, mi abuela con unas gafas de tela, Aneta en el ataúd y mi mano llena de sangre, mi madre entre nueces y manzanas, muñones de piernas, Moira saliendo por la puerta con una estrella al cuello. Hay más —algunas imágenes se repiten o se superponen, porque es imposible ser siempre original y sufrir de forma inédita, incluso cuando estás loco como yo.

Los recuerdos bonitos, en cambio, aunque pocos y pálidos, ocupan mucho más espacio que todos los ficheros de pus juntos, porque una sola imagen bella contiene vivencias, olores y recuerdos que duran días enteros. Estos recuerdos son mi parte más valiosa, la perla deslumbrante nacida de una ostra hueca. El brote verde de la carroña humana que soy.

A veces, cuando pienso en la muerte y me pregunto qué pasa con las personas después, a continuación, al final... los recuerdos son mi respuesta. El paraíso —para mí al menos— significaría vivir una y otra vez aquellos pocos días como si fuera la primera vez. Y que Dios o algún ángel menos ocupado mantuvieran mis ficheros en *repeat*. Siempre he sabido que voy a ir al cielo porque pido poco y no necesito que nadie me atienda.

Incluso así, de todos los recuerdos preciosos que llevo invariablemente conmigo a la espera de que un buen día —después de escapar de este borrador de vida que llevo ahora— se conviertan de nuevo en realidad, solo uno es el

corazón. Solo uno tiene el poder de disolver lo negro, el moho y la desesperación.

El girasol.

26

Mi madre me llevó al campo de girasoles para anunciarme que se estaba muriendo. «Tengo cáncer, Aleksy, un cáncer maligno y rabioso», me dijo, y el día empezó a coagularse en ese mismo segundo.

Su sonrisa de tallos rotos.

El verde escurrido de sus ojos.

Su blanco de nimbo herido.

En cierto modo, todo tenía sentido, la enfermedad, las prisas y su cáncer rabioso. No habría podido tener un cáncer benigno ni aunque lo hubiera deseado, porque a lo largo de toda su vida eligió siempre mal. Pero tampoco para vivir encontraba ya un porqué ni un cómo, pues estaba agotada por la falta de amor. «Por fin tengo algo mío, Aleksy, algo que me quiere solo a mí».

Y que no tuviera miedo.

En otras palabras, siguió ella, incluso aunque en aquellos momentos hubiera estado postrada en la cama de un hospital —rodeada de médicos inteligentes, no en un campo de girasoles junto a su hijo loco—, su cáncer maligno la habría devorado hasta las últimas migajas, habría sorbido hasta su último hueso, solo que más despacio. Y ella quería un verano. Un último verano para vivirlo también ella como un cáncer rabioso. Un verano para morir viviendo hasta el final.

Y que no tuviera miedo.

Yo estaría bien, incluso mejor que antes, porque sería libre. Tendría una casa y un coche y dinero, y luego, cuando muriera la abuela —y la abuela iba a morir con toda seguridad—, tendría otra casa y otro coche y más dinero. Dos casas. Dos coches. El doble de dinero. «¡Cosas para dos vidas, Aleksy! Una vida para dos personas. Ni siquiera Jude podrá resistirse al doble de todo. Ni siquiera Jude».

Y que no tuviera miedo.

Y que no llorara y que no le mintiera. No hoy. No te puede faltar lo que no has tenido jamás. No puedes transformar un vacío en algo lleno si no crees. Y aunque creas, Aleksy, no todos los que convierten el agua en vino son Cristo. Tal vez si hubiéramos vivido de otra manera. Si lo hubiéramos intentado y hubiéramos fingido más. Tal vez si lo hubiéramos sabido antes.

Y que no tuviera miedo.

Permanecemos tumbados en el campo de girasoles, silenciosos y doloridos como unos abortones de flores. Volvimos a casa por la tarde, llevados por la

lluvia y unidos por la mano delgada de mi madre como por un cordón umbilical sin cortar.

Y que no tuviera miedo.

28

Los ojos de mi madre eran campos de tallos rotos.

El secreto de los abortones de flores se vendió por un cuarto de millón de libras esterlinas. Fue el primer cuadro que pinté y después de él dejé, oficialmente, las drogas. Sacha me dijo que lo compró un japonés que había perdido a su hija enferma de cáncer y que se suicidó un año después. Esta información ni me alegra ni me entristece. Me resulta indiferente a quién llegan mis cuadros y cuáles son los motivos de los compradores. Me resulta indiferente que un buen día lleguen a venderse todos para transformarme en el pintor vivo más rico, o que se queme hasta el último cuadro junto conmigo.

De toda la gente abigarrada y ávida que me rodea —intermediarios que ganan más que los artistas, directores de galerías prestigiosas o sospechosas, oligarcas rusos y mecenas japoneses, judíos millonarios que no reconocen ni lo uno ni lo otro—, solo Sacha está interesado por verme vivo. Si no existiera yo, él seguiría trabajando hoy en día como asistente médico con un salario de estudiante. El resto, todo ese hatajo de hienas, sería más feliz si me muriera —preferiblemente de cáncer, como mi madre, o de locura—, para ver así duplicado el valor de mis obras y de sus ganancias, ya pingües e inmerecidas.

Le pregunté un buen día qué pensaba hacer cuando yo no estuviera o cuando dejara de pintar, y él me respondió que seguiría viviendo exactamente igual mientras tuviera dinero. Que gastaría hasta el último centavo en viajes, hoteles, en champán y caviar, en las turgentes nalgas envueltas en seda que brillan por las mañanas como arcoíris en los balcones del Marais, en copiosas cenas en el Meurice, en minúsculos cafés servidos por Fran bajo los puentes del Sena, en perfumes y pañuelos, en vinos añejos y amantes jóvenes.

Su respuesta sincera me deprimió. Sentía envidia de Sacha. Porque, a diferencia de mí, podía transformarse de mariposa en oruga y de nuevo en mariposa el mismo día. Porque podía gastar, una sola noche, toda una fortuna en bebida y en muchachos, y donar al día siguiente una campana a la iglesia, vestido de blanco y con un cura a su derecha. Lo odiaba porque podía ser cualquier cosa, pero seguía siendo él, sin ser falso y sin alejar a todos a los que había amado.

Le pregunté con malicia si volvería al hospital en el que nos habíamos conocido para limpiar de nuevo las heces y mover a los enfermos paralizados y evitar así que les salieran llagas en la espalda y se les pudriera la carne. ¿Volvería con su novia deforme y formal, a su escondrijo de gusano, a su vida falsa e infeliz de la que se había librado solo gracias a mí?

Sacha me dijo que no lo sabía, pero que creía que volvería si se viera obligado, porque todas las vacaciones se acaban, todos los colores palidecen y él había vivido en tres años mucho más de lo que habría imaginado jamás que podía caber en la vida de un ser humano. Más de lo que se habría creído capaz de sentir.

¿Y yo —me preguntó Sacha—, volvería yo a ese verano si pudiera hacerlo?

Habían pasado casi tres semanas desde nuestra llegada al pueblo. Mi madre había adelgazado y parecía el badajo de una campana con sus vestidos ahora flojos. Una mañana se presentó a desayunar con el pelo corto. Se lo había cortado ella sola con las tijeras con las que me había sacado yo la uña de debajo de la piel. No le pregunté por qué se lo había cortado, pero observé que el cabello que le quedaba cubría su cabeza menos que antes. El cabello corto le sentaba bien, le dije. Iba a morir guapa, le dije.

Era un chiste malo, pero no tenía otro. Me costaba bromear con alguien con quien apenas había hablado en los últimos ocho años. Alguien que me había apartado de un puntapié como a un perro cuando yo estaba dispuesto a ser un perro solo por sus caricias. Mi madre se echó a reír. Si me paro a pensarlo, nosotros dos solo compartimos dos bromas: la de los pentágonos y esta del pelo. Y se rio con las dos.

Me preguntó si quería palomitas y sí quería. ¿Y cerveza? También cerveza. Esos eran nuestros desayunos favoritos, poco saludables, por supuesto, pero, en nuestra situación, ¿a quién le preocupaba la salud? Un cuerpo devorado por el cáncer y un cerebro enfermo. Aquel año me autodestruí mucho más que el resto de los años y, sin embargo, nunca estuve más lleno de vida. Mi madre parecía una planta de interior sacada al balcón. Yo parecía un criminal lobotomizado. Éramos, por fin, una familia.

«Aleksy —empezó mi madre en tono culpable apretando con dedos nerviosos la taza de café—, perdóname».

Aquella mañana mi madre parecía una araña joven que acabara de atrapar en la telaraña a su primera víctima. Era como Mika envejecida. Como la abuela de joven. Nunca la había visto así por la sencilla razón de que nunca había sido así. Mi madre me miraba con amor.

Esa mirada suya —que yo había esperado y mendigado toda mi infancia y por la que me habría desprendido voluntariamente de todo mi capital de niño ahorrador— la recibía ahora gratis. Mi madre, por fin, me la ofrecía en

bandeja, sonriente y benévola, tal y como en los grandes almacenes unas guapas vendedoras ofrecen productos caducados a los ingenuos.

Habría querido tirarla de la silla de una patada, como había hecho ella conmigo a lo largo de aquellos siete meses. Me habría gustado meterle aquel amor por los ojos a puñetazos y decirle que se lo guardara para el otro mundo, en el que, si tenía suerte, conseguiría engatusar a alguien y convencerle de que era capaz de amar. Me habría gustado arrancarle en aquel segundo, con unas tenazas al rojo vivo, todos los cuentos no contados, todas las nanas no cantadas, todas las caricias en el pelo que me correspondían, pero que ella me había escamoteado como una roñosa.

«Mamá, no es necesario», le respondí rápidamente y ella se contuvo. Terminamos de comer en silencio y nos despedimos para el resto de la jornada.

31

Seguí, sin embargo, el consejo que me había dado el día en que pintó los postigos y fui al cobertizo. No había nada especial, pero encontré una hamaca. La colgué de dos ciruelos del jardín y se convirtió en mi lugar favorito. Pasaba las horas muertas tumbado en ella, sin hacer nada, mientras mi madre seguía explorando el pueblo. Me gustaba sobre todo columpiarme boca abajo... En aquellos momentos sentía que podía unir el cielo y la tierra con los dedos, como el ala de un pájaro.

Mi madre había cambiado mucho. Ya no tenía una cara redonda rematada por una papada. Alrededor del cuello, en los codos y en las rodillas le habían salido unos huesos —menudos y visibles— como unas cicatrices malogradas. Su piel no brillaba ya tersa y lisa y había empezado a oler. El primer olor de mi madre. Mi madre olía a lapiceros recién afilados con el sacapuntas.

El cambio más importante no se había producido, sin embargo, en su aspecto, sino, al parecer, en su cabeza. Ya no consideraba a mi madre una tonta como antes. Conocía de memoria casi todos los insectos y las plantas, incluso algunas denominaciones en latín. Además, como descubriría más adelante, hablaba francés bastante bien.

A veces, cuando no podíamos dormir, salíamos fuera y ella me descifraba todas las constelaciones del cielo. Me hablaba sobre los cometas y los temores de la gente en torno a estos, sobre los universos paralelos y sobre el tiempo, que en otros mundos transcurre al revés. Me habló de un planeta recientemente descubierto que se parecía mucho a la Tierra. —Kepler o algo así—, pero creo que eso se lo había inventado sobre la marcha, para fanfarronear. «¿Te imaginas, Aleksy, que hubiéramos nacido allí en lugar de aquí? Habríamos visto todas las miserias de la Tierra y nos habríamos reído de todos sujetándonos la barriga con nuestros dedos verdes». Yo había empezado a pensar que al menos uno de mis progenitores no era un completo cretino. Mi padre creía que Plutón era un nombre de perro y que «voluntariado» quería decir quedarte en calzoncillos en la calle.

Un buen día, cuando volvió del mercado, mi madre se acercó a mí y me pidió que le hiciera sitio en la hamaca. Para mi sorpresa, esta no cedió bajo nuestro peso. Permanecimos allí como dos ojos de la misma cabeza y seguimos fascinados cómo labraban los campesinos las tres colinas lejanas. Tenían dos tractores nuevecitos, con unos arados deslumbrantes como cuchillas de afeitar, a su paso la tierra quedaba fresca y hueca, como los pasteles de chocolate que preparaba la madre de Kalo y que comíamos en el recreo en la escuela.

La gente se preparaba para el otoño y las mariquitas revoloteaban por todas partes llevando noticias. Eso es lo que decía Mika: «las mariquitas vuelan solo cuando tienen noticias», luego besaba sus alitas y despegaban de sus deditos como de unas minúsculas pistas de despegue. Cuánto la echo de menos. A mi querida Mika-rika-pika.

«También el abuelo tenía un tractor —me dijo mi madre en la hamaca, contenta como no la había visto nunca, moviendo la cabeza como un niño—. Se llamaba Jakub y era rojo, el tractor. La abuela estaba muy orgullosa de haberse casado con el dueño de un tractor».

Habló durante casi una hora, parecía un libro, así que no me atreví a interrumpirla. Me había convertido, por fin, en su hijo, y ella, en madre. Cuando llegó al final de la boda y a lo guapa que era entonces la abuela, aunque tuviera cuatro hermanas y ningún vestido nuevo, mi madre se quedó dormida. Permanecí a su lado sin moverme y enseguida me transformé en una pista internacional para mariquitas.

¿Por qué no había empezado mi madre a morir antes?

Sacha me ha preguntado hoy por qué me paso el día escribiendo como un pasante en lugar de pintar. Sacha, además de ser un aprovechado sincero, teme que no consiga terminar los tres cuadros encargados para la exposición de Amberes. Le he dicho que los termine él si no se fía. De todas formas, nadie notará la diferencia, el estilo de un loco no se distingue demasiado del de un principiante.

Sacha me ha mirado preocupado con su cara de ratón y me ha dicho que tampoco es eso. Que en este mundo hay muchos inválidos sin piernas que se drogan y son mezquinos, pero no consiguen vender tanto como yo. Le he mandado a buscar un culo fresco y le he dicho que me traiga la bolsa de la cocina. Ha salido de mi habitación enfadado.

Los ojos de mi madre eran mis historias no contadas.

Empecé a ir al mercado yo solo después de que mi madre se desmayara un domingo en medio de aquel laberinto. La traje a casa la vieja de los conejos como una alfombra enrollada. «Por culpa del calor —dijo ella en tono experto—, y porque está muy blanca». Le di amablemente las gracias por su ayuda y, a modo de respuesta, la vieja puso en mis brazos un conejo desollado que le compré al momento por diez euros.

Aunque se había vuelto más guapa y más lista, mi madre se desmayaba cada vez más a menudo y estaba cada vez más débil. Cuando caminaba, los brazos se balanceaban junto al cuerpo como los de las muñecas de trapo, se le habían descolgado las comisuras de la boca y ahora parecía un niño enfadado. Sin embargo, era la mejor madre que había tenido yo hasta entonces. Si hubiera sabido que eso es lo que hace la enfermedad con un ser humano, habría pedido por Navidad un cáncer para mi madre en lugar de sexo con Jude. A mi padre no creo que lo hubiera transformado ninguna enfermedad.

Además de hacer la compra, era también yo el que cocinaba, aunque es cierto que mi madre seguía ocupándose de los trabajos sucios como pelar las patatas o las cebollas. Este cambio de roles se había producido asimismo en otros ámbitos. Ahora era yo el que aparecía de la nada cuando en la casa reinaba demasiado silencio, y ella se reía y me decía «hoy no, hoy no». Una noche decidimos juntos que yo tenía que volver a la dosis diaria de pastillas que había abandonado a raíz del episodio de la mano. No podíamos permitirnos una nueva crisis con ella en casa *en ese estado*. «Y lávate los dientes», añadió, antes de transferirme definitivamente las atribuciones de un adulto.

Cuando mis alucinaciones desaparecieron por completo —al principio las echaba de menos como la falta de un diente en la boca— y yo me volví casi normal, empecé a salir por ahí. Ahora me tocaba a mí volver a casa con inútiles historias del pueblo, mientras mi madre se pasaba casi todos los días tumbada en la hamaca.

El pueblo me gustaba porque yo no interesaba a nadie, pero tampoco me sentía extranjero. Seguía siempre el mismo itinerario —las compras en el mercado, la farmacia si era necesario, luego al Spar a comprar cerveza—. El descubrimiento del Spar —una tiendita que apestaba a lejía, pensada para los ingleses que venían a veranear— fue para mí como un día de cumpleaños.

Aparte de buenas cervezas, el propietario tenía salchichas de verdad, inglesas —no porquerías de esas llenas de vísceras de animales, como en el mercado—, que yo compraba casi gratis cuando estaban a punto de caducar. Además, los miércoles y los sábados en el Spar trabajaba Delphine, la vendedora con las tetas más increíbles que había visto en mi vida. El problema era que también Delphine conocía el valor de sus tetas, por eso todos los hombres descubrían, antes o después, que habían pagado más que sus mujeres por los mismos productos. Para ser sincero, nunca entendí por qué seguía Delphine trabajando allí. Habría ganado lo mismo si se hubiera plantado en la calle con una caja vacía y un escote pronunciado para que la gente depositara en ella entre cinco y veinte céntimos solo por placer.

En el pueblo había también una iglesia con una especie de piedra redonda en el jardín, allí se detenían todos los días autobuses repletos de mujeres con pañuelo y hombres en camisas de manga corta para tocarla; una granja de cabras de exposición que se podían besar, ordeñar y fotografiar a cambio de una donación simbólica; un estanque con peces en el que se podía pescar solo con permiso del Ayuntamiento y —entre la oficina de correos y el cementerio— un club de baile para abuelitas y viejales.

Además del de Delphine, había aprendido otros nombres: el de la panadera, Odille; el de la farmacéutica, Hélène, y el del hombre que vendía queso de cabra, el preferido de mi madre, un tal Gasnoséqué. Yo le llamaba solo Gas, luego bajaba la voz para que no se me entendiera y funcionaba. Gas no se enfadaba, lo importante era que comprara.

Técnicamente hablando, también conocía a Varga, de la que he hablado al principio, pero por aquel entonces no sabía su nombre y, de todas formas, Varga no era del pueblo, sino que solo venía algunas veces con esos espectáculos estúpidos como *El turón y el hombre malo*.

Me encantaba salir, aunque fingiera lo contrario. Adoptaba siempre un aire responsable y daba vueltas por casa unos diez minutos con el carrito de la compra para que mi madre viera que estaba preparado y se diera prisa con la lista. A continuación yo leía en voz alta el nombre de los productos, horriblemente escritos, para convencerla de que lo había entendido todo. Era

la primera vez en mi vida que hacía algo por mi madre. Esos eran todos mis regalos por todos sus cumpleaños no celebrados.

Después del funeral de Aneta, mi abuela me negó la palabra durante varias semanas. Que hubiera estado a punto de matar a aquel chaval parecía importarle menos que el hecho de haberla dejado en ridículo en la iglesia. Pero lo que mi abuela no podía perdonarme era, sobre todo, el haber tenido que acompañarme a urgencias y pasar allí toda la noche en lugar de comer *golonka* y *gotabki* junto al hombre que deseaba y que era, por fin, libre. Cuánto perfume desperdiciado en el miserable pasillo de un hospital.

Mi madre, por supuesto, se perdió también ese momento de mi vida: no pudieron localizarla hasta la mañana siguiente cuando, por fin, levantó el auricular. Estaba borracha después de una noche con Kasza y varias botellas de vodka. Su llegada al hospital no hizo sino confirmar las sospechas de los médicos de que la pelea no había sido algo casual y de que yo era, al igual que ella, psíquicamente inestable. Mi padre, para mi felicidad, no apareció. Se enteró de todo una semana después, cuando pasó por casa a coger dinero y era ya evidente que el otro chaval quedaría lisiado de por vida. Entonces dijo tan solo: «ojalá hubiera sido al revés». Mi padre.

Podía mover la mano de nuevo y esa era la única buena noticia. La mala era que los padres del cretino que había difundido las mentiras sobre Mika habían interpuesto una denuncia en la policía y en el colegio. Ahora todo el barrio sabía que éramos una familia de asesinos. Las flemas y los escupitajos de delante de la puerta se multiplicaron y a mí me trasladaron temporalmente a «un lugar más adecuado para mis necesidades», del que no salí hasta casi los dieciocho años.

En los siete años posteriores de exámenes, tratamientos y restricciones de todo tipo —que me transformaron enseguida de un niño no querido en un adolescente averiado—, pensé todos los días en las palabras de mi padre. Y siempre le di la razón, «ojalá hubiera sido al revés».

36

Una noche, antes de acostarnos, mi madre empezó otra vez con «Aleksy» y yo no tuve fuerzas para detenerla. Me pidió que la perdonara por haberme avergonzado tantos años, por no haberme querido y por haber pensado mucho más en Mika muerta que en mí vivo. Luego me dijo que no golpeará jamás a una mujer en los pechos y que no me pusiera calcetines blancos, como mi padre. Le pregunté por qué ella y Mika tenían los ojos verdes y yo azules.

Un día, cuando recogía por casa la ropa sucia para ponerla a lavar —ahora me ocupaba incluso de esto, le dejaba a mi madre solamente el café y las palomitas—, encontré mi teléfono en los pantalones cortos con los que había venido. Estaba descargado y el cargador se había quedado, por supuesto, en Londres. Me lo guardé en el bolsillo con la idea de preguntarle luego en el Spar si tenían un cargador por allí.

Me había hecho amigo del verdadero propietario de la tienda —Karim—, que daba vueltas junto a la puerta revisando las bolsas de la gente y rascándose los huevos. Al principio, por la pinta y por cómo se comportaba, pensé que era el guarda. Una vez a mi madre se le antojaron unos pepinillos encurtidos y yo fui a preguntarle al francés en camisa, que se mostraba siempre amable y discreto, si tenían. Pero este me envió adonde Karim, diciéndome en inglés «he boss».

Me llevó un rato explicarle a Karim en inglés qué era lo que estaba buscando, sobre todo porque tampoco él estaba muy bien de la cabeza —yo identifico de lejos a los que son como yo—. Finalmente, cogí un pepino fresco y señalé con él un frasco de champiñones en conserva, y Karim aplaudió —señal de que había entendido— y me dijo adónde tenía que dirigirme. Luego me preguntó, también por señas, si quería comprar salchichas caducadas, que estaba dispuesto a hacerme un descuento. Le dije «OK» y me largué rápidamente, sobre todo porque en cierto sentido parecíamos estar hablando de sexo, no de salchichas.

Entre mi madre y yo reinaba una armonía difícil de explicar. La ausencia de alucinaciones me hacía hablar mucho y contar muchas cosas, repetía lo mismo una y otra vez, como un niño poco espabilado. Ella, por su parte, no se cansaba de escucharme. Pasábamos así las horas muertas, yo hablando y ella sorbiendo cada una de mis palabras como si estuviéramos en un hospital o un cementerio, no en una casa de veraneo. Mi madre apenas salía. Incluso un paseo de media hora la dejaba exhausta y le provocaba temblores. Generalmente me esperaba en la ventana, como un helecho en un tiesto. Yo

advertía desde lejos que me había visto y que se había levantado del sofá para abrirme la puerta porque, si la dejabas abierta a la vez que la ventana, podía romperse por culpa de la corriente.

En cuanto entraba, mi madre me preguntaba «qué había visto», y eso era suficiente para que yo empezara a parlotear mientras sacaba de la bolsa los tarros, los paquetes, las botellas y las cajas y se lo pasaba todo con cuidado, como si fueran figuras de porcelana. Mi madre asentía y lo iba colocando cuidadosamente en la nevera o en el alféizar, o en los cestitos de debajo de la mesa, especialmente pensados para las frutas y verduras. Pero yo guardaba la cerveza en la balda superior del frigorífico porque ella no podía ya levantar nada que pesara más que un melón, uno pequeño.

El teléfono descargado me hizo recordar que llevaba bastante tiempo sin hablar con Jim y Kalo. Probablemente sus vacaciones habían terminado ya, aunque estaba seguro de que las cosas no habían salido como deseaban ellos porque era imposible que una mujer, incluso una muy borracha, se acostara con Kalo. Jim tenía un pase, sobre todo si había llevado la guitarra. Además, Jim había echado una vez un polvo por Navidad y no tenía granos ni aparato en la boca, y su ropa estaba siempre planchada.

Le anuncié a mi madre que iba al Spar a buscar un cargador y ella exclamó que pasara sin falta por donde John —el propietario de la casa— para pagarle de paso también agosto. Eso me enfadó muchísimo e intenté explicarle que no tenía sentido que pagáramos por algo que tal vez no íbamos a disfrutar y que era mejor hacer dos viajes que meter tu dinero en el bolsillo de otro. Estábamos solo a 2 de julio y mi madre quería abonar una suma enorme sin saber si llegaría siquiera a la semana siguiente.

Discutimos agriamente. Mi madre se empeñaba como una mula. Se dirigió al cubo del maíz —donde guardábamos, como en un banco, una gran suma de dinero— y sacó seis billetes. «Aleksy, te suplico que pagues también agosto», me dijo de repente en tono autoritario y salió muy acalorada. Solo entonces vi que llevaba medias y que temblaba de frío, a pesar de que fuera reinaba la canícula. Le prometí que pagaría también agosto, aunque estaba seguro de que acababa de perder ese dinero.

Karim me esperaba sobre ascuas. «Tengo una cosa», me susurró en cuanto me vio aparecer por la puerta de la tienda. Le dije que no había venido a comprar salchichas, que tenía una cita, que me lo contara otro día, pero fue como hablar con las paredes. Karim seguía aplaudiendo para mostrar que me entendía, pero estaba decidido a enseñarme la «cosa» a toda costa. Me empujó con su barriga peluda hacia el fondo de la tienda hasta acorralarme en un rincón. Habría podido soltarle un puñetazo en la nariz, pero no quería líos con él, sobre todo con tanto dinero encima.

Era una bicicleta. Karim se había hecho con aquel trasto y ahora buscaba compradores como los mosquitos la sangre. Luego me enteré, gracias a Delphine, de que había asustado también así a varias mujeres que habían venido por la mañana a comprar leche: las había arrastrado hasta el fondo de la tienda, pero ninguna la había querido.

«*Spesial for iu, mai frend*», me dijo con gestos teatrales, empujando una fila de cajas de detergente tras las cuales escondía la bici descacharrada como si fuera un Maserati. Para mí, cualquier cosa que se llamara coche tenía que ser un Maserati. La bicicleta era «tre bon» y, como entre amigos, «solo por ser yo y por el respeto que me tenía», Karim estaba dispuesto a vendérmela por treinta y cinco o cincuenta o, de acuerdo, por veinte euros si le compraba también unas salchichas. Pensé que no me vendría mal una bicicleta, le dije simplemente «OK» y lo dejé plantado junto a los detergentes desparramados, enojado y lleno de remordimientos por no haber empezado el regateo a partir de una suma más elevada.

Conservo todavía hoy esa bicicleta. La guardo en el cobertizo junto con todas las cosas que reuní ese verano con mi madre, sobre todo porque Moira casi se muere de la risa cuando le conté una noche, años después, la aventura con Karim.

John vivía junto a la iglesia de la piedra milagrosa, si bien en su caso esta no parecía producir ningún efecto. Además de su carácter —que he llegado a conocer en profundidad con el paso del tiempo—, John tenía también un

rostro desagradable, devorado por una rosácea avanzada. Mi sospecha era, sin embargo, que no era la ausencia de un milagro lo que hacía a John tan asqueroso, sino la presencia del barrilito de sidra ingeniosamente escondido detrás de la cortina del salón. John bebía sin parar. Pero, al parecer, cuando no estaba borracho —un fenómeno más insólito que un eclipse de sol—, el viejo no debía de ser tonto en absoluto. Había conseguido comprar dos casas en el pueblo para alquilárselas en verano a los turistas ingleses y luego vivía todo el año de ese dinero. Me había visto con él una vez en compañía de mi madre, cuando fuimos a pagarle el mes de junio. Entonces *no lo sabía* y la maldije todo el camino por arrastrarme dos horas bajo el sol para conversar con un alcohólico.

Habían pasado veinte minutos y John no abría. Sentía cómo crecía mi enfado a pesar de que las últimas semanas había tomado las pastillas todos los días. Estaba casi seguro de que estaría tirado junto a la barrica o de que fermentaba en algún lugar de la casa. No podía avisarle porque el teléfono estaba muerto y tampoco podía llamar a la puerta por culpa de la valla y del perro rabioso que no paraba de ladrar en el jardín. Rodeé la casa unas diez veces, lancé unas piedritas a la ventana, pulsé el timbre durante cuarenta y seis segundos. El ruin y el mequetrefe y el miserable de John no salía. Como un último gesto de protesta, decidí mear en el felpudo de la puerta.

«Cretino», oí a mis espaldas una voz femenina cuando me había montado ya en la bicicleta y me disponía a volver a casa. Era Moira.

Regresé con un nudo en la garganta y me dirigí directamente a mi habitación. Aquel día solo habló mi madre. Le gustó la bicicleta y me alabó por haberla sacado tan barata. Me dijo, en cambio, que no podíamos comer las salchichas de Karim porque estaban completamente podridas. Me preguntó si quería una cerveza. Alardeó de haber tendido la colada ella sola. Me dijo que había venido la vieja de los conejos y que se había enterado de que el domingo habría un rastro en lugar del mercado de alimentos y que quería que fuéramos. Coció el maíz porque, finalmente, había madurado, y en el cobertizo encontró un saco lleno de herraduras viejas. Los campesinos habían terminado de arar las tres colinas y la abuela no se había casado por amor, sino porque tenía que alimentar a todos y Jakub tenía tractor. Y que me comiera el pan para que no sobrara, mañana quería pasar por donde el panadero y por correos ella sola porque se encontraba mejor. Y aquellas flores amarillas que crecían junto al sembrado de maíz curaban todas las enfermedades del mundo, le había dicho la vieja de los conejos.

El sábado apenas pronuncié una palabra. Fingí estar ocupado con la bicicleta para que me dejara en paz, aunque, en realidad, mientras me concentraba en las ruedas, pensaba en Moira. Mamá, sin embargo, no podía callar y vertía sobre mí toda clase de informaciones falsas sobre la juventud de la abuela, sobre su etapa de estudiante y, sobre todo, sobre su primer amor, un polaco que había venido a Inglaterra solo por ella, pero que había muerto en un accidente en la obra. Mi madre y sus experiencias sexuales eran lo último que quería oír. Desconecté por completo en la parte del amor y regresé solo cuando la historia llegó al sótano en que vivíamos todos cuando nació yo y donde —aunque durante dos años solo tuvimos agua fría— ella había sido más feliz.

Me habló de mi pasión por los Ptasia Mleczko —unos caramelos que mi padre traía de Polonia casi de contrabando— y de cómo estuve una vez a punto de morir por su culpa, porque en verano los escondí de Mika dentro de unas botas y me los comí en Navidad.

De cómo la abuela, que no estaba ciega todavía, nos hacía por las tardes *zrazy*^[6] y *makowiec*^[7] y compota de melocotón y se enfadaba con Mika y conmigo cuando le pedíamos ketchup, nos llamaba entonces *glupcy*^[8], y a mamá, *odurzona kobieta*^[9], porque nos alimentaba con veneno.

De Mika, con la que jugaba en la calle, en una bañera vieja, a piratas y princesas —yo con un cuenco en la cabeza, ella con un trapo que hacía las veces de cola— porque Mika quería ser princesa o, al menos, casarse con un príncipe para no tener que ser dependienta como mamá o conductora de tráiler como papá.

Mi madre hablaba y hablaba, yo no había imaginado siquiera que conociera tantas palabras. Dejé que se vaciara del todo, que vertiera hasta la última gota, aunque veía que inventaba cosas que no podían ser ciertas porque, cuando sucedieron, yo no era ya un niño y tampoco estaba loco y las recordaba. Es decir, recordaba simplemente que no habían sucedido, que no

se habían producido y que por muy bien que las estuviera contando ella ahora, a punto de morir, no eran sino mentiras.

Habría sido bonito que fueran verdad. Haber tenido y haber sentido siquiera la mitad de lo que devanaba mi madre aquel sábado de aquel verano, pero los recuerdos, como todas las cosas buenas, son caros. Y nosotros —ella con mi padre, y yo— fuimos siempre unos tacaños y preferimos siempre invertir en nosotros mismos antes que en recuerdos.

Por la tarde, cuando se cansó de hablar o tal vez observó que no la creía, mi madre se puso a hacer tallarines. Había encontrado en el cobertizo una máquina antigua, con manivela, que hacía seis clases de pasta y ahora le daba vueltas como una loca. Para la noche había llenado de masa todas las mesas, las sillas y las repisas, incluso el sillón tapizado de seda, incluso el sofá, que había cubierto antes con unos periódicos. Los tallarines salían y salían, amarillos y largos, como tiras de piel, llenando toda la casa con un vago olor a huevo y a crudo. Mi madre los cogía encantada y los colocaba de inmediato en una nueva superficie libre, como unos adornos sobrenaturales.

Sentí lástima por ella como no había sentido jamás por nadie. Tal vez solo por mí, cuando la abuela me obligaba a sorber huevos crudos porque eran beneficiosos y a mí me entraban ganas de vomitar hasta las tripas en cuanto los veía.

Sentía lástima por mi madre no porque estuviera a punto de morir y lo supiera; no porque hubiera adelgazado tanto que pesaba lo mismo que la cerveza que yo bebía en una semana; no porque hubiera huido para morir junto a un hijo que, un mes antes, la habría matado dichoso con sus propias manos. Sentía lástima por mi madre porque ese día —cuando acabó haciendo pasta y hablando de los buenos tiempos, del tractor del abuelo y los Ptasie Mleczko, de mí cuando estaba sano, de mi padre viviendo en casa, de Mika viva— se había visto obligada a mentir.

Por la noche comimos hasta casi reventar. Mi madre estaba tan agotada que no podía permanecer en la silla, por eso arrastramos la mesa hasta el sofá y ella se acurrucó en una esquina, haciéndose un hueco entre la pasta todavía húmeda.

«Si Mika estuviera viva, no habríamos venido aquí», me dijo después, cuando yo me había incorporado ya para dirigirme a la escalera y subir a acostarme, y ella se quedó triste en el rincón, como una vela en la oscuridad.

Cuando empecé a escribir este libro —idea del psiquiatra, que pensó que, si revivía ese verano de forma cronológica, conseguiría volver a pintar—, me prometí no mencionar a Moira. Incluso el más pequeño recuerdo de ella provoca en mí la resonancia de una bomba atómica: una vez lanzada, mata todo a mi alrededor y en mi interior durante varios días y noches.

¿Cómo habría acabado todo si no me la hubiera encontrado ese día en casa de John? Si no hubiera aparecido esa tarde en el umbral —mate y aceitunada, con un cabello ondulado como sublimes crías de serpiente— y no me hubiera gritado. ¿Qué habría sucedido si hubiera conseguido marcharme antes de que se abriera la puerta, antes de que me dirigiera la palabra y se vertiera en mí por completo en un segundo, como un vaso de agua en una garganta seca?

Habría regresado a casa, seguramente, tranquilo y siendo el mismo, como alguien que acababa de comprar una bicicleta y que tenía una madre a punto de morir. Habría vivido ese día —mejor dicho, lo que quedaba de él— sereno, saciado y borracho, recordando tonterías y soñando tonterías, masturbándome con tristeza pensando en Jude y en los coches que iba a heredar. Y mi verano habría transcurrido bello pero implacable como una mantis, dejando a su paso un rastro de miguitas de felicidad y llevándose, a cambio, una vida casi sin usar.

¿Habría sido la ausencia de Moira ese verano algo más sencillo o más complicado?

Me he planteado estas cuestiones miles de veces hasta —pero sobre todo tras— nuestro accidente, esperando cada vez que llegara una respuesta que, por fin, me absolviera. Me las he planteado solo y loco, reuniendo mis huesos con palabras flotantes por los rincones de la habitación; tumbado en los divanes de las decenas de psiquiatras que se han paseado por mi cerebro como por el vestíbulo de un hotel barato; en las decenas de entrevistas y reportajes sobre mí y sobre mi original visión de la vida.

Me las planteo incluso ahora, cuando ya no espero ni deseo nada. Entiendo, sin embargo, que no puedo, que es imposible seguir sin ella. Sé que, si intentara olvidar las letras que forman su nombre, su olor y su color, mi vida parecería una chaqueta devorada por las polillas.

El mercadillo de antigüedades era como si Dios hubiera tropezado y se le hubiera vaciado la bolsa. Gente amontonada entre objetos, objetos amontonados entre la gente, vestigios de vidas pasadas entrelazados en filas multicolores, como el cabello de las fotos antiguas de la abuela. Todos aquellos cacharros en otra época imprescindibles, que yacían ahora como vísceras en la cuneta, me deprimían. Nunca he comprendido el encanto de esas ferias, pero, como mi madre las encontraba fascinantes, he llegado con el paso de los años a no perderme ni una, a buscarlas incluso en todos los países que he visitado.

Aquella mañana la acompañé no por interés en los trastos viejos —de todas formas Moira ocupaba todavía mis ojos por completo—, sino por miedo a que mi madre se desmayara de nuevo.

Mi madre saltaba de un sitio a otro, como una ardilla, comprando toda clase de cachivaches y apretujándolos extasiada en el carrito que arrastraba yo. Seis tazas amarillas con flores, un cántaro de barro con un asa de mimbre, una lámpara en forma de tulipán, doce platos hondos, seis vasos de vodka, un cofre de joyas, dos marcos de cuadros. Pensé que, tratándose de alguien que se preparaba para morir en un mes, mi madre era bastante optimista si se veía bebiendo vodka y enmarcando cuadros, pero no dije nada.

Me he dado cuenta de que ahora estaba atento a lo que le decía, juraba menos, la escuchaba más —algo de lo que no creía ser capaz en general y mucho menos en relación con ella—. Al cabo de una hora se sintió mal. Me encontraba dos pasos por detrás cuando vi que empezaba a temblar y que su rostro blanco se tornaba más bien gris, luego transparente, señal de que en unos segundos caería fulminada. Sostenía en las manos un jarrón de cristal y se había dado la vuelta hacia mí, riendo, para enseñármelo —«tiene palomas, Aleksy, como las de tu cama»—, conseguí sin embargo sujetarla de un codo y sacarla de allí para tumbarla en la hierba.

El agua con limón y la perspectiva de la adquisición de nuevas basuras la ayudaron a reponerse más rápido de lo que me esperaba. Al cabo de diez

minutos se sentía de nuevo vivaz y curiosa, y reanudó el camino en el mismo punto en que lo había dejado: con el jarrón de cristal que, por supuesto, compró.

Siguió un escabel de piel para apoyar los pies, dos cañas y una docena de pinzas, un teléfono ruso antiguo, cuatro frascos de perfume vacíos (¡!), un broche en forma de lagarto con un ojo verde, un tapiz con patos. La bolsa crecía y crecía, y nosotros no habíamos recorrido aún siquiera un tercio de aquel mercado que se extendía por la superficie de un aeropuerto.

Arrastraba los pies como un siervo, pensando en la estupidez de mi madre y, sobre todo, en la hipocresía de la gente. ¿Por qué comprar cuatro vasos si vas a beber solo de uno? ¿Por qué tallar ocho sillas si comes siempre solo? ¿Por qué traer un objeto a tu casa, prometerle una vida, una historia, para olvidarlo luego intacto e inútil durante días, años, décadas? Para trasladarlo de una habitación a otra, de un pensamiento a otro, para envejecerlo y abaratarlo sin disfrutar de él, y arrojarlo al final al cesto de una moribunda que es todavía más embustera que tú, porque sabe que se está muriendo, pero, ya ves, sigue comprando cosas.

Yo formaba parte, sin duda, de los objetos, no de la gente de aquel mercado. También yo, al igual que ellos, he estado siempre de más, no he sido nunca necesario, el triste resultado de un regateo momentáneo y el borrador amarillento del que sería, algún día, el Hijo. El normal, capaz, digno, blanco y colorado como los huevos de Pascua. Pero, como el nuevo hijo no llegaba y Mika murió de repente dejando a su paso un vacío culpable y haciéndonos añicos como el parabrisas de un coche, mi destino quedó en el aire. Ni amado, ni deseado, ni desechable, una especie de lámpara en forma de tulipán en casa de unos ciegos. Un frasco de perfume vacío. Un jarrón de cristal con palomas en la mesa de una muerta. Si hubieran existido mercadillos de personas, mi madre y mi padre me habrían cambiado por un pulverizador o, simplemente, me habrían abandonado debajo de un tenderete y habrían salido corriendo.

Cuando la bolsa estuvo llena como una vaca y a mi madre ya se le había acabado todo el dinero que había llevado consigo, emprendimos el camino de vuelta a casa. Yo rabiaba, pero me había prometido no decirle nada de lo que se habría merecido ese día. Ella, en cambio, no paraba de contar: una toalla, abalorios, un cazo, la *Enciclopedia de la región*, un búho disecado, un pedrusco de cera, un par de tijeras de esquilar ovejas —oía cómo iba desgranando las cosas que había comprado después de que yo hubiera dejado de seguirla para esperarla debajo de un árbol—, un espejo en forma de sol,

diez discos de vinilo, la maqueta de un avión, un cuenco de plástico decorado con palomas, un *ibric*...^[10]

La segunda parte del día consistió en desempaquetar y alinear aquellas «maravillosidades» en el suelo de la cocina, con mi madre cacareando feliz a su alrededor. Le dije que estaba cansado y que iba a acostarme; de hecho, solo esperaba librarme de ella hasta que terminara con el «arreglo». La imagen de Moira se había perdido entre los cachivaches. Ni siquiera Jude, que aparecía en cuanto me metía en la cama, se presentó. Abandonado por la única alucinación atractiva de mi cerebro putrefacto, me quedé dormido en la cama con incrustaciones de palomas.

Resulta curioso que pueda construirse una vida nueva a partir de los desechos de otras personas.

Mi madre encontró un hueco para cada una de las cosas que había comprado en el mercadillo la semana anterior. Comíamos y bebíamos con cubiertos nuevos, teníamos una nueva jarra de agua, un cazo nuevo y, puesto que contábamos con seis vasitos, había comprado donde Karim una botella de vodka, pero no la había abierto. La lámpara en forma de tulipán funcionaba y proyectaba por las noches unas vagas sombras de flores en las paredes blancas. El búho disecado y la maqueta del avión habían acabado en mi habitación, el espejo-sol, en la puerta de entrada, y el pedrusco de cera — aunque no estaba claro todavía qué íbamos a hacer con él— reinaba en el centro de la mesa.

Mi madre se sentía bien y se había hecho algo en el pelo. Se lo había ahuecado y parecía una flor de diente de león. Salía más a menudo y hacía muchas cosas, pero por la tarde no le apetecía hacer nada y se quedaba petrificada en la hamaca o, si tenía frío, se sentaba en su esquina del sofá y estiraba las piernas sobre el escabel de piel. Este era la «joya» de sus compras dominicales porque era bonito y, sobre todo, barato.

No me separo nunca de él y lo llevo a todas partes, como una enfermedad, todavía hoy.

Después de chincharme un par de días porque no me había comprado nada, pero nada de nada, y eso solo porque era un cabezota, pues ella había visto un montón de cosas que me gustaban, le expliqué mi teoría sobre las antiguallas. Y sobre cómo me había sentido toda la vida, sobre los padres de mierda que habían sido ella y mi padre, y que seguían siendo, puesto que ella no había muerto todavía y mi padre se paseaba por ahí con su tráiler y su nueva esposa.

Lo hice para que dejara de bombardearme con preguntas. Me dijo que necesitaba dar un paseo por su campo de flores apestosas pero sanadoras, y se largó. Volvió con el rostro abotagado por el llanto, pero no me importó,

porque también yo tuve que tomarme una dosis doble de pastillas para tranquilizarme. Sin embargo, mis nervios no le interesaban a nadie porque yo no tenía cancer.

Cuando mi padre nos abandonó definitivamente, en casa estaba solo yo. Mi madre y mi abuela habían ido por la mañana a la tienda a hacerse cargo de la mercancía y a subir los precios de inmediato. La abuela decía que había que fijar los precios el mismo día en que llegaban los productos porque solo entonces —cuando ves el producto por primera vez— puedes decidir cuánto estará dispuesto a pagar alguien por ello más adelante. La intuición de mi abuela no falló jamás, por eso nosotros vivíamos mejor que el resto de los inmigrantes polacos de Haringey. En el barrio había otras tiendas —la Kalinka de Kasza, el comercio de un ucraniano—, pero era mi abuela la que más vendía. «Vamos a rebajar el salchichón a cinco, pero subiremos los bombones a siete —le oía decir mientras le enseñaba a mi madre cómo hacer negocios—. Deja que se alegren de lo barata que está la carne y ya verás cómo les apetece algo dulce, y ahí cobras lo que quieras». Incluso cuando había empezado a ver mal, la abuela seguía pegando a mano las etiquetas, luego ponía a mi madre a leerlas en voz alta.

Después de «recibir la mercancía», mi madre regresaba a casa generalmente entrada la noche, cuando yo dormía ya delante del televisor o en la escalera. Esperaba esos días con impaciencia, en primer lugar, porque me quedaba solo en casa y, en segundo lugar, porque mi madre me preparaba siempre *kotlety*^[11] y yo me los zampaba todos, fríos y sin pan.

Al parecer, mi padre sabía con toda certeza dónde se encontraba mi madre ese día —seguramente la había seguido esa mañana cuando salió de casa— y, al cabo de media hora, aparcó delante de casa un microbús blanco y destartalado del que se apeó con una mujer. Era rubia y delgada como un palillo y llevaba un vestido de leopardo. Una especie de madre, solo que joven.

En cuanto entró en casa, mi padre se fue derecho a las estanterías de las conservas donde mi madre guardaba los ahorros dentro de un saco de harina. Lo sacó todo —había unos siete rollos— y empezó a jurar en polaco. Luego se dirigió al armario y reunió en un santiamén toda su ropa de invierno,

algunas mantas, unas almohadas y toallas y, finalmente, le arrancó al abrigo de mi madre el cuello de nutria que le había comprado él como regalo de boda. A la rubia se le iluminaron los ojos. Soltó de inmediato la enorme bolsa de plástico en la que había embutido todos los trapos y se lo colocó con coquetería en torno al cuello. Le dije que era de mi madre, pero ella me miró y me sacó la lengua como una idiota. Vi que tenía un *piercing*.

Mi padre también se llevó el televisor, las cucharas y los tenedores de plata, las copas de cristal, un póster enmarcado que creyó, seguramente, valioso, aunque no lo era, el icono de la abuela y la cafetera. Esta última pesaba bastante, pero consiguieron sacarla juntos hasta la escalera. Yo sostuve la puerta.

Cuando pensaba que habían terminado, la mujer señaló la alfombra y le dijo a mi padre que deberían llevársela también, porque le gustaban las flores. Pero era demasiado lío —habrían tenido que levantar la cama y la mesa y las butacas—, así que la dejaron. «Cretino», me dijo mi padre escupiéndome y cerrando la puerta de golpe. Volví a verlo al cabo de ocho años.

Al día siguiente la abuela me dijo que lo sentía solo por el icono, y mi madre le dijo que le compraría otro solo por no oírla llorar.

«Menos mal que estamos sanos y salvos», dijeron las dos.

Mi madre sabía lo del cáncer desde la primavera y estábamos ya en julio. Los médicos le habían prometido entre tres y cinco meses y la obligaron a firmar un papel por el que renunciaba al tratamiento. Mi madre no firmó, pero salió por la puerta con una idea fija: morir en Francia, que era el país más bonito del globo. Solo le quedaba convencerme para que la acompañara, pero esa parte ya la conocéis.

Toda su vida se había trasladado al salón. Ya no comía sentada en la silla, sino en el sofá, rodeada de cojines por todas partes. También allí leía o se ocupaba de otras labores. Seguía pelando las patatas y las cebollas, a veces también las manzanas, desgranaba las judías y, al mismo tiempo, me machacaba con toda clase de preguntas estúpidas.

Habitualmente, sin embargo, mi madre me explicaba qué tenía que hacer con mi vida *después*.

Una tarde en la que me había puesto a freír patatas y ella frotaba una rama de menta del jardín y se olía las manos y me las ponía debajo de la nariz diciéndome «¿lo hueles, lo hueles, Aleksy?», le pregunté por qué había llevado todos esos años aquella estúpida cola de sirena y por qué no se había cortado el pelo como ahora.

Mi madre habló una hora. Resumiendo, su respuesta fue que una decisión estúpida es producto de otra decisión estúpida. Una chaqueta fea y barata atrae más ropa fea y barata. Un sopapo perdonado acarreará un puñetazo y una mentira admitida se transformará en un cementerio de verdades. Su cola de sirena —que, por lo demás, sabía que disgustaba a todo el mundo— era el remate de su vida triste y sin sentido. Sin embargo, si hubiera cambiado solo eso, el *resto* habría resultado más evidente aún.

Así se encontró de repente en medio de una vida ajena que vivía como propia a falta de otra, y, cuando murió Mika y yo me convertí en lo que me convertí, el cambio que ella necesitaba no podía producirse ya porque se había producido otro, uno horrible que no había previsto.

«Solo piensas en la muerte cuando te mueres, Aleksy, solo cuando te mueres, y eso es una tontería, una inmensa tontería. Porque, en lugar de todos sus sueños, la muerte es lo más probable que va a sucederle a un individuo. De hecho, lo único que le va a suceder con toda certeza. Por eso, Aleksy, no hagas nunca las cosas a lo tonto pensando que tendrás tiempo de enderezarlas, porque no lo tendrás. El tiempo de después lo utilizarás para hacer más tonterías y para morir más deprisa».

Mi madre tuvo razón esa tarde y otras tardes que siguieron. Pero el papel de filósofo no le pegaba en absoluto, ni siquiera a punto de morir, sobre todo porque fue siempre una hija, una esposa y una madre de segunda mano. Era, sin embargo, una forma de pasar las tardes. Ni que decir tiene que no seguí ninguno de sus consejos apocalípticos, aunque ahora veo que algunos habrían podido ahorrarme más de un coscorrón. Pero a mí no me van los remordimientos y hay tantas cosas de las que me arrepiento de verdad que, a su lado, esos consejos de mi madre son como las instrucciones de la comida congelada.

Me gustaría ver al menos a un joven que dejara de hacer el tonto solo porque se lo ha dicho su madre. Que dijera «sí, por qué no voy a cambiar y hacer caso a mi madre, ella se está muriendo y sabe lo que dice». Probablemente existan, pero seguro que son unos jóvenes viejos y muy muy infelices.

En cuanto a mí, todos los años de después de mi madre —tanto los peores como los que otros consideraron extraordinarios— seguí haciendo las cosas a lo tonto. No me detuve ni cuando tenía claro que era tarde y que a partir de ese momento ningún tiempo del mundo me bastaría para enderezar nada.

De nosotros tres —y esa fue una sorpresa mayor aún que mi carrera de pintor— solo mi padre consiguió enderezar en cierto modo las cosas y ser feliz en la vida. Después de marcharse aquel día con todos los objetos valiosos de casa, hemos vuelto a vernos en tres ocasiones.

La primera vez en el entierro de la abuela, cuando me hizo salir de la iglesia y me soltó un puñetazo en la nariz por no haberle avisado del funeral de mi madre. Había venido sin la polaca, borracho y en sandalias, y, cuando la gente empezó a arrojar tierra sobre el ataúd, mi padre se puso a gritar: «¡Bruja de mierda, bruja de mierda, brujaaa de mierdaaa!». Luego se acercó a cada uno de los invitados para explicarles cómo le había destrozado la vida aquella vieja que tendría que haberle dejado siquiera el coche después de todo lo que había hecho por ella, pero Dios es grande y todo lo ve. Nos despedimos sin hablar, yo lleno de sangre y él llorando como un niño ante una tumba ajena, con el cura acariciándole la coronilla.

La segunda vez que nos encontramos, si se le puede llamar así, fue tras mi accidente y el de Moira. Puesto que era mi único familiar directo vivo, la policía lo localizó para que firmara los papeles y todo lo demás. Me sorprendió entonces que se quedara una noche en el hospital, sentado tieso en una silla, a mi lado, y susurrando de vez en cuando, «Aleksy, Aleksy». No sé si lloró o no, porque no volví la cabeza hacia él ni una sola vez y tampoco hice el más mínimo gesto para mostrarle que me importaba. Cuando me recuperé, el médico me preguntó adónde iría ahora y si era necesario llamar a mi padre, le dije que yo no tenía padre y que aquel hombre que había pasado una noche junto a la cabecera de mi cama era un donante de semen que quería mi dinero. Salí del hospital solo, sin piernas, sin familia y sin Moira, como si hubiera terminado el colegio por segunda vez y en la puerta me estuviera esperando de nuevo una madre a la que odiaba.

El tercer encuentro con mi padre se produjo en mi primera inauguración. No sé cómo se había enterado —él leía los periódicos solo cuando buscaba trabajo—, pero se plantó allí. Sacha se acercó a mí como si alguien le hubiera

metido un carámbano en el culo y me dijo que un individuo sospechoso afirmaba ser mi padre y que quería verme. Le dije que por su descripción parecía ser él y que decidiera por su cuenta si le dejaba entrar o no. Mi padre había venido con dos niños rubios y gordos clavados a él. Los tres llevaban el pelo rapado y calcetines blancos. Me sonrió durante toda la velada, claramente cohibido, arreglándose la corbata corta y chistando a sus hijos, que estaban pegados como siameses. Sostenía un enorme ramo de rosas blancas, horrendas y, seguramente, caras, que cambiaba de mano cada cinco minutos. Sin embargo, parecía sobrio: ninguno de los camareros, obedeciendo probablemente las órdenes de Sacha, le había ofrecido champán como al resto de los invitados. No me acerqué a ellos ni tras la inauguración ni tras las entrevistas con la prensa, tampoco después de agradecerles a los camareros los servicios prestados, dejé que me esperaran en un rincón como unos tontos que han perdido el tren.

Habían pasado dos semanas desde que había visto a Moira por primera vez. Entretanto, me había enterado, gracias a Karim, de que era la sobrina de John y de que pasaba con él el verano para ayudarle con los inquilinos. Según Karim, la chica estaba averiada y tampoco había nada que mirar, aunque no dejaba de ofrecer un cierto interés si tomábamos en consideración las perspectivas. Con la palabra *perspectivas* Karim aplaudió unas cuantas veces y echó un vistazo a mi cesto para ver qué había comprado. Después del negocio de la bicicleta —que lo dejó profundamente afligido— me sentía en cierto modo obligado a pasar más a menudo por la tienda.

Fue también Karim el que me dijo que Moira venía al Spar los martes y los viernes para comprar leche y galletas. Galletas de las más baratas —las de margarina— y leche desnatada, algo que a Karim ya le decía bastante sobre su familia. «Y eso que son gente que tiene tres casas y seguramente muchos millones en Suiza, porque allí no te persigue nadie con impuestos para desgraciarte, como aquí». Sin duda, Karim era idiota perdido, pero, como llegarían a demostrar el tiempo y los acontecimientos que siguieron a aquel verano, un idiota de buen corazón.

El viernes siguiente le dije a mi madre que me iba a dar una vuelta con la bici. Lo hacía casi todos los días —por la mañana o por la tarde—, eligiendo la carretera con amapolas o los caminos tortuosos del pueblo en los que me conocían todas las ocas y todos los perros. La verdad es que quería pillar a Moira en el Spar. Sentía que me volvería loco si no la veía de nuevo.

Me detuve en las escaleras de la oficina de correos, desde donde se veía claramente la tienda y donde podía esperar sin parecer tan imbécil. La oficina postal bullía de gente y eso me obligaba a moverme sin cesar para dejar pasar a algún vejete o a alguna embarazada. Una mujer dejó su chucho a mi cuidado mientras ella compraba sellos y una ancianita me pidió que vigilara una caja con pollitos y pavos. Al parecer había otra feria de agricultores en la parte trasera del ayuntamiento. Hoy, cuando he llegado a amar los pueblos franceses más que ninguna otra cosa en el mundo, todas esas ferias y

mercados se han convertido en parte de mí. No me pierdo ninguna feria, indiferentemente de si vuelvo a casa con unos tomates o con una bolsa llena de lana de oveja. Pero entonces me costaba entender que unas personas en su sano juicio pudieran organizar en serio «La Fiesta de la Chirivía», «La Locura de los Guisantes» o el «Concurso Regional del Mejor Pimiento».

Incluso a pesar del ajeteo de correos me sentía genial. Había tomado por la mañana una dosis doble de pastillas para estar seguro de que nada conseguiría ponerme nervioso y me había lavado los dientes durante diez minutos con movimientos circulares, para sacar de entre los alambres todos los restos de comida. No se veía a Moira por ningún lado. Había empezado a pensar que el idiota de Karim había mentido, no habría sido la primera vez ni tampoco algo fuera de lo común.

Entretanto, a mí me asaltaban las buenas acciones: ayudé a un joven en silla de ruedas a subir la rampa, empujé un coche que se había parado en medio de la carretera, vigilé un cochecito de niño en la puerta de una farmacia y sujeté la escalera de un hombre que pegaba carteles en los árboles. Por un momento pensé que se me había escapado. Que Moira había venido a comprar leche y galletas, pero, como me había movido de aquí para allá todo el tiempo, no la había visto.

Esa idea me sacó de quicio y me senté debajo de un árbol a contar. Cuando llegué a veinte, la nieta del panadero se acercó y me trajo dos *croissants* «de parte de la abuela, por ayudar a la gente». Era una niña blanca y regordeta que se llevaba los puñitos a la boca cuando se reía y se transformaba de repente en un buñuelo. Le di las gracias y me reí con ella, luego saludé con la mano a Odille, que estaba colocando en el escaparate las tartas y los pasteles recién hechos para el fin de semana.

Los *croissants* y el pan de Odille eran los mejores bollos que había comido nunca y siguen siendo los mejores todavía hoy en día, cuando Odille y su marido son un par de ancianos y la panadería ha pasado a su hija. También el buñuelo ha crecido. Ahora es alta y está casada, pero sigue sonriendo con las manos en la boca.

Era ya mediodía. La campana de la iglesia sonó tres veces provocando el cierre de varias tiendas y negocios, el de la peluquería y el almacén de los pescadores. Solo la farmacéutica —aunque había colocado en la puerta, al igual que otros comerciantes, el letrero de cerrado— había dejado un ventanuco abierto para las urgencias.

El sacerdote salió de la iglesia, se santiguó y se perdió al instante en el parque, donde almorzaba todo el verano en una mesa de madera. Blanche, la

mujer con psoriasis que se ocupaba del carrusel del pueblo, se había tumbado en el lomo del hipopótamo y comía, como de costumbre, pan con mantequilla. Los hijos de los campesinos esperaban obedientes detrás de los barrotes a que terminara y pusiera en marcha el tiovivo para la prueba técnica, porque entonces no tenían que pagar el viaje.

Karim daba palmas en la puerta de la tienda —el único que no cerraba jamás para almorzar— mientras que Delphine y su marido, en mangas de camisa, comían sentados en la hierba unos bocadillos probablemente caducados. Desde allí, desde las escaleras de correos, me parecía conocer a toda la gente del pueblo y, si fingía lo suficiente, como haces cuando deseas algo de verdad, me veía incluso como su amigo.

Pero la realidad era otra. Moira no había venido y era poco probable que apareciera precisamente entonces. No sé cómo se me había pasado por la cabeza que podría acercarme a ella así, de repente, después de que en nuestro último encuentro me hubiera comportado como un imbécil. Además, era hora de regresar a casa, ya había estado demasiado tiempo fuera. Tal vez mi madre estuviera preocupada o necesitara mi ayuda.

A mis espaldas se abrió una puerta y una mujer salió de la oficina de correos con una bolsa de melocotones. Me miró largamente y, creyendo que había llegado tarde, me preguntó si tenía que enviar algo. Negué con la cabeza y le respondí en inglés que solo pasaba por allí. Ella asintió, me dio un melocotón y se fue. Pero se dio la vuelta unos segundos más tarde y me dijo deprisa, como una profesora, que tuviera en cuenta que a partir del lunes ella estaría de vacaciones y que tendría que ir hasta la otra punta del pueblo a enviar una carta, porque esta oficina no abría en agosto. Al ver que la miraba como un bobalicón, me señaló con el dedo el cartel de la puerta, que decía exactamente lo mismo, solo que en inglés, para los turistas.

En el cartel decía que yo era un tonto y que perdía el tiempo con tonterías. Había que ser —y seguramente lo era— un loco patológico para pensar que esa chica pudiera fijarse alguna vez en mí. O alguna otra chica, dicho sea de paso. O cualquiera. Era un don nadie y mi vida era un cúmulo de naderías. Vivía como un don nadie y soñaba como un don nadie. A mi paso, en lugar de huellas, quedaban tan solo unas pequeñas hendiduras llenas de nada, y la gente ni siquiera se fijaba en esas huellas porque no puedes fijarte en lo que no se ve.

Me monté en la bicicleta y me dirigí rápidamente a casa cruzando el pueblo casi desierto, donde la gente almorzaba, acostaba a los niños o hacía el amor; gente que pensaba en el mañana, en las vacaciones, en el año próximo;

gente entre la que me encontraba por casualidad y que me caía bien, pero con la que no tenía nada en común y para la que era tan solo un turista despistado en medio de su verano.

Las amapolas de la cuneta —rojas y abundantes— se habían transformado gracias a la velocidad en dos rayas ininterrumpidas, como dos líneas de sangre. Las seguí llorando y pedaleando como un poseso, deseando una sola cosa: encontrar a mi madre con vida.

Agosto era el mes en el que tenía que morir mi madre.

Llevaba tres días lloviendo sin parar. El agua había lavado todo rastro de color y de luz. El campo de girasoles había perdido los pétalos y ahora parecía un rostro hermoso destrozado por el acné. Miles de círculos negros, como cráteres, se elevaban tristes en los tallos amarillentos y pelados. Sentía de forma casi física la falta de pétalos amarillos, de amapolas rojas, de ciruelas violetas —todo implacablemente arrojado al suelo— y de Jude.

Jude había regresado y se había repantingado de nuevo en mis sueños. Me sentía culpable porque aquellas semanas la había engañado con una quimera. La invoqué tímidamente —una sola vez—, y ella volvió sin reproches, como una antigua amante.

El rostro de Moira que yo tenía incrustado en los ojos como un holograma se difuminaba poco a poco y se resumía a su cabello negro y tembloroso que, sin embargo, a falta del resto de los rasgos, no conseguía enamorarme. Doblé su imagen como un pañuelo y la guardé en un cajón junto a otras cosas bellas, pero inútiles, de ese verano.

Cuando volví el viernes de correos —lloroso y asustado—, mi madre empezó a preocuparse por mí de nuevo. Sus miradas me seguían por todas partes como unos rayos. Temía que hubieran vuelto mis alucinaciones porque ya no tomaba las pastillas, y venía todas las mañanas y todas las tardes para convencerme de que las tomara. Otras sospechas no albergaba.

Ella, por su parte, había empezado a tomar morfina. Me enteré hacia el final, cuando encontré las medicinas escondidas en la caja de las compresas. Recuerdo que una vez quise preguntarle por qué utilizaba compresas todos los días, pero pensé que se sentiría violenta. Decidí que tendría que ver con la enfermedad, que los enfermos de cáncer pierden mucha sangre o algo así. Si hubiera sabido entonces cuánto sufría. No quiero pensar en los dolores que tuvo que soportar, aunque tres años después yo también tomé morfina como un caballo para olvidar a Moira, y ni siquiera eso me ayudó.

La lluvia nos tenía prisioneros en casa. No había ido al pueblo y vivíamos de la pasta de mi madre y de los guisantes en conserva. De todas formas, ella

apenas comía y a mí no me interesaba la comida. Puesto que nos encontrábamos en un valle, la casa se veía rodeada de agua por todas partes, como una isla. «Si muero hoy, pensaré que estoy en Venecia», bromeó ella una tarde, estirando las piernas sobre el taburete de piel.

Siguió una historia larga y, sospecho, parcialmente inventada sobre su luna de miel con mi padre. Resumiendo: mi madre quería ir a Venecia, pero mi padre la llevó a Klaipėda —un puerto de Lituania donde mi padre tenía un primo estibador— y descargaron sacos de un barco durante cuatro semanas. Al cabo de un mes, cuando volvió a Londres decidida a abandonarlo, mi madre descubrió que estaba embarazada de mí. El aborto habría sido la única solución razonable, pero la abuela se santiguó y le dijo que las familias con hijos reciben subvenciones. No es que me hiciera muchas ilusiones respecto a mi llegada a este mundo, pero esa historia de mi madre era lo último que habría querido escuchar.

Matábamos el tiempo jugando a las cartas o al *Scrabble*, y mi madre me ganaba siempre. Como había refrescado de repente —no tanto como en invierno, por supuesto, pero lo suficiente para mi madre—, encendimos la chimenea. El cobertizo estaba lleno de leña destinada a los turistas que venían a celebrar la Navidad. A mi madre le hizo tanta ilusión la idea de hacer fuego en pleno verano que una tarde me cantó todos los villancicos en polaco que sabía. Luego me dijo que quería darse un baño bien caliente, con mucha espuma, como solía hacer todos los años en Nochevieja.

Llené la bañera y la ayudé a desnudarse durante media hora. Le desabroché todos los botones de la blusa. Le quité las medias. La despojé de las dos camisetas de algodón. La ayudé con el sujetador. La dejé en bragas para que se las quitara ella sola. Mi madre parecía un saquito de huesos. Me asusté al verla y le dije que no podía permitir que se metiera en la bañera ella sola. La cogí en brazos y la deposité poco a poco en el agua, como un velero de papel. Cerré la puerta y me fui a fregar los platos.

49

Los ojos de mi madre eran las ventanas de un submarino de esmeralda.

La encontré flotando en la bañera de cobre, blanca y ligera, con el cabello cubriendo su rostro como unas algas transparentes. Sus ojos verdes, abiertos de par en par, brillaban en el agua como dos trozos de esmeralda. A ellos me dirigí en primer lugar con la intención de salvarlos, como si fueran la llave hacia un mundo encantado que yo quería hacer revivir. Siguió luego el resto del cuerpo, dócil y blando como una camisa de lana.

La tumbé en el suelo gritándole que no muriera. Que no se le ocurriera morir. Que no muriera antes de tiempo como una traidora, porque el verano no había acabado y fuera estaba lloviendo, pero no era otoño. Que no muriera por otros motivos y diera con todo al traste. Que cumpliera su palabra siquiera por una vez en la vida y que muriera como habíamos establecido, no ahogada en la bañera, como una chica descerebrada. Que no muriera ahora. Que no muriera así. Que no muriera, si fuera posible. No ahora.

Mi madre callaba con los ojos abiertos de par en par, desnuda y sin aliento. La sacudí varios minutos, haciendo que sus pechos volaran en todas direcciones y que su cabello se secase y se convirtiera de nuevo en una flor de diente de león. Permanecimos inmóviles —yo gritando y ella empapando mis palabras— hasta que toda el agua se escurrió al suelo y trazó un círculo húmedo a nuestro alrededor, como un hechizo. Solo había llorado tanto en la muerte de Mika, pero entonces mi padre no me dejó gritar ni correr tras ella, porque los hombres no lloran ni corren tras las mujeres.

Cuando mi madre se recuperó y empezó a jadear de nuevo acurrucada en mi regazo, como un lactante, la perdoné. Le di un puñetazo de rabia en el pecho y la envolví en una toalla para que no se enfriara.

Mi madre fue la primera mujer desnuda que tuve entre mis brazos.

Al día siguiente cesó la lluvia y el agua se retiró. Mi madre estaba viva, pero necesitaba un médico. Me juró que no había querido suicidarse, que simplemente se había mareado por culpa del agua caliente. «Créeme, por favor, Aleksy, ¿por qué iba a querer morirme precisamente ahora?» Me arremangué los pantalones para poder salir de casa, monté en la bicicleta y me fui al pueblo en busca de ayuda.

Los caminos estaban vacíos, los jardines estaban vacíos, los patios estaban vacíos. Solo estaban llenas las ventanas de las casas que, vistas desde fuera, parecían unos cuadros móviles. La piedra redonda de la iglesia yacía en medio de un charco, como la calva de un viejo. Estaba cerrada incluso la ventanita de la farmacia. No sabía qué hacer. No sabía dónde encontrar un médico y no sabía adónde llamar, ni siquiera tenía teléfono porque no había vuelto a mencionar el cargador. Me senté de nuevo en las escaleras de correos y empecé a contar.

«*Mai frend, mai frend*», oí que decía a mis espaldas una voz conocida.

Ni aunque me hubiera llamado Dios en persona me habría alegrado tanto.

Llegué con el médico por la tarde. Era un viejo marroquí al que Karim conocía bien y al que fuimos a buscar en coche a una ciudad situada a unos cincuenta kilómetros. Cuando le dije a Karim que mi madre se moría y que la había dejado en casa, en el sofá, envuelta en varias mantas, él no dijo una palabra. Se dirigió en silencio a la parte trasera de la tienda, salió al cabo de unos segundos en un coche pequeño y me hizo un gesto con la cabeza para que subiera.

Después de que el marroquí examinara a mi madre y le diera unos polvos para rehidratarla y le metiera no sé qué líquido en vena y unas pastillas en la boca, para ayudarla a dormir, Karim lo subió de nuevo al coche y me dijo que no me preocupara. «Está demasiado débil —me dijo el marroquí al partir—, tiene que comer».

Le dije a Karim que quería pagar la visita y la gasolina y todo lo que había hecho por mí ese día, pero no quiso saber nada. Salieron los dos de la mano,

para no resbalar en el umbral mojado, hablando sobre la lluvia y los impuestos, como si hubieran venido a tomar un café con unos amigos.

Lo que hizo Karim —sobre todo tratándose de él, que era y sigue siendo un tacaño— es el gesto más humano que me han dedicado nunca. Dos días más tarde, cuando fui otra vez a la tienda a comprar comida, Karim se comportó conmigo como si no hubiera pasado nada, dando palmas como de costumbre y preguntándome solo si quería salchichas.

La pregunta más frecuente en mis entrevistas —todas parecidas como unas mujeres no amadas— es dónde y cuándo empecé a pintar. Es una pregunta estúpida, en mi opinión, y sin sustancia. Mucho más interesante sería preguntarme *por qué* empecé a pintar. En este caso tal vez podría responder —sobre todo si la periodista o el periodista tuviera la suerte de que yo hubiera pillado hierba ese día— algo verdaderamente interesante. Algo que reforzara aún más mi imagen de genio chiflado —o siquiera de chiflado— y que acabara con todas esas especulaciones sobre cómo el arte cambia la vida de un loco.

Pero nadie me lo pregunta. Llevo diez años respondiendo con banalidades a las banalidades, como unos bobos jugando con una patata caliente, llenando espacios y añadiendo unas hojas más a la carpeta azul que Sacha amplía cada mes. La ojeé una vez para ver cómo se muestra una parte de mi vida y a punto estuve de vomitar ante la cantidad de mentiras que puede escribir la gente lista.

La más graciosa fue una periodista de Ucrania que vino a «introducirme» en un catálogo de pintura contemporánea o algo así y que fue elegida solo porque se suponía que yo hablaba esa lengua. La tipa tenía una grabadora como un diccionario, con una casete y unas teclas que emitían un sonido de huesos rotos cuando las pulsaba. Me trajo una medalla con un lazo rojo de no sé qué asociación, un tarrito de pepinillos encurtidos y me besó en los labios, llenándome de saliva.

Habló conmigo solo en ucraniano, asintiendo cada vez que le decía que yo no hablaba nada de ucraniano y pulsando sucesivamente las teclas de la grabadora. De vez en cuando, mientras yo ponía los ojos en blanco y la insultaba, ella me interrumpía poniendo una mano delante de mi cara.

Al cabo de veinte minutos —en los que repetí unas tres mil veces que no hablo ucraniano— la tía se puso de pie, como si alguien la hubiera golpeado en las rodillas con un martillito, y me dijo solemne: «Thank you very much, mister Aleksy». Estuve a punto de cagarme de miedo, qué pedazo de cretina.

No sabía cómo reaccionar, sobre todo porque después de pronunciar esa frase ella no se movió, como yo confiaba, sino que, por el contrario, se plantó en medio de la habitación como a la espera de algo extremadamente importante. Empecé a llamar a Sacha desesperado, pero él hablaba por teléfono con uno de sus amantes, algo que, de costumbre, duraba horas y horas y terminaba con sollozos y jerez en el balcón.

La periodista se estaba poniendo nerviosa. Había empezado a comportarse como un camarero que espera una propina, pero que es demasiado orgulloso como para tender la mano. Le pregunté varias veces si podía ayudarla, pero, aparte de una sonrisa bobalicona, no obtuve respuesta alguna. Confundido, saqué del bolsillo algo de dinero —unos treinta euros— y se lo ofrecí como de pasada, seguro de que no lo aceptaría y confiando en que, al sentirse ofendida, se largaría rápidamente. Otro error. Lo cogió al instante y, disgustada porque me hubiera costado tanto darme cuenta, salió disparada como de la escena del crimen.

Me sentía como después de una orgía, no de una entrevista, y perdí de tal forma los estribos con Sacha que empezó a lloriquear como un perro por miedo a que lo despidiera.

Al cabo de tres meses —cuando me había olvidado ya del incidente y Sacha había relatado la historia, en versiones diferentes, a todos sus mancebos habituales— recibí el material por correo. En ucraniano, por supuesto. Era el artículo más increíble que había leído nunca sobre un pintor.

Después de la introducción, en la que la autora declaraba cómo había llorado yo al verla y cómo había besado con devoción la medalla, el tarro de pepinillos y a ella como a «una hermana», aquella idiota de los cojones pasó, por fin, a los cuadros.

«Estas piezas de colores vivos, inspiradas, evidentemente, en los veranos idílicos que solo pueden nacer en Zalipie, de donde proceden los abuelos del artista, te hacen sentir otra dimensión de la vida; y la Inmensidad —esa inmensidad inconfundible del mar Báltico— que sigue circulando por las venas del artista, incontenible y dolorosa como un ácido...»

Estaba tan abochornado por lo que había leído sobre mí que ni aunque me hubieran pillado masturbándome en la Ópera me habría sentido peor. Si la vergüenza tenía un nombre, se llamaba como yo. La muy miserable habría podido averiguar fácilmente, si le preocupaban siquiera las formalidades, que yo no había estado jamás en Polonia y que, aparte de los Ptasie Mleczo, que

a punto estuvieron de matarme de niño, no guardaba ningún recuerdo vinculado a ese país. Como para que corriera por mis venas «como un ácido» el mar Báltico o, dicho sea de paso, cualquier otro mar, porque en mi cabeza había sitio para una sola agua, el Océano.

Escribió también que los cuadros *Iglesia con faro violáceo* y *Ola con relleno de madre* son una oda a mi esposa, fallecida en un accidente de tráfico en el que había sobrevivido yo, aunque no ileso. Por este motivo juré partirle la cara si volvía a verla, aunque espero, por su bien, no volver a verla.

Porque en realidad todo había sucedido de otra manera: tanto la muerte de mi madre como mi accidente con Moira.

Llevaba dos días viendo a mi madre retozar en la playa como un perro viejo. Se ponía de cara al viento, abría los brazos y corría en círculos, con los ojos entornados, hasta que se cansaba. A su paso quedaban dos líneas de huellas como unas manos de niño vueltas hacia arriba.

Cuando quería descansar, mi madre se sentaba en la arena húmeda y hacía castillos con torres almenadas y banderas de algas o iglesias polacas, tal y como las recordaba de su infancia. Construyó incluso un minúsculo ataúd con una piedra cuadrada, que empujó al interior de la iglesia con un palito. Además del ataúd, con la pata de un cangrejo muerto partida por la mitad, mi madre nos hizo a mí y al cura, y en lugar de la campana colocó en la torre un trozo de cristal roto, que brillaba intensamente al sol. Desde lejos parecía una vela-faro de color violáceo.

También yo me divertía. Me había encaramado a unas piedras enormes y extrañas, no sabía que eran rompeolas, y medía con los dedos hasta dónde llegaba la marea. Me parecía increíble estar sobre un montón de objetos en forma de falo y no podía parar de hacer fotos. Había recuperado mi teléfono. Karim me había conseguido un cargador por cuarenta euros, solo porque era mi amigo y porque me tenía en alta estima.

A veces mi madre se perdía de vista por completo y entonces me pegaba como un molusco a la roca abrupta, que terminaba en el agua como el faldón de un vestido verde. Acariciaba los musgos verdes y resbaladizos como me habría gustado acariciar a Jude, intentando adivinar qué bicho se acercaría en primer lugar: una gaviota, un escarabajo o un miriópodo. Pero la que más se acercaba era mi madre, para beber el té del termo y exclamar como las actrices norteamericanas: «¡Ay, Aleksy, qué bonita es la vida!». Luego regresaba a corretear con el viento.

Mi madre tenía frío y temblaba casi todo el tiempo. Parecía desnuda sin sus vestidos vaporosos que la envolvían de pies a cabeza en una espuma

multicolor. No se los ponía ya ni siquiera en casa —una tarde la vi guardándolos en una bolsa, como si fueran unas pieles mudadas—. Le pregunté qué tenía que hacer con ellos después, y me respondió riendo: «quémalos y lanza las cenizas al viento». Mi madre bromeaba de maravilla y se mostraba cada vez más maravillosa ese verano que se volvía, por otra parte, cada vez más maravilloso.

Por la noche yo dormía en el coche y ella se metía en el saco y permanecía despierta, jugando con el cielo como con un ordenador gigante. Veía cómo balanceaba la cabeza sonriendo e intentando mover las estrellas de sitio con el dedo —esta estrella a la derecha, la luna a la izquierda, *delete* la nube, *zoom* a la Osa Menor— o cualquier otra cosa que se le ocurriera en esos momentos, porque no quería interrumpirla y decirle que se comportaba como una loca en un saco.

La tarde en que llegamos a la playa, el sol se había puesto y no volvió a salir. El océano nos recibió con muchas olas; algunas eran pequeñas y perfectas, como mantequilla helada rallada con una cucharilla. Otras eran grandes y tridimensionales y hacían que me sintiera como en un Imax, en una película sobre las aguas de la Tierra. Observaba de lejos cómo se acercaban y crecían y se abalanzaban furiosas hacia mí, pero ninguna consiguió alcanzarme, se rompían insípidas a unos pocos metros.

El día anterior había hablado con Jim. El viaje a Ámsterdam había sido un fracaso. Kalo fumó algo raro la primera noche y se pasó el resto de los días vomitando como un idiota en un hospital a las afueras de la ciudad. Jim se había acostado con una mujer, pero dudo que fuera gran cosa, puesto que no me ofreció ningún detalle e intentó cambiar rápidamente de tema. Me preguntó qué tal iban mis vacaciones de ensueño con mi mami y yo le respondí que iban bien. Tuve la tentación de hablarle del cáncer, de Moira, de todo, pero renuncié. Seguramente Jim me habría felicitado por la muerte de mi madre, puesto que sabía cuánto la odiaba antes. Comprendí entonces que no tenía a nadie con quien poder hablar de mi madre, aparte de mi madre.

La idea de haber pasado casi un verano entero cerca del Océano pero haber llegado a la playa tan tarde me sacaba de quicio. Fue también Karim el que me abrió los ojos el día en que fuimos a buscar al marroquí. Me mostró una señal en un cruce y me dijo que desde allí hasta el Océano había tres cuartos de hora.

Mi madre me respondió al instante que también vendría ella cuando le pregunté si podría ir yo solo a pasar un día en la playa. Se echó a reír y dijo que podíamos alquilar un coche a su nombre, pero que tendría que conducirlo

yo. De todas maneras, no era demasiado arriesgado: ella estaba a punto de morir, yo, enfermo, así que no podrían encerrarme. Fuimos al almacén de los pescadores del pueblo y compramos un saco de dormir, luego al Spar —a comprar cerveza y todas las salchichas caducadas de la tienda— y partimos.

El viaje fue fantástico. Habíamos elegido un Volkswagen rojo porque mi madre había insistido «por favor, el rojo, por favor, el rojo» —aunque yo quería un Audi negro—; ella lo condujo hasta la esquina, luego nos detuvimos y nos cambiamos de sitio. Pusimos la música a tope y conduje a cuarenta por hora, provocando atascos y cabreando a todos los conductores a los que mi madre, envuelta en una manta, hacía gestos obscenos desde el asiento trasero. Llegamos por la tarde, después de equivocarnos de carretera unas diez veces y después de que mi madre se mareara dos, pero felices y alborotados como una familia que está pasando las mejores vacaciones de su vida.

Este capítulo ininteligible y carente de sentido no llegará, seguramente, al libro, pero lo dejo aquí por si acaso, por si alguien —algún psiquiatra o algún crítico psicópata— quiere fijar cronológicamente lo que me pasó el verano de mi madre.

La mañana en que teníamos que volver al pueblo, mi madre se enterró medio cuerpo entre las conchas y me llamó para que le enterrara la otra mitad, porque no podía ella sola. Le dije que iba a resfriarse porque se había levantado viento, la arena estaba húmeda, ella tenía cáncer y rompían unas olas muy grandes. Pero mi madre insistió. La enterré volcando sobre ella puñados de conchas pequeñas hasta que en su lugar apareció un cúmulo nacarado, como una ola petrificada que hablaba y asustaba a las gaviotas.

Esta ola con relleno de madre era increíblemente bonita y emanaba una luz multicolor, como un arcoíris a punto de morir. *Arcoíris moribundo* fue el tercer cuadro y no lo venderé jamás, porque era el favorito de Moira y ella propuso que lo colgáramos en el dormitorio para verlo por las mañanas y por las noches, y para que mi madre nos viera y se alegrara. Ahora lo tiene ella.

La dejé allí tumbada cubierta de conchas, como envuelta en una venda, hasta que las olas empezaron a acercarse demasiado y le dije que tendríamos que marcharnos, pero tampoco entonces me hizo caso. Me respondió que prefería morir en aquel mismo segundo porque no habría una muerte mejor, sobre todo después de una vida tan insulsa como la suya.

Permanecemos en silencio hasta que se puso a llover y yo, al recordar que tendría que conducir, le dije que nos íbamos ya y que se dejara de tonterías.

«Aleksy, ¿cómo vas a recordarme? —me preguntó de repente, como un pájaro recién decapitado que todavía aleteara—. Dime qué es lo que más vas a echar de menos».

«Solo una cosa, Aleksy».

«Vamos, algo».

«Solo una».

«Aleksy, Aleksy».

«Una cosa no es para tanto».

«Por favor, Aleksy».

«Por favor».

«Los ojos», le respondí y empecé a desenterrarla poco a poco.

«Los ojos. Está bien, Aleksy».

Los ojos de mi madre eran conchas despuntadas en los árboles.

En la puerta me esperaba una sorpresa: una nota de Moira. En ella decía que le debía veinte euros y que me esperaría el martes por la tarde en el Spar para que le entregara el dinero. Recordé que había pagado la bicicleta de Karim con el dinero del alquiler, pero como las cosas habían ocurrido de aquella manera ese día, se me había olvidado decírselo. La idea de volver a verla me dejó frío, como si hubiera agotado en la playa todos los sentidos y me hubiera transformado también yo en una concha. Sin embargo, antes de la cita me lavé los dientes con movimientos circulares durante diez minutos.

Moira había comprado galletas y leche y me esperaba a la salida de la tienda. La saludé y le tendí dos billetes de diez, diciendo de pasada que sentía lo sucedido la otra vez y que no solía orinar en los felpudos de la gente. Ella se echó a reír y dijo que no había podido salir a tiempo porque John se había caído en el baño y había tenido que arrastrarlo al sofá y limpiarle la sangre. Le pregunté por cortesía si se encontraba bien y ella me dijo que sí, que estaba borracho otra vez.

Le pregunté también en qué parte de Inglaterra vivía, y ella me dijo que no vivía allí. Sus padres se habían trasladado a París unos años antes, y ella venía al pueblo todos los veranos para ayudar a John con los inquilinos. Moira se quedaba en el pueblo hasta finales de mes, es decir, dos semanas más.

«Nosotros también», respondí y en ese momento me di cuenta de que el verano estaba llegando a su fin.

Ella siguió hablando, pero yo no la escuchaba ya. Sentí cómo después de decir «nosotros también» quería estar en ese mismo instante con mi madre, teletransportarme, desaparecer —cualquier cosa—, pero estar junto a ella. Rebobinar ese verano como una cinta y volver al día en que vino —gorda y bajita— a recogerme a la escuela por su cumpleaños. Desodiarla y decirle que tenía unos ojos preciosos antes de que ella me lo preguntara.

He renunciado durante varios días a escribir porque no encuentro el sentido de estos recuerdos. Sin embargo, Sacha no está en casa —ha ido al pueblo para traer dos cuadros que conserva Moira— y no tengo a nadie con quién hablar. Vuelvo al cuaderno como a un placebo.

Esta noche he soñado de nuevo que encontraba a mi madre muerta entre manzanas. Estaba también Moira y flotaba en el aire con la cabeza inclinada hacia un lado, y de las yemas de sus larguísimos dedos goteaba sangre a cámara lenta. Las gotas menudas y sólidas se arremolinaban en círculos organizados, luego florecían de repente y se transformaban en amapolas, quedaban flotando en el aire como en un invernadero imaginario. Yo me dirigía hacia mi madre para salvarla, pero al cabo de unos pasos mis pies desaparecían y se transformaban en dos ruedas enormes, frenadas por millones de caracoles con caparazones de nuez.

Me he despertado empapado en sudor y mi primer pensamiento ha sido liarme un cigarrillo, pero eso significaba pasar por delante de la habitación de Maria y bajar a la cocina, donde guardaba la hierba, y la habría despertado con toda seguridad. Maria siempre oía las ruedas cuando llegaba a las baldosas y salía al instante con un «chist-chist-chist».

Maria era la mujer a la que pagaba para que cuidara de mí y de la casa, pero parece que, cuando la contraté, se le pasó la palabra *casa*. Una lombriz en el culo, eso es Maria.

Arrastrarme en mi propia casa me parecía demasiado, aunque me había sucedido ya. Me he quedado en la cama pensando en mi madre y en Moira, las únicas mujeres de mi vida que me han querido, cada una a su manera. Mi madre no estaba ya, y Moira no había venido a verme desde hacía un año. Sacha, al volver del pueblo con los cuadros, me ha dicho que han recogido todas las ciruelas y que los postigos están recién pintados. Moira tiene buen aspecto —ha añadido él atento—, aunque le ha costado reconocerlo. Le

sucedía a menudo después del accidente, pero yo opinaba que el olvido no es algo necesariamente malo. Cuántas veces habré rezado para poder olvidarlo todo —si no toda la vida, sí al menos los últimos diez años—, pero los recuerdos no se han ido.

Me ha alegrado lo que me ha contado Sacha: que Moira había recogido las ciruelas y que había pintado los postigos. Me gusta llegar en invierno y que la casa me reciba como un paralelepípedo con un cinturón verde.

Si pudiera, cambiaría las cosas al menos para Moira. Aceptaría de buen grado retroceder en el tiempo y morir el mismo día que mi madre, no haber quedado con Moira en las escaleras. No haberla conocido nunca y no haber destruido su vida aceitunada.

Tras las lluvias y el frescor de comienzos de agosto, el verano regresó de golpe. El sol quemaba como al principio, llenando el pueblo de calor y alboroto. En los patios aparecieron los niños y los animales y en los jardines —bajo los árboles más viejos—, mesas de madera para las cenas tardías. Los colores revivían tímidamente en las flores y la ropa de las mujeres, y los hombres daban caladas más largas y reían con más ganas. Las chicas del pueblo, delgadas y bronceadas como ciervas, contrastaban intensamente con las veraneantes inglesas, blancas y torpes como pollitos de oca.

El campo de girasoles había resucitado gracias a unas flores jóvenes que se habían salvado de la lluvia y acababan de brotar a la vida. Sus pétalos delgados y flexibles parecían coronitas de cera en las cabezas de unas novias olvidadas. Mi madre lloró cuando las vio, dijo que eran como ella aquellas flores, bonitas pero demasiado tarde. Mi madre lloraba todos los días y por cualquier motivo —ya fuera una lombriz pisoteada, ya fuera la pata deforme de un pájaro—. Y solo la colza —que apestaba todavía más que antes— se expandía bajo la preciosa atención de las abejas, pues era la única planta que había resistido todas las calamidades.

Karim había percibido el cambio en el ambiente y se preparó de inmediato: sacó bolsas de carbón, unas cajas del rosado más barato y una nueva partida de salchichas. Se había vendido todo mejor que el pan de Odille porque las parrillas humeaban por el pueblo como hogueras que anunciaran quién sabe qué buena nueva inevitable o, como sucede más a menudo en la vida, una catástrofe. Solo las amapolas —mis preciosas amapolas púrpuras— habían muerto sin posibilidad de retornar y no iluminaban ya la carretera con su pista sangrienta. Sin ellas mis paseos en bicicleta eran más tristes y más desorientados.

Sin embargo, la naturaleza se recuperó enseguida y produjo, en lugar de amapolas, unas cuantas docenas de colonias de caracoles que invadieron ambos lados de la carretera. Los caracoles eran minúsculos, con caparazones

blancos o marrones y cuerpos muy tiernos, como unos embriones resbaladizos.

Un buen día observé que les gustaba lo dulce cuando mi botella de zumo se vertió sobre unas plantas y ellos empezaron a arrastrarse hacia las hierbas como unos motorcitos. No había visto nunca unos caracoles corriendo, eran tan patéticos que me reí de ellos una hora entera. Intenté ayudarlos a avanzar más deprisa empujándolos con unos palitos, pero los caracoles se escondían en sus casitas y no volvían a salir incluso aunque les clavara con fuerza el palito en la barriga.

Desde ese día les llevaba siempre agua con azúcar. Rociaba con ella las hojas de las bardanas de la cuneta —porque eran más anchas que las demás—, luego me quedaba allí y contemplaba durante las horas muertas cómo devoraban con sus feos morros cada gota de jarabe cristalizado. Cuanto más de cerca los observaba, más asquerosos me parecían. Sin embargo, no he oído a nadie —ni siquiera a los niños, que no mienten— decir que los caracoles son desagradables. Como decía la gente sobre mí y sobre mi madre, por ejemplo.

Me encantaba haberme convertido en domador de caracoles —de cualquier cosa, de hecho—, pero lo que más me gustaba era que alguien me esperara con tanta alegría sincera. Bastaba con detener la bicicleta en la hierba y sacar de la mochila la botella de agua para que los caracoles empezaran a abrirse camino hacia mí, como una horda de posesos, sabiendo que seguiría la delicia del jarabe. Comían de mi mano, pringándome la palma con restos de dulce; se metían en la botella y lamían el tapón; asaltaban mi mochila y mis bolsillos; escalaban mis piernas peludas como si fueran los troncos de una palmera. Gracias a mí, aquellos caracolillos perdidos e inútiles no eran una colonia insignificante, un sustituto temporal de unas amapolas percederas. Los caracoles eran ahora una fuerza, un imperio, y tenían además un caudillo.

El tiempo era tan agradable que iba al pueblo todos los días a comprar pan o fruta o, simplemente, a alimentar a los caracoles, y algunas veces llevaba a mi madre conmigo. Había enrollado una toalla en el cuadro de la bicicleta para formar una especie de sillín blando, ella se acurrucaba en él como una niña y se agarraba a mi cintura. Íbamos así, con ella colgada de mí, sin que me importara lo que la gente pudiera pensar de nosotros. Estoy seguro de que parecíamos extraños, si no algo peor, pero no era la primera vez y además éramos ingleses, lo cual explicaba muchas cosas.

Mi madre, aunque había desaparecido casi por completo, era indeciblemente guapa. Su rostro, con tres pliegues en otra época, se había fundido y quedaba un triángulo con dos puntos verdes. El triángulo descansaba sobre un cuello largo y delgado que giraba suavemente a derecha e izquierda, sin emitir sonido alguno, como una construcción perfecta. Una tarde se fabricó un turbante con un retal que había comprado en el rastro. Era una tela gruesa de lino de color naranja, con líneas rojas y amarillas —como un retazo de otoño—, que en nuestro paisaje rural resultaba extravagante. Tanto el turbante como los colores contrastaban poderosamente con el sol, con el verano y con la alegría de alrededor, pero combinaban con sus ojos verdes y con todo lo que nosotros sabíamos que estaba por suceder.

Tras la muerte de mi madre y tras conocer a Sacha, le pedí que enmarcara el turbante en uno de los marcos del cobertizo y que lo colgara en la pared de la habitación.

Observé que después de los dos meses y medio que llevábamos en el pueblo, los lugareños no nos consideraban ya turistas, como al resto de los ingleses. Odille nos regalaba a menudo pan y *brioche*s. En el mercado hacíamos acopio de fruta y de flores y muchas veces, cuando volvíamos a casa, descubríamos en la bolsa un pepino o un manojo de rabanitos que no había pagado. Un sábado, un viejo le regaló a mi madre dos calabacines gigantescos porque le habíamos comprado todas las zanahorias. Mi madre estaba radiante y lo abrazó como a un padre.

Incluso la vieja de los conejos nos trajo un buen día unos menudillos y me explicó por señas que alimentara con ellos solo a mi madre, porque estaba demasiado delgada. Luego se echó a reír con sus dientes perfectos y volvió a casa hendiendo con su enorme trasero el campo de colza.

Me había visto con Moira en el pueblo unas cuantas veces. Se había dejado el pelo muy corto y sus culebrillas parecían decapitadas y menos sublimes. Un día en que ella fue a comprar leche y galletas y yo con mi madre a comprar salchichas, las presenté. Mi madre le preguntó por John en francés y me sorprendió lo bien que hablaba ese idioma. Moira, en cambio, la miró con tristeza y de soslayo, volviendo los ojos hacia otro lado. Moira fue la única que se dio cuenta, aunque me lo confesó mucho más adelante.

Mi madre había observado, seguramente, mi mirada e invitó de repente a Moira a que nos visitara esa tarde para comer unas salchichas y tomar cerveza. «También haremos fuego —añadió mi madre—, a Aleksy se le da muy bien hacer fuego». Moira sonrió y prometió que vendría sin falta y de hecho vino, para desencadenar así, sin que ella lo supiera, el mayor tormento de mi vida.

De camino a casa, mientras me abrazaba con fuerza con una mano y llevaba en la otra la bolsa de salchichas revoloteando como una bandera, mi madre me dijo que le había gustado mucho Moira, por si yo llegaba a preguntármelo después.

La velada fue un desastre desde todos los puntos de vista. Yo me quemé los dedos y carbonicé las salchichas. Moira vino con John, que estaba ya muy borracho y al que no quiso dejar solo en casa. John se bebió toda la cerveza y le preguntó a mi madre si teníamos algo más. Mi madre sacó la botella de vodka y él se la ventiló en una hora. Yo propuse cocer algo de pasta en lugar de las salchichas y a Moira le pareció bien. A John, por supuesto, nadie le preguntó nada.

La conversación no terminaba de cuajar, aunque mi madre procuraba dejarme espacio y se sacrificó por entretener a John. Moira no tenía una opinión formada sobre casi nada y un par de veces me pareció incluso que era bastante creyente. No es que me asustara ese asunto, pero yo no habría podido abordar una discusión sobre el judaísmo esa noche.

Gracias a Dios no fue necesario. Mi madre se desmayó de repente y tuvimos que arrastrarla al interior de la casa y ocuparnos de ella, porque temblaba de nuevo como una drogadicta. Después de la botella de vodka John no podía moverse en absoluto y llamé a Karim para que se lo llevara a casa en coche. Karim pidió mucho dinero y se le pagó.

Más o menos en la mitad de la velada, Moira me dijo que tenía un novio diez años mayor que ella, y yo, por inercia, le dije que mi novia se llamaba Jude y que era modelo.

Cuando dos días después fui a ver a Moira para pedirle disculpas, pero, sobre todo, para decirle la verdad —que Jude no era modelo y que tampoco era mi novia—, en el umbral apareció John y me gritó que Moira había adelantado su marcha a París y que regresaría el verano siguiente. Volví a ver a Moira justo un año después, pero nada volvió a ser igual.

Mi madre no se levantó de la cama en cinco días. Los dos primeros días no comió nada, pedía tan solo agua con limón y se negó a recibir la visita del médico. Estaba tan blanca y tan consumida que, cuando un par de veces rodó al otro lado de la cama, fui a buscarla afuera. Encontré en una balda unas revistas de jardinería y se las llevé para que las leyera. Se pasó un día entero entretenida con ellas, estudiando las plantas y sus denominaciones, y al final me dijo: «Cuántas cosas habría podido hacer en la vida, Aleksy, en lugar de vender rosquillas y encurtidos».

Le pregunté si le había contado a la abuela lo del cáncer y mi madre me respondió que la abuela conocía solo una parte de la verdad: que nosotros dos nos habíamos ido a pasar el verano a Francia para hacer las paces después de todos aquellos años. Como si la abuela fuera tonta perdida. «¿Y cuándo vas a hacer las paces con ella?», le pregunté. Las dos se habían peleado tres años atrás y mi madre había abandonado la tienda. La abuela vino varias veces para suplicarle que volviera, una vez incluso lloró, pero mi madre le dijo «no voy a volver allí aunque me muera de hambre». «Tanto trabajo, toda una vida amarga para nada», dijo la abuela y salió por la puerta como de una casa destruida por un terremoto. También mi madre lloró en la cocina, pero no cedió.

El motivo de su pelea fui yo. Un día, en no sé qué fiesta religiosa de la abuela, se reunieron muchas mujeres y yo fui con mi madre. Después de varias botellas de vodka, todas aquellas palurdas arremetieron contra mi madre, que si tenía que buscarse un marido, que si tenía que tener más hijos y educarlos como Dios manda, no como a mí. Mi madre preguntó qué significaba «como Dios manda», y la abuela intervino en la conversación y añadió: «Si le hubieras zurrado de vez en cuando, no habría acabado así. En nuestra familia no ha habido ningún loco y éramos más pobres que tú». Todas las mujeres asintieron y se sirvieron otro vodka, pero mi madre se levantó de la mesa y se marchó. Aquella noche la abuela vino a casa a reprenderla, a decirle que ella le había hablado como una madre, a recordarle quién le había

comprado la casa y quién la había mantenido todos esos años; sin embargo, mi madre no la perdonó. Al día siguiente no fue a la tienda y obligó a la abuela a solicitar la ayuda de una sobrina, la hija de su hermana.

Al tercer día mi madre se sentía un poco mejor y pidió calabaza. Me llevó varios minutos entender qué intentaba decirme, al principio creí simplemente que estaba delirando. Cocí la calabaza en una cazuela enorme, sin trocearla, y le di con una cucharita el centro blando y naranja. Se comió un vaso entero mientras yo la animaba como a un niño, qué bien que se lo come todo. Nunca habría pensado que llegaría a dar de comer a mi madre con una cucharita o a hacer otras cosas que había empezado a hacer esos días. Tal vez si hubiéramos nacido al revés —yo la madre y ella el hijo— todo habría salido mejor. Le dije que tenía miedo, que si se moría ahora yo no sabría qué hacer y que su plan no había funcionado: Moira se había marchado hasta el año siguiente.

«Ese año ya es pasado, Aleksy, yo ya estoy muerta y tú empieza a olvidar», me respondió.

El verano estaba a punto de terminar. Aunque ni mi madre ni yo lo mencionábamos, ambos nos preguntábamos lo mismo: ¿cómo va a suceder? Mamá decía que tenía el presentimiento de que iba a morir en la bañera. Pero yo sabía que eso no era posible por la sencilla razón de que no volvería a dejarla sola en el baño.

Yo, por mi parte, me imaginaba que la encontraba muerta en el campo de girasoles —por la mañana o por la tarde— y que la arrastraba hasta casa llorando pero con dignidad, sin grandes aspavientos. Tampoco esto podía suceder. Mi madre solo salía de casa conmigo, por lo tanto no sería capaz de llegar al campo y morir allí sin que me enterara.

No nos habíamos visto nunca en una situación semejante y reinaba entre nosotros un cierto embarazo. Era un apuro familiar, de esos que no puedes comentar abiertamente como con desconocidos, cuando el asunto no te importa. O tal vez nosotros fuéramos anormales. Tal vez en las familias normales sea distinto: se cuentan todo lo que guardan en el alma y se escuchan precisamente porque les importa.

Era como si estuviéramos enfadados con alguien —mi madre y yo—, aunque comprendíamos que no teníamos con quién ni por qué. El cáncer no había desaparecido, simplemente tardaba en llegar y esa tardanza complicaba aún más las cosas.

En primer lugar, estaba el alquiler. Habíamos alquilado la casa hasta finales de agosto y, si queríamos quedarnos en septiembre, teníamos que pagar de nuevo un mes por adelantado. Mi madre no contaba con un presupuesto para septiembre porque estaba segura de morir ese verano, tal y como le «habían prometido». Por muy extraña que resulte nuestra tacañería en un momento semejante, los dos pensábamos: ¿por qué vamos a darle a John ese dinero a lo tonto?

En segundo lugar, la prórroga de nuestras vacaciones habría intrigado con toda seguridad a los lugareños. Todos los turistas, sobre todo los que tenían niños, regresaban a casa la última semana de agosto. Una mujer extraña y un

hijo más extraño aún que no regresaban a ningún sitio no pasarían desapercibidos. Naturalmente, habría podido explicarles a los interesados que estaba loco y que no pensaba seguir estudiando porque, de todas formas, nadie iba a contratarme jamás en ningún sitio. O habría podido decirles que mi madre iba a morir de un momento a otro y que, como me había ignorado durante toda la vida, había decidido chantajearme en los últimos cien metros y exprimirme algo de amor filial. No creo que nada de esto hubiera simplificado nuestra estancia.

Y, en tercer lugar —tal vez lo más importante de todo—, estaba la condición física de mi madre, que se agravaba cada día. No podía ya cuidar de ella yo solo. Y no se trataba de lavar la ropa o de darle de comer, sino de cosas mucho más íntimas que no me sentía capaz de hacer ni ella de aceptar. Mi madre se había convertido en un bebé y necesitaba una nodriza. U otra cosa.

La muerte, sin embargo, no llegaba.

En la «parte oficial», en cambio, estábamos sobradamente preparados. Habíamos comentado miles de veces qué tenía que hacer justo después. Mi madre quería ser enterrada en Francia, en el pueblo en el que suponíamos que iba a fallecer. Todos los documentos que tendría que presentar en la policía y ante las autoridades locales —los del divorcio, el testamento y la «carta explicativa» firmada ante notario— estaban en mi habitación. Mi madre había puesto buen cuidado en no provocar ningún atisbo de duda ni incriminarme de alguna forma. Todo tenía que apuntar claramente a una muerte natural y excluir toda sospecha de suicidio o de complicidad en un crimen.

Seguíamos viviendo de los restos, como unas personas que no veían futuro alguno. Ya no comprábamos comida, no salíamos de casa, no abordábamos ningún tema de conversación nuevo. Yo no había lavado la ropa ni hecho limpieza al menos en una semana. La casa apestaba a excrementos y a pis porque mi madre había perdido el control y le daba vergüenza decírmelo inmediatamente. Y, cuando yo notaba el olor y le preguntaba si había hecho algo, ella me miraba con los ojos llenos de lágrimas y me decía «solo un poco, no hace falta que me cambies». Comía como un insecto, más bien por guardar las apariencias, y pedía continuamente agua con limón. Me decía que el aroma del limón ayudaba a disimular el sabor a moho de la boca. Agujereé una botella de plástico para que pudiera beber con más facilidad y la tenía todo el día en la boca, como un chupete. Mi madre se había convertido en mi caracol.

Sentía que había llegado al límite de mis fuerzas, necesitaba claridad. El problema era que no quería verla muerta —de hecho, creo que era la primera vez en todos aquellos años en que no quería algo así—, pero no soportaba ya tanto sufrimiento. Y eso lo decía precisamente yo: un niño que había crecido toda su vida sin amor.

Un día le pregunté si le quedaban pentágonos, me miró asustada y me dijo: «Aleksy, no hagas tonterías». Fuera por casualidad o no, después de esa pregunta mi madre empezó a mejorar un poco y una tarde me dijo incluso que quería darse un baño otra vez, con mucha espuma, y que podía quedarme detrás de la puerta si tenía miedo, aunque no debería. ¿Por qué iba a tenerlo? ¿Qué era lo más grave que podría pasar? Entendía lo que ella quería decir, pero no me apetecía nada salir corriendo de nuevo en busca del marroquí. Finalmente, accedí: me parecía tan penoso que el último deseo de alguien en la vida fuera un baño caliente, incluso aunque fuera con espuma...

Permaneció dos horas en el agua caliente, cantando cancioncillas estúpidas, casi todas en polaco. Algunas las oía por primera vez, otras me resultaban conocidas, aunque no tenía ni idea de lo que decían. Estaba detrás de la puerta y la escuchaba, la llamaba para que me respondiera cuando me parecía que llevaba demasiado tiempo callada.

Cuando la saqué de la bañera, estaba toda rosa, como un salmón cocido, y solo sus pezones marrones estaban rodeados por unas areolas blancas en forma de zigzag. Le pregunté qué era eso, creyendo que se trataba de algún síntoma de la enfermedad. Sentía curiosidad —aunque me doy cuenta ahora de que no es la palabra adecuada— por el aspecto del cáncer que estaba devorando a mi madre. Estoy seguro de que habrá quien diga que soy un perverso, que un hombre no puede mirar las tetas de su madre sin sentir asco, y seguramente tiene razón. Sin embargo, después de todo lo que había hecho por ella durante esas semanas, sus pechos eran para mí lo mismo que los talones.

Mi madre no eludió la respuesta. Me dijo con tranquilidad que el cáncer no deja huellas externas. Que todo sucede por dentro, la fealdad y la desesperación y el miedo. Que, a la hora de la muerte, los enfermos de cáncer mueren más guapos que nunca. Como ella.

«Son tus mordiscos —sonrió mi madre mostrándome los pezones mientras la bajaba por las escaleras como un hato de sarmientos—. Me mordías como un lobo cuando te daba de mamar. Habría tenido que dejarlo,

pero tú mamabas y mamabas, no querías nada más como los otros niños. *Te he querido, Aleksy, te he querido como he podido».*

63

Los ojos de mi madre eran cicatrices en el rostro del verano.

Llevaba dos semanas sin montar en bici y sentía una aguda necesidad de movimiento. Me irritó que los caracoles me hubieran olvidado como unos desagradecidos. Cuando volví a llevarles agua con azúcar, ninguno vino arrastrándose a mi encuentro. Mi madre se había recuperado, en contra de todos los pronósticos, como tras una inyección milagrosa. Comía bien y había empezado a salir al jardín. Decidimos limpiar la casa y celebrar como se merecía el final del verano. Lavamos, frotamos y ventilamos como si nos hubieran pagado por ello. El último día de agosto le propuse acomodarla en la hamaca y dejarla allí, porque yo tenía que comprar comida y pasar por donde John.

Se me había ocurrido una idea genial: ofrecerle al borracho pagar medio mes de alquiler. Estaba seguro de que aceptaría porque, de todas formas, la temporada había terminado y la casa se quedaría vacía hasta Navidad. Mi madre, sin embargo, dijo que tenía que negociar con más astucia, con una botella de vino, otra invitación a cenar o algo así. Compré sidra y todo salió de maravilla.

De hecho, John estaba al corriente. Moira le había dicho que queríamos quedarnos también en septiembre y que ella había aceptado que nos dejara la casa a mitad de precio. ¡Moira!

Después de oír esas palabras me enamoré de ella de forma fulminante y dolorosa, como si alguien me hubiera arrancado de golpe todas las uñas con unas tenazas. Maté a Jude en un segundo y cubrí su cuerpo con velas consumidas. Juré en mi fuero interno amar solo a Moira —la reina de las serpientes sublimes del mundo— toda mi vida, me quedara lo que me quedara de vida.

Así pues, gracias a Moira teníamos dónde pasar otro mes entero. ¿Qué podíamos hacer con todo ese tiempo que nos había caído encima? Mi madre tenía un plan.

«Aleksy —me dijo mientras terminaba de comer el tercer cuenco de calabaza cocida—, ¡vamos a dar una vuelta en barca!».

Habría podido decirme igualmente que quería saltar del tejado o ponerse a arar. Alquilar una barca para una mujer moribunda y para su hijo con miedo al agua era una locura. Eso éramos nosotros, un par de locos. Nos preparamos como para una expedición al fin del mundo.

Le di morfina y cogí también una dosis de reserva.

Le tapé las orejas con el turbante para que no le diera el viento.

La vestí con tres capas de ropa y le puse mis calcetines gruesos.

La llevé al baño para que hiciera todo, para no tener que buscar uno después.

Llevé té en un termo y calabaza triturada en un vaso por si tenía hambre.

Le llené la botella.

La colgué de mi cuello como si fuera un koala y nos montamos en la bicicleta.

En seis minutos llegamos al lago.

El agua era profunda, las corrientes, fuertes, yo, demasiado joven, mi madre, demasiado débil. El monitor de canoa nos dijo que sería mejor que nos quedáramos cerca de la orilla y que miráramos cómo competían los niños con el kayak. El monitor se llamaba Ryan, pero todos le decían Ra porque era más corto.

Ra no tenía rayos, pero sí unos hombros y un culo que parecían los restos de un dios. Todas las mujeres de la playa —entre ellas también mi madre, a la que había dejado sentada en un banco mientras yo alquilaba la barca— lo miraban con ojos de loba. El lago y la playa estaban llenos de desnudeces de toda clase y solo ella parecía una enorme col con las tres capas de ropa y con mis calcetines gruesos hasta la rodilla.

Me llevé a Ra aparte y le dije que necesitaba fervientemente una barca, que se trataba de una necesidad tan grande que estaba dispuesto a pagar el doble. Le mentí y le dije que mi madre estaba celebrando su cumpleaños y que ese era mi regalo —otro no tenía—. Ra miró a mi madre entornando los ojos y preguntó secamente: ¿cáncer? Me entregó la barca y me pidió que no muriéramos en su turno porque tenía un buen puesto de trabajo.

Subí a mi madre a la barquita, como si fuera un saco, bajo la mirada aprobadora de un grupo de viejecitas que se embadurnaban unas a otras con crema solar. Mi madre aplaudía enfundada en un chaleco salvavidas de niño. El de adultos le sobraba por todas partes y Ra nos dijo que no nos dejaría salir «al agua» sin él.

Yo remaba como un pene en un barreño. Al cabo de media hora nos habíamos desplazado solo diez metros y nos habíamos enredado en las raíces de un árbol derribado por las lluvias en la otra orilla, y allí nos quedamos. Mi madre estaba encantada y no paraba de exclamar «¡Ay, qué bonito, ay, qué bonito!». Me sacaba de mis casillas y le dije que se callara de una puta vez, que si no rompía los remos. Siguió repitiendo «¡Ay, qué bonito!», hasta que pasó la hora, Ra vino a buscarnos en un kayak y nos liberó del árbol.

No creo haber participado de una diversión más estúpida en toda mi vida, aunque no creo haber tenido otras diversiones. Salí a la orilla embalsamado de nuevo por las miradas lánguidas de las viejecitas, que asentían como los gatos de plástico de los restaurantes chinos.

Mi madre estaba supercontenta. Se quitó los calcetines y las dos camisetas gruesas, se quedó solo con el turbante y con una especie de vestido-saco que se ponía por casa en lugar del pijama. Resultaba cautivadora, como una momia que hubiera salido a broncearse con vendas y todo.

Nos tumbamos en la arena, ella decía tonterías sobre no sé qué cosas importantes, y yo le preguntaba si quería que nos quedáramos, si necesitaba ir al aseo, si no quería calabaza cocida o agua con limón. Luego sucedió algo que cambió el curso de ese día de la manera más inesperada. Ra se acercó a nosotros de repente y le trajo a mi madre un algodón de azúcar. «Un regalito para una boquita bonita», le dijo guiñándole el ojo, y ella se echó a reír como una colegiala, al principio sola, luego con él, y así hasta que yo me levanté y les dije que iba a aliviarme.

Cuando volví, Ra se había marchado con un grupo de niños y ahora remaban todos como tontos en la orilla. Mi madre comía el algodón hueca como una pava. «Mira, un hombre que sabe hacer feliz a una mujer, Aleksy —me dijo—. Aprende también tú a amar a una mujer, Aleksy, no seas como tu padre (seco y baboso y malo), tienes que ser un hombre bueno, ¿me entiendes? Tienes que amar y comprar estrellas, no estolas de nutria».

Era evidente que el sol no le sentaba bien, pero dejé que siguiera desbarrando sobre el universo y las nutrias. Pasamos el día entero en el lago. Comimos unos cuatro helados y otros tantos algodones de azúcar, jugamos a la petanca, yo me compré un helicóptero teledirigido y molesté con él a todas las viejecitas en bañadores color pastel, que, para la tarde, habían cambiado radicalmente de opinión sobre mí y cuando partimos me llamaron «patán británico». Fue uno de los días más bonitos de mi vida.

Cuando mi madre me dijo que tenía hambre, pero que no quería calabaza, sino pescado, y tal vez una cerveza, la vestí de nuevo con todas las camisetas y volamos a casa en la bicicleta como si fuera una alfombra mágica: yo con el helicóptero debajo del brazo, mi madre con un algodón de azúcar inacabado en el bolsillo. En la mesa me dijo muy serena: «Aleksy, yo tengo una estrella, está en la Osa Menor, al final de la cola. Es pequeña, pero es la más brillante. La veo todas las noches, ella sabe que es mía y me guiña el ojo».

Comprendí que se acercaba el final. Mi madre había comenzado en ese momento el viaje hacia el lugar en el que se encuentra ahora. Hacia su estrella

en la Osa Menor, hacia su campo de girasoles suspendido en el cielo o tal vez hacia otro universo, donde existe tan solo un Mar Entero de Esmeralda, que de vez en cuando se desmigaja y llega a otros mundos en forma de ojos verdes.

«Tal vez se hayan equivocado», le dije yo con un nudo en la garganta.

«Tal vez», me respondió tranquila y murió al cabo de una semana.

El psiquiatra, al que pago doscientos treinta y cinco euros por hora para que escuche dos veces por semana cómo hice el amor con Moira por primera vez y cómo vestí a mi madre con su vestido blanco para enterrarla guapa, me ha dicho hoy que «mi testimonio no le ha resultado clarificador». Una respuesta diferente me habría descorazonado profundamente.

Le he prometido que seguiría escribiendo sobre los últimos días de mi madre y sobre las semanas de autodestrucción que vinieron después. De esa manera —he añadido yo— a él le resultará más fácil quedarse con mi dinero y a mí, enloquecer definitivamente. Me ha lanzado una sonrisa comprensiva, como una prostituta, cruzando sus piernas largas y depiladas que terminaban en un par de calcetines baratos. Lo he insultado y le he dicho que es una vieja puta que teme perder a la gallina de los huevos de oro. Él me ha respondido con calma que me espera el jueves, que no es tan viejo y que, en efecto, los pacientes siempre tienen razón. Espero que no lleguéis a ver nunca a un psiquiatra riéndose.

Sacha y Maria me esperaban en casa como unas mofetas. Habían vuelto a pelearse, toda la casa estaba impregnada de sus tonterías. No me he quedado a escucharlos. Les he dicho que si no hacían las paces los despediría a ambos. Le he pedido a Sacha que me suba a la habitación y le he ordenado a Maria que me traiga la bolsa de cannabis de la cocina sin decir ni pío.

Querría morir, pero, si no puedo hacerlo, al menos puedo drogarme.

En la pared, enmarcado, me mira el turbante de mi madre. A su lado está el espejo en forma de sol que ha empezado ya a ennegrecerse y, sobre la mesita de noche, la lámpara en forma de tulipán. En el cajón superior del armario conservo todos sus vestidos —apilados unos sobre otros— como un verano comprimido. También la bañera de cobre y el váter con cara de libélula están aquí (Sacha encontró un equipo de trabajadores que los desmontaron en la casa del pueblo y los trajeron a París después de que quedara claro que no podría vivir en el mismo lugar que Moira).

Después del accidente me hice una promesa que sigo respetando hoy en día: no entrar jamás en el dormitorio con la silla de ruedas. Sé que eso disgustaría profundamente a mi madre porque ella ve, lo ve todo. He sorprendido varias veces sus ojos dando vueltas por el dormitorio —verdes y fisgones—, mirando por la ventana u hojeando algún libro, aterrizando luego a mi lado, en la almohada, para mirarme de cerca.

Una sola vez se detuvieron los ojos de mi madre ante el cuadro. Lo contemplaron larga y penetrantemente, brillando por un instante con más intensidad que de costumbre; luego siguieron flotando sin que me quedara claro si le había gustado o no. «Mamá... —le dije suavemente, para no asustarla—, eres tú, tú, el submarino con ojos de esmeralda».

Maria ha venido y me ha arrojado la bolsa de cannabis sobre la cama con aires de devota. Le he gritado que cierre la puerta al salir y que se largue todo lo lejos que pueda. Lo mejor de ser inválido y rico es que nadie se enfada demasiado contigo. Si eres solo un inválido la cosa cambia. Entonces no eres sino un avaro arrogante que, al fin y al cabo, puede pudrirse en su mierda porque la falta de piernas o de manos o de ojos no te concede el derecho a tratar mal a la gente que te rodea. En cambio, si la enfermedad viene en el mismo paquete que el dinero, puedes hacer, en principio, lo que quieras. Nadie se enfadará contigo tanto como para abandonarte. *No need for harakiri in this house.*

Tengo pies de nuevo me crecen por todas las partes del cuerpo como unos órganos eréctiles las plantas son grandes y rojas inflamadas y las uñas de perlas multicolores el turbante de mi madre da a luz y aparece una Moira pequeña en forma de aceituna sin hueso en un palillo empieza a patearme para meterse en mi boca me crece el vientre y alumbro a una madre sin cáncer limpia por dentro como un jarrón esmaltado mi madre me alumbra de nuevo no estoy loco mi padre me quiere la abuela recupera la vista y grita el tractor el tractor mika corre entre los árboles con la tripa cosida y tiene una corona de princesa está casada y no trabaja como dependienta las pinturas enloquecen bailan obscenamente y aparece el invierno las manzanas se hacen grandes y rojas los pinceles empujan a los gusanos hacia adentro las nueces salen bajo la piel de mi madre como granos tienen caparazón de caracol giramos todos por la habitación y el cielo desciende para que subamos cogemos amapolas en la bóveda lanzamos los pétalos en mi cama con forma de ataúd Maria llama viene el médico.

El otoño era cálido y suave. Para mí y para mi madre —acostumbrados al frío y las lluvias inglesas— esos días eran como el Alzheimer del verano. Fuera había cambiado solo el aire, que se había vuelto más rebosante de frutos que de flores. La gente seguía vistiendo ropa ligera y cenando en el jardín, y el vino favorito seguía siendo el rosado. Odille horneaba menos *croissants* y tartas y había vuelto a los cuatro tipos de pan y a los pasteles favoritos de los lugareños. Sin turistas, el pueblo era como una familia que, aunque tenía una casa grande, vivía en una única habitación. El cura había abierto de par en par la segunda puerta de la iglesia, como si con el cambio de estación se esperara también una inflación de pecados. La piedra milagrosa, en cambio, parecía triste a falta de peregrinos que la frotaran con devoción. La oficina de correos había retomado su majestuosa actividad y la farmacéutica había pegado en todas las ventanas anuncios de medicamentos antigripales y nuevos champús contra los piojos. En los árboles habían desaparecido los carteles que anunciaban los espectáculos y las giras del circo, y empezaban a aparecer, en cambio, los de los concursos locales a la mejor sidra o al mejor cerdo o uno que me gustó muchísimo y que se traduciría como «la semana de los placeres caprinos». Si hubiera podido, habría elegido uno de esos días y me habría conservado en él para siempre, como esos insectos atrapados en una gota de ámbar que parecen vivos incluso doscientos años después.

La casa, por otra parte, se había saturado de nosotros y nos decía de todas las formas posibles que nos largáramos de una puta vez: bajo mi ventana había aparecido un nido de avispas que me seguían como aviones, toda la fruta del jardín estaba agusanada, el cobertizo había empezado a enmohecerse por culpa de las lluvias de agosto y mi madre sufría unos dolores intensos.

No le servían de alivio ni la morfina, que tomaba en dosis triples, ni las oraciones en polaco, que se habían vuelto más frecuentes y más largas. Uno de los párpados había empezado a temblar y no paraba, y su rostro se había apretujado y estaba pequeño y dolorido como un puño. Después de que una tarde cayera fulminada al suelo, estrujándose los senos con las manos y

arrancándose la piel del pecho, le dije que teníamos que hacer algo. No soportaba ver cómo se descomponía ante mis ojos, con mi ayuda o, mejor dicho, sin ella.

Desde entonces no volvió a sentir dolores en mi presencia. Empezó, en cambio, a encerrarse más a menudo en el baño «para depilarse las cejas» o «para asuntos de mujeres». En aquellos momentos yo quería que ella fuera la madre de otra persona o yo el hijo de otra mujer. Me sentía como esos bebés desdichados que nacen demasiado grandes o demasiado pronto y que matan sin saberlo a sus madres, que yacen abiertas y frías, mientras ellos disfrutaban inconscientemente de la vida, llevados por unas manos desconocidas.

Le propuse que llamáramos de nuevo al marroquí, tal vez él nos ofreciera algo que hiciera el dolor más soportable. Pero mi madre se negó de forma categórica y me pidió que no lo estropeará todo precisamente ahora, cuando nos quedaba tan poco. «Aleksy, está a punto, siento que no falta mucho».

Sacha me llamó ayer y me dijo que en la exposición de Tokio se ha vendido *El festín de un diablo y de una mujer calva*. Mi primera reacción fue comunicarle a Moira que había perdido la apuesta y que esperaba lo que me había prometido once años antes. Pero Moira nunca cogía el teléfono y no tengo ninguna gana de hablar con John. Sí, John vive todavía y sigue siendo un borracho.

Aquella tarde Moira había venido a mi estudio encorvada, con el pelo rozando casi el suelo. La estrella de seis puntas, de la que no se separaba jamás, colgaba de su cuello como una constelación prisionera. Estaba bronceada y lisa, Moira. Llevaba un vestido negro hasta los pies, como tejido con una telaraña. Había entrado en la habitación sorbiendo la miel de un panal que sujetaba sobre la boca con ambas manos y se reía cuando se le escurría por la cara. Hacía melindres como una osita —mi Moira—, morena y glotona, e intrépida. ¡Cuánto la amaba!

«Mi Osa Menor», le dije, y ella empezó a frotarse contra mí farfullando y pringándome de miel.

En un rincón, sobre el suelo, descansaba el cuadro que no tenía entonces ni nombre ni todos los colores, pero eso no importaba, porque yo no sabía todavía que era pintor. Mis garabatos formaban parte de la terapia que tenía que liberarme de las pesadillas ligadas a la muerte de mi madre, pero no solo no me liberaron, sino que, por el contrario, me las inflamaron como unas lentes puestas al sol.

Moira lo vio y me dijo que era horrible. Que no entendía cómo podía pintar a mi madre —a la que yo idolatraba— calva y con un ojo en lugar de corazón, por no mencionar el hecho de que el diablo —que era yo— tenía cuernos y cuerpo de caracol. Que el amor no tenía ese aspecto, que el recuerdo de alguien fallecido no tenía ese aspecto. Le pregunté en broma cuántos diablos había visto en la vida y, en general, qué había visto en la vida, y ella se enfadó y dijo que iba a vestirse. Le dije que no se marchara, que no se marchara así, sin hablar, porque eso me sacaba de mis casillas, porque eso

era lo que había hecho mi madre toda la vida. Moira se detuvo y me preguntó qué quería decirle. Su calma era lo más irritante de todo.

Le dije que ese cuadro iba a venderse, que se vendería con toda seguridad, e incluso por mucho dinero, porque los seres humanos están destrozados y buscan cosas destrozadas. Porque los seres humanos están enfermos y podridos y lo saben, pero fingen solo por miedo estar sanos y ser buenos. Y porque así es más fácil.

Pero no todos pueden esconderse siempre. Y a veces toda su maldad y su enfermedad y su deformidad irrumpe y ellos se sienten mejor y más felices, incluso aunque los de alrededor los condenen y lloren por ellos de pena. Moira salió y cerró la puerta.

Más adelante, aquel mismo día, pintamos los postigos de verde los dos juntos y yo le pedí disculpas. Le dije que tenía razón, que mis pinturas solo eran el pus acumulado que yo intentaba expulsar de mí. Que la quería y que tal vez fuera mejor que me pusiera a escribir. «No —me dijo Moira asustada—, no escribas, Aleksy, por favor. Es posible olvidar los colores, las palabras, no».

«¿Y si algún día los vendo? —le pregunté cambiando de tema—, ¿reconocerás que soy un genio?»

«No serás nunca nada —rio ella e hicimos las paces—. Si vendes la obscenidad esa del diablo, dejaré que me pintes desnuda».

Era luz, mi Moira. Era mi luz, Moira.

Mi madre no había desbarrado el día en que fuimos al lago: ella tenía una estrella. Se la compró Pavel, el polaco que murió en la obra aplastado por un muro. Encontré entre las cosas guardadas en casa de la abuela un certificado que daba fe de la adquisición de una estrella a su nombre. La estrella de mi madre se llama «Wiosna» y es la más brillante de la Osa Menor. Mi abuela me dijo que le gustaba Pavel más que mi padre porque le reparaba gratis el váter y la ayudaba a hacer mermelada. Pavel tenía los ojos azules —como yo— y sabía muchos villancicos en polaco.

Tras la muerte de mi madre sucedieron muchas cosas sin importancia, pero violentas, que me llevaron a un hospital para enajenados mentales durante cinco meses. El que me metió allí fue John, enfadado porque le estropeé la puerta, le talé un árbol del jardín y tuve a mi madre muerta en el sofá durante dos días. Cuando dos años después me casé con Moira, John se acercó a ella y empezó a zarandearla con todas sus fuerzas diciendo: «Moira, está loco, está loco, ¿entiendes? ¿Para qué he trabajado yo toda la vida? ¿Para entregarte a un loco?».

John no era el único que tenía una opinión poco favorable sobre mí. También los padres de Moira me odiaban, aunque ellos no tuvieron la ocasión de zarandearla por la simple razón de que no vinieron a la boda. La ceremonia tuvo lugar en el ayuntamiento, fue breve y consistió en varias firmas. Los testigos fueron Karim y Odille. Por la tarde organizamos una barbacoa en el jardín y tomamos una *piècemontée* hecha por Odille. Asistieron diez personas y fue alegre.

Recuerdo tan solo tres episodios del manicomio, un lugar immaculado, lleno de mosquitos y de infelicidad humana en todas sus formas.

La *Navidad* con un Moș Crăciun con traje azul —porque a los enfermos mentales no les gusta el color rojo— y profiteroles de fiesta rellenos de ruibarbo. Las babas de los comensales extendidas por las servilletas con copitos de nieve eran como guirnaldas artesanas.

Los *paseos deux par deux* por el bosque —por el barro o la lluvia (nunca con nieve)— en los que no conseguíamos mantenernos en pie y nos caíamos los locos sobre los cretinos sobre los idiotas sobre los retrasados entre las carcajadas de los cuidadores que nos querían.

Las *horas de terapia* gracias al arte, en las que empecé a dibujar. Mi primer esbozo —*Muerte con manzanas y nueces*— fue considerado

demasiado violento. Me prohibieron asistir a las clases de pintura y me pasaron a las de cerámica.

Sacha me dijo que, después de hacerme famoso, el director del sanatorio le vendió mi dibujo a un coleccionista y se compró un caballo.

Del manicomio me dejaron salir en marzo y fui directamente a casa de mi abuela. Le conté todo sin maquillar la verdad: los dolores de mi madre, mis caídas, cómo la encontré muerta en el jardín. La abuela me escuchó atenta desde su sillón con crisantemos y no me interrumpió en ningún momento. Al final me preguntó si le había puesto una cruz en la tumba y si había ofrecido en el banquete del funeral —como correspondía— rosquillas y bombones. Le mentí al decirle que acababa de celebrarlo y solo entonces se puso a llorar mansamente, como si le diera miedo hacer ruido y molestar a los vecinos.

La abuela me dijo que sabía lo del sanatorio porque le había llamado alguien de la policía y le había contado lo sucedido. «Habría querido ir a buscarte, Aleksy, pero no pude, ciega como estoy». Le dije que no me importaba, y ella me atrajo hacia su pecho y me acarició con los dedos todos los huecos del rostro.

Londres me parecía extraño, tampoco me entendía con Jim y Kalo se había trasladado a Irlanda. Vivir en la casa en la que había vivido con mi madre y en la que había rezado todos los días para que se muriera me parecía hipócrita. Decidí quedarme con la abuela hasta que encontrara un comprador. Me sorprendió descubrir que había puesto la casa a su nombre para asegurarse así de que mi padre no recibiera nada en caso de divorcio. La abuela empezó a esperar el divorcio de mi madre al día siguiente de la boda.

Era ciega como un topo mi abuela, y su casa parecía un velero naufragado. Había reunido en aquellas pocas habitaciones y años de ceguera cosas e historias como para un pueblo entero.

Los primeros días no salí de casa en absoluto, pasé todo el tiempo hablando con ella sobre los objetos que me encontraba en los arcones y las baldas. Se alegraba como una niña: «es un gramófono, ¿no recordaba que lo conservaba todavía!», «son las cucharas de mi madre, no tienen ningún valor, déjalas ahí».

Hablaba sin cesar, como un transistor —probablemente una costumbre de la gente mayor que está sola, o tal vez de los ciegos, que necesitan siquiera una voz a su lado—. Pensé con un sentimiento de culpa en cómo se las habría arreglado todos aquellos años sin nosotros, que vivíamos como unos traidores al final de la calle.

Nos repartimos las tareas: yo lavaba, limpiaba y compraba la comida, tal y como había hecho todo el verano con mi madre. Esta vez, sin embargo, lo hacía todo a mano porque mi abuela pensaba que en los artilugios habitaba el maligno. No así en el televisor, es cierto, que había sido durante esos años su familia y su entretenimiento.

Esta mujer —a la que había odiado sin motivo en mi adolescencia— hizo por mí en unas pocas semanas más que todos los psiquiatras durante el resto de mi vida. Ella fue el Pentágono que me devolvió a la vida y me ayudó a olvidar todo lo que había que olvidar.

La miraba cuando se movía por la casa con su vestido de flores, como una matrioska, acarreado con cuidado su enorme barriga con la que la muerte no tenía nada que hacer. Solo allí, en aquella barriga, nos queríamos de verdad y seguíamos viviendo todos —los unos en los otros—, mi madre, Mika y yo. Nos sentábamos todas las tardes ante una mesa redonda para comer pato con manzanas asadas y beber compota de melocotón. Allí, en la barriga, mi abuela recuperaba la vista. Mika estaba viva y yo sonreía. Mi padre era Pavel-el-de-los-ojos-azules, y mi madre trabajaba como profesora de Biología, como rezaba su diploma. La barriga de matrioska de la abuela era nuestra verdadera vida, y lo que nos había sucedido fuera de ella no era sino un mal sueño del que solo podíamos despertar muertos.

Dos meses después, cuando le dije que me marchaba, la abuela sacó a tuestas una caja de zapatos con toda clase de objetos y me dijo que la llevara conmigo. En ella escondía mi madre de la mirada de mi padre sus tesoros más preciados: las cartas de amor de Pavel y el certificado de «Wiosna».

Le compré la casa a John nueve meses después de la muerte de mi madre y me trasladé al pueblo a principios de verano. John se animó en cuanto oyó la suma que le proponía, aunque afirmó que la vendía solo por respeto a la memoria de mi madre y otras bobadas semejantes. Era mucho dinero, por supuesto, pero no me importaba, no creo que hubiera tenido fuerzas para negociar. Además, después de salir del manicomio, donde me había metido también él, John me tenía más miedo que a un nublado.

Cuando Karim se enteró de cuánto dinero le había pagado, empezó a dar palmas y le llevó un rato recuperarse, solo decía «merde, merde, merde».

El día en que murió mi madre nos sentíamos como dos ladrones que hubieran robado un banco. Estábamos a mediados de septiembre y ella seguía viva. Por la mañana me dijo que quería pan de Odille y un milhojas, y yo me monté contento en la bicicleta y fui a la panadería, donde compré tres bolsas de todo. Salimos a almorzar al jardín, pero mi madre quiso instalarse en la hamaca. Era tan ligera que esta no se desplegó y quedó enrollada en torno a ella en forma de barca.

Comimos manzanas que yo cogí de una rama seca y froté con la manga. Nos sorprendía que aquella rama muerta hubiera dado fruto. Nos sorprendían también los colores, el aire, los olores y el hecho de que ella estuviera viva.

Mi madre me dijo que había hecho el amor con Ra en la barca toda la noche. Llevaba un vestido azul y no había tenido ni pizca de frío. Ra remaba bien, no como yo, y la había llevado lejos de la orilla, de donde no habrían podido regresar ni aunque hubieran querido. «Ha sido un sueño precioso», dijo mi madre mientras mordía una manzana. Lanzamos los dos una carcajada forzada, porque sabíamos que no iba a sucederle ya en la vida nada mejor que aquel sueño. Mi padre había sido un cerdo, Pavel murió sin ser amado del todo.

Luego mi madre me preguntó si seguía siendo virgen o si me había acostado ya con Jude. No me había acostado siquiera con Jude, con la que se habían acostado casi todos los chicos, incluso los más pequeños. Era virgen, le dije, y Moira no tenía ni idea de que la quería. «Eres tan ingenuo, Aleksy —me dijo mi madre desde la hamaca—. Claro que Moira sabe que la quieres. Moira sabe muchas cosas y va a volver».

Al fondo del jardín encontré un nogal y recogí del suelo un saco de nueces. Recordé que muchos años atrás mi abuela nos ponía a Mika y a mí a pelar nueces. Estas nos dejaban las manos teñidas durante varias semanas, y los niños de la guardería tenían miedo de Mika porque creían que tenía alguna horrible enfermedad de inmigrante. Mika corría por el pasillo como un

monstruito a la caza de los cuellos de las niñas, que gritaban como alarmas y se chivaban a las monitoras.

Pasamos casi todo el día hablando sin parar, comiendo nueces y manzanas, pero sin decir lo esencial. Me separé de mi madre sin que ella supiera que la había perdonado. Por la tarde se levantó viento y fui a casa a buscar una manta; cuando volví, mi madre se balanceaba muerta en la hamaca como una crisálida con un brote de mariposa.

En agosto Moira regresó al pueblo para ayudar a John con los inquilinos, pero no vino a verme. Tampoco yo fui. La casa era mía desde hacía tres meses, pero me sentía en ella como si no me hubiera marchado jamás. La gente se acordaba de mí y me recibieron como a uno de los suyos. Odille lloró y me dio pan. Karim aplaudió. El cura me invitó a pasar por la iglesia siempre que lo necesitara. En el mercado los hombres me daban unos golpecitos en la espalda y las mujeres movían la cabeza y hablaban, hablaban, hablaban. Y qué valiente, qué guapa, qué buena había sido mi madre. Y por qué mueren los mejores y no los demás. Y que tuviera valor y bienvenido.

Seguía pintando —preparé un estudio en el cobertizo—, me gustaba descargarme en los lienzos. Podía hacer cualquier cosa con las pinturas sin que me arrestaran ni me internaran en el manicomio. Los colores eran mis nuevas drogas. John se había llevado unos pocos objetos de la casa, el resto seguía exactamente igual a cuando había vivido allí con mi madre. Lo único que hice fue volver a llenar el cubo de maíz.

Revivía mi verano y el de mi madre día a día. Cómo llegamos y me atacaron las hormigas. Cómo fuimos al mercado y me destrocé la mano en el umbral. La vieja de los conejos, el tractor, la colza y los girasoles. El secreto de mi madre y nosotros desperdigados entre las flores.

Las amapolas de la cuneta habían vuelto a crecer —rojas y tiesas—, transformando la carretera en una pista sangrienta. Los caracoles, sin embargo, no se veían por ningún lado, se habrían marchado, probablemente, a invadir otros mundos. Pedaleaba kilómetros y kilómetros. Ahora que no me esperaba nadie en casa, me dejaba llevar por el azar hasta que sentía que no podía mover los pedales.

Un día fui a visitar a Ra, seguía allí, enseñando a los niños a remar. La playa bullía de abuelitas en colores pastel, como si no se hubieran movido desde el verano pasado. Comí algodón de azúcar y me pareció empalagoso.

Un fin de semana fui al Océano. Esta vez nadie me tocó la bocina en la carretera porque alquilé, por fin, un Audi negro como el que había deseado el

verano anterior. Llegué por la tarde y la playa estaba cerrada por culpa de las olas demasiado grandes. Debajo de una roca, envuelto en un plástico, como un paquete, yacía un delfín muerto. Los socorristas lo habían sacado del agua después de que las hélices de un barco lo cortaran por la mitad. Quise averiguar más detalles, pero el hombre que lo vigilaba no era demasiado hablador. El delfín yacía brillante y sonriente, con los ojos abiertos de par en par. Curiosas criaturas estos delfines, sonríen siempre, incluso muertos. Recordé a mi madre envuelta en conchas en la orilla y volví a casa.

Me sentía bien, incluso muy bien, aunque no tomaba pastillas de ninguna clase. Estuve varias veces tentado a buscar unos pentágonos como los de mi madre, pero renuncié. Sin embargo, me arranqué yo solo el alambre de los dientes con un destornillador. Seguía siendo virgen, como el último idiota del mundo.

No me interesaba nada ni nadie, no pensaba en el futuro ni en el presente. Vivía del pasado así como los pobres viven del pan seco. Pensaba que tendría que buscar trabajo en el pueblo en algún momento, pero no sabía muy bien qué podría hacer.

Iba a visitar a mi madre al cementerio una vez a la semana, no a cambiarle las flores o a llorar. Ni siquiera iba para hablar con ella. Simplemente pasaba por allí como cuando pasas junto a la casa de un conocido y te preguntas: «Aquí vive Jim, ¿estará en casa?». Mi madre estaba siempre en casa porque su tumba estaba siempre cubierta de hierba.

Intentaba comprender por qué había sucedido todo y cómo había sucedido. Me preguntaba si ese verano que había pasado junto a mi madre formaba parte de un plan superior, si era así, ¿el de quién? Me costaba creer que fuera un plan de Dios —es decir, del Dios polaco, porque otro no conocía—, el mismo que había perdido a Mika como un par de guantes, que había cegado a mi abuela y que, de todas las variedades que tenía, le había concedido a mi madre un cáncer rabioso. Sin embargo, creo que fue de otro lugar nuestro verano. Tal vez de ese planeta nuevo del que hablaba mi madre, o tal vez de Wiosna.

En la segunda quincena de agosto empecé a recolectar las ciruelas. Eran muchas y carnosas, como le gustaban a mi madre. La casa tenía postigos verdes de nuevo y, en el lugar del manzano seco que yo había talado, crecía un árbol joven.

Moira vino y se quedó, como una respuesta a todas mis preguntas.

76

Me acuerdo de mi madre todos los días, tal y como le prometí a orillas del Océano. Procuro no mentir.

Los ojos de mi madre eran un despropósito.

Los ojos de mi madre eran los restos de una madre guapa.

Los ojos de mi madre lloraban hacia dentro.

Los ojos de mi madre eran el deseo de una ciega cumplido por el sol.

Los ojos de mi madre eran campos de tallos rotos.

Los ojos de mi madre eran mis historias no contadas.

Los ojos de mi madre eran las ventanas de un submarino de esmeralda.

Los ojos de mi madre eran conchas despuntadas en los árboles.

Los ojos de mi madre eran cicatrices en el rostro del verano.

Los ojos de mi madre eran brotes a la espera.

Aquella noche no hicimos el amor. La mañana no fue hermosa. Moira no quiso ver las amapolas. El conductor no se quedó dormido. El accidente no se produjo. Las piernas no se rompieron. La sangre no manó de la sien. El amor no se perdió. Las drogas no me encontraron. El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes no terminó jamás.



TATIANA ȚÎBULEAC nació en 1978 en Chisináu, Moldavia. Estudió Periodismo y Comunicación. Su primer libro, una colección de relatos titulada «Fábulas modernas», se publicó en 2014. «El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes» (2016), su primera novela, ha recibido varios premios, entre los que destacan el otorgado por la Unión de Escritores Moldavos y la revista literaria rumana «Observator Cultural», y se ha traducido a numerosos idiomas. En 2018 ha publicado su segunda novela, «Jardín de vidrio». Actualmente, Țîbuleac trabaja como periodista y vive en París.

Notas

[1] «Salchicha» en polaco. (*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] Es el equivalente a Papá Noel, el anciano que trae regalos en Navidad. <<

[3] Caramelos, dulces. <<

[4] Hojas de col rellenas de arroz y carne. <<

[5] Codillo. <<

[6] Filetes de carne enrollados y fritos. <<

[7] Pastel con semillas de amapola. <<

[8] Tontos. <<

[9] Atontada. <<

[10] Recipiente especialmente diseñado para hacer café turco. <<

[11] Filetes. <<